



HA
1
11

2

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND ARCHITECTURE
CORNELL UNIVERSITY
Ithaca, N.Y.

10638

DOCUMENTO

BPE Burgos



3362341 BU 2122

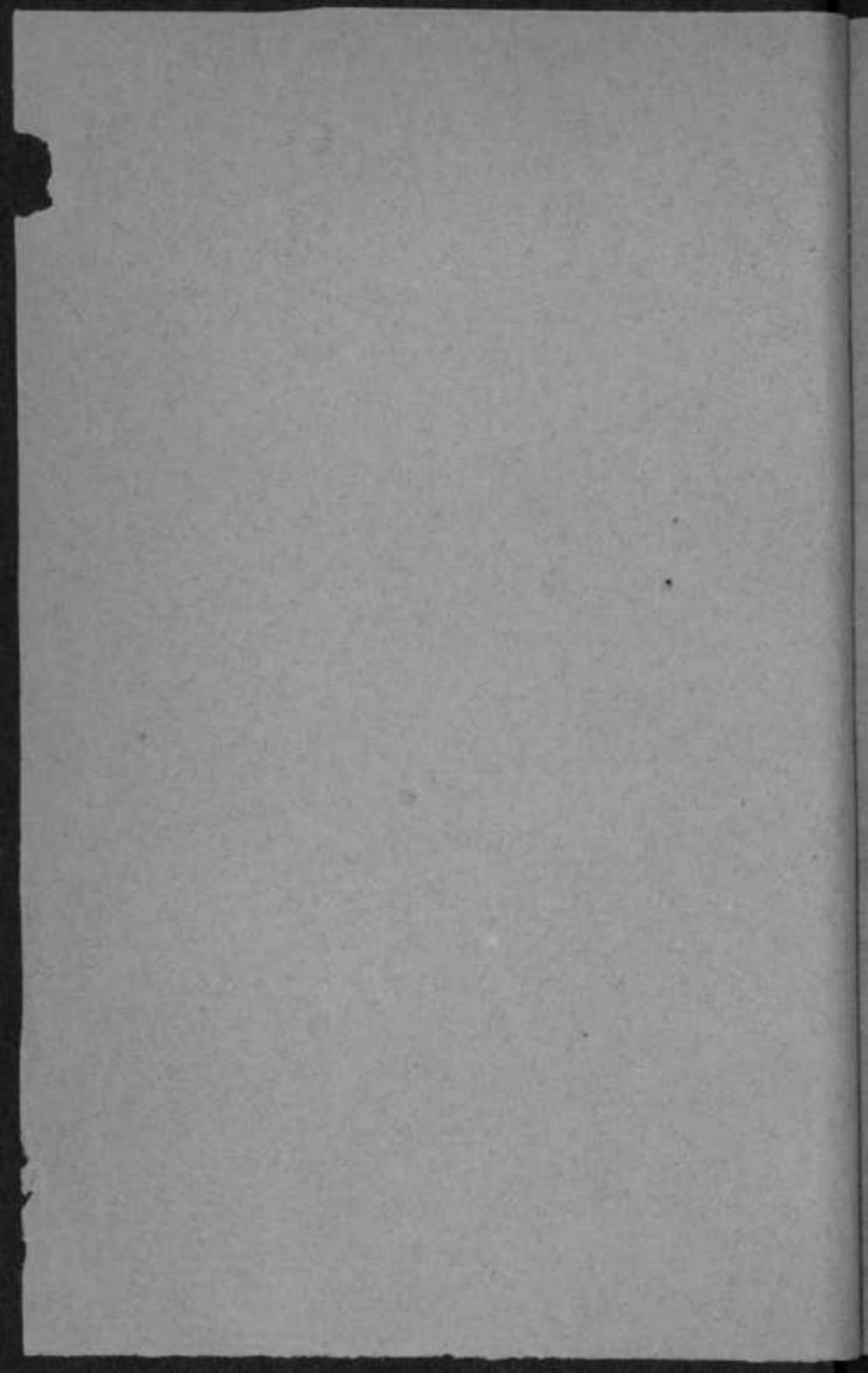
BU 2122

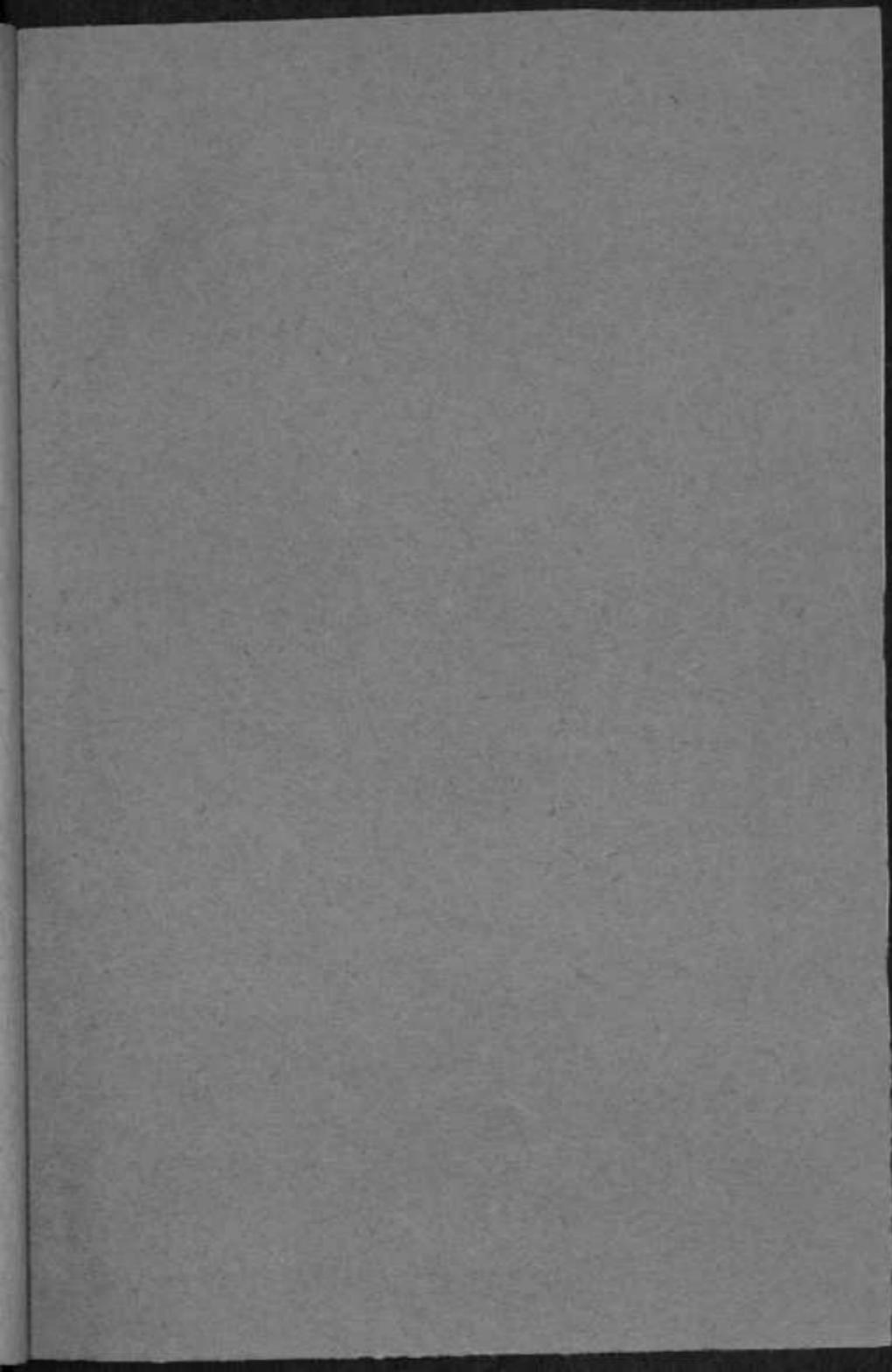
BU 2122

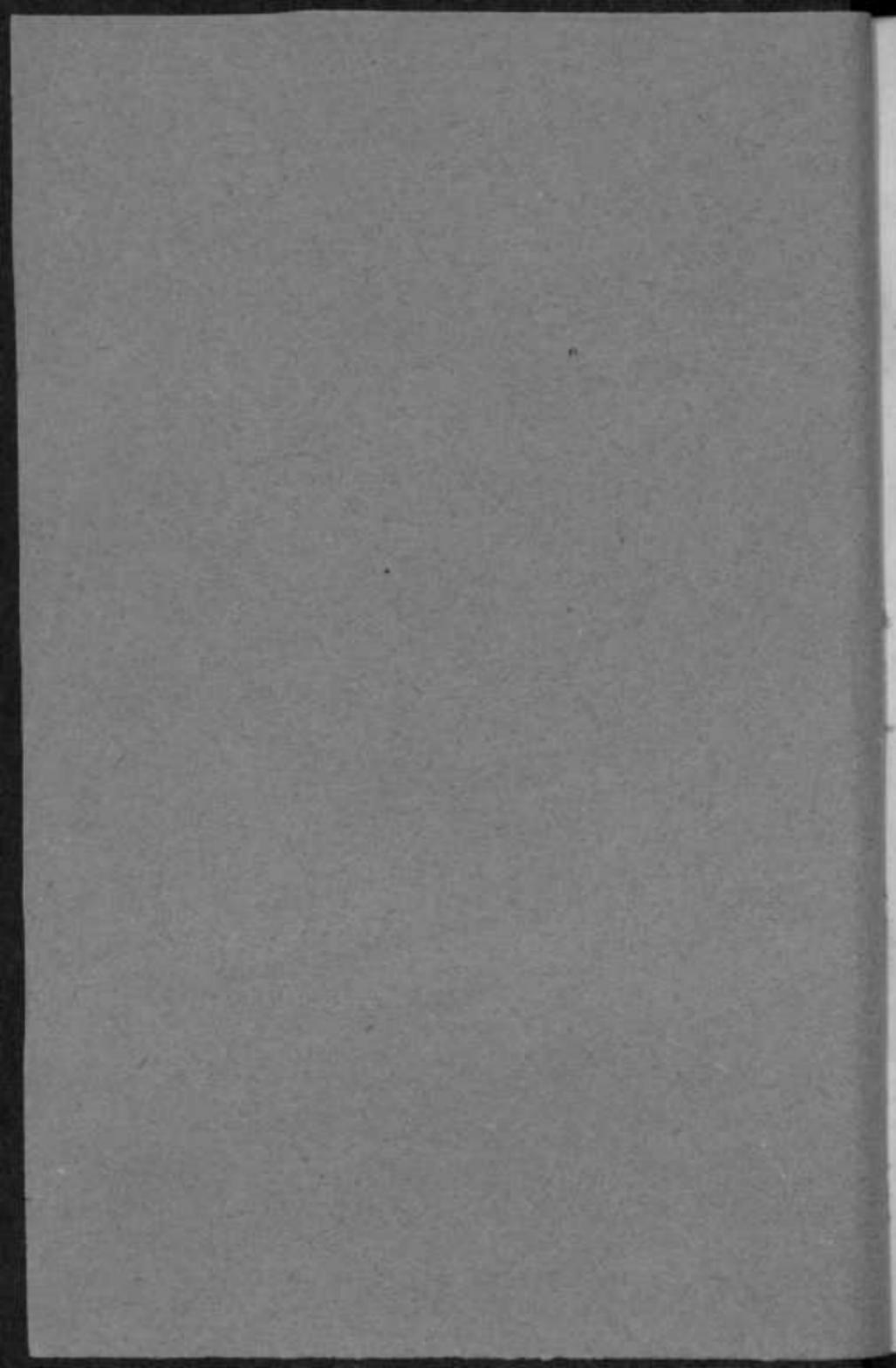


T. 46246

C. 62341







NOVENA COMPLETA

en honor

DE LA SANTISIMA VIRGEN



*¡Oh María! vos me llamais, y me estendeis
vuestros brazos: vedme aquí, yo me consagro
á vos para siempre.*

NOVENA COMPLETA

EN HONOR

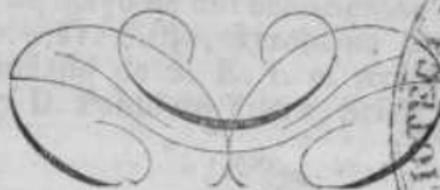
DE LA

SANTISIMA VIRGEN.

Traducida del francés.

Ad Jesum per Mariam.

María es el camino para ir á Jesus. (San Bernardo.)



BURGOS: 1855.

IMPRESA DE D. SERGIO VILLANUEVA.

NOVELA COMPLETA

EN TRES TOMOS

SARATOGA - VIRGINIA

Traducción del francés

Es propiedad del traductor.



BURGOS, 1850.

Imprenta de D. García Villaverde

NOS EL D. D. FR. CIRILO DE ALAMEDA Y BREA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTOLICA, ARZOBISPO DE BURGOS, CONSEJE-
RO DE ESTADO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA
REAL ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, PRELA-
DO ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO,
ETC., ETC., ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca,
concedemos licencia para que pueda impri-
mirse un libro titulado *Novena completa en
honor de la Santísima Virgen*, traducido del
francés, mediante que ha sido examinado, y
no contiene cosa alguna que no sea conforme
al dogma católico, y muy propia para inspirar
á las almas la devoción á tan gloriosa Madre.
Dado en nuestro Palacio Arzobispal de Burgos
á catorce de mayo de mil ochocientos cincuen-
ta y cinco.—Fr. Cirilo, Arzobispo de Burgos.
—Por mandado de S. E. I. el Arzobispo mi
Señor, Dr. D. Pablo de Yurre, Srio.

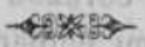
Aunque la simple lectura de este librito hará ver por sí misma su verdadero mérito, con todo eso nos ha parecido conveniente poner aquí unas palabras tomadas del anuncio de la última impresión que se ha hecho en Francia en el mes de febrero de este mismo año, para que vea el lector la gran estimación con que ha sido acogida esta obrita en aquel reino, dice así:

«El librito de la Novena completa ha tenido tal aceptación desde el momento en que se publicó, que en menos de seis años se han despachado unos VEINTE MIL ejemplares. Varios Sacerdotes, para propagarle han pedido 100, 200, 300 ejemplares de una sola vez. Uno de ellos decía al pedirles: Todos encuentran el libro de la Novena completa al gusto y deseo de su devoción, tout le monde en veut, todos quieren tenerle.

»Habiéndole presentado al Papa Pio IX, Su Santidad se dignó enriquecerle con preciosas indulgencias, y aunque estas no han sido concedidas hasta ahora más que para la Diócesis de Nancy es de esperar que bien pronto, por una nueva gracia, se extenderán á todos los fieles.»

OFRENDA

A LA SANTISIMA VIRGEN.



Augusta Soberana, humildemente prostrado á vuestros sagrados pies, os suplico acepteis la ofrenda de este librito, que hé compuesto con solo el obgeto de que [seais honrada dignamente. Vos sabeis, oh amada Madre mia, que ya hace tiempo, desco con ansia hacer alguna cosa que pueda ser de vuestro agrado, en prueba del amor que os tengo, y en reconocimiento de los beneficios que he recibido de vuestra bondad maternal. Yo no dudo, que sois vos, oh Virgen bienhechora, quien, sin atender á mi incapacidad para una obra que requiere toda la ciencia de los angeles, me ha inspirado componer un opúsculo, que pudiese contribuir á ganaros el corazon de tantos cristianos que no os conocen, y consolidar

para siempre, en vuestro santo culto, á tantas almas santas que se glorian de estar consagradas á vos. El pensamiento de que con esto podria yo contribuir á vuestra gloria, llenaba mi corazon de alegria; pero cuál no ha sido mi embarazo, cuando he querido meditar los medios que habia de tomar para salir con mi empresa! ¡Oh María! todo habia de venir de vos. Despues de haber implorado vuestra asistencia, me ha parecido me dabais á entender, que para lograr el fin que me habia propuesto, debia hacer considerar: 1.º lo que Dios ha obrado de grande en vos, para que toda lengua bendiga al Señor por haberos ensalzado con tanta magnificencia: 2.º lo que vos habeis hecho por Dios, practicando todas las virtudes con la mayor perfeccion, á fin de que, estimulados con vuestros ejemplos, nos esforcemos á imitaros: 3.º lo que vos haceis para procurar la felicidad de los hombres, á fin de que todos los cristianos, sin esceptuar los mayores pecadores, recurran á vos con entera confianza: 4.º lo que

deben hacer los hombres por vos, para merecer vuestra proteccion en la vida y en la muerte.

Nada me parece pueda encontrarse mas propio que esto, para hacer que seais vos conocida y amada. Así, he fundado sobre estas cuatro consideraciones, como sobre un sólido cimiento puesto por vuestras propias manos, todo cuanto tenia que decir para establecer bien, arreglar y consolidar la devocion de los fieles hácia vos; y para que estas verdades sean meditadas con frecuencia, las he propuesto bajo la forma de una novena, aconsejando se haga al menos tres veces al año: en las festividades de vuestra Inmaculada Concepcion, Anunciacion y Asuncion gloriosa.

Tal es, Madre mia, el librito que os ofrezco. Yo bien quisiera que fuese mas digno de vos; pero no teniendo cosa mejor que daros, os le presento tal cual es en sí. Desde lo alto del cielo, donde reinais, concededle vuestra bendiccion; y despues, ponedle vos misma entre las manos de los

fieles, é inspiradles que cuenten entre el número de sus mas caras devociones, la de hacer esta novena en las épocas señaladas.

A fin de escitar mas eficazmente nuestro celo, dignaos, ó misericordiosísima María, hacer que nazca en nuestra alma la dulce confianza de que nuestra fidelidad será abundantemente recompensada con las bendiciones que derramareis sobre nosotros, durante esta vida mortal, y mucho mas con la corona de gloria que nos alcanzareis para la eternidad.

¡Oh Maria! si este librito produjese algun bien, protesto, que todo el mérito se debe atribuir á vos, Señora mia. Por lo que á mí toca, quanto deseo es, que seais amada de todos los corazones, que me protejais de una manera especial en mi vida, y sobre todo en la hora de mi muerte; que me alcanceis, por fin, la insigne gracia de que no obstante mi indignidad, consiga el haber de contemplar por toda una eternidad la hermosura de vuestro divino Hijo Jesus, y tambien la vuestra. Amen.

PREFACIO.

Al espirar Jesucristo en la cruz hizo un don preciosísimo á los hombres: el de su santa Madre. Desde el dia en que el Dios hombre dirigió á Maria estas palabras tan consoladoras para nosotros: *Muger hé ahí á tu hijo*, esta tierna Madre, no menos por conformarse con la voluntad de su querido Hijo Jesus, que por seguir la inclinacion de su santísimo corazon, siempre propenso á la compasion, nos ha mirado como sus hijos espirituales, enjendrados en el Calvario. El nombre de *Madre de los hombres*, que

tomó al pie de la Cruz, lejos de ser un título vano, lleva en sí el pleno cumplimiento de todas cuantas obligaciones impone tan dulce nombre. En efecto, los sentimientos y afectos de amor de que se llenó entonces el corazón de María para con nosotros, fueron tan ardientes, que reunidas la ternura y solicitud de todas las madres para con sus hijos, no les igualarán jamás. Santamente apasionada por nuestro bien, parece olvidarse de lo que es, por no pensar más que en lo que somos, y que no es grande sino para mostrarnos, cuán rica es en misericordia. Tiene siempre abierto á todos los fieles su corazón sagrado, santuario de las divinas misericordias, para que saquen de él á su arbitrio los pecadores la gracia del perdón, y los justos la de la perseverancia, única que puede abrir las puertas del cielo.

Convencidos los verdaderos fieles de que la devoción á la Madre de Dios es un manantial de toda clase de bendiciones, en todas las edades de la Iglesia, han rivalizado por consagrarse á su culto. Aun en nuestro siglo, en que la indiferencia en materia de religion ha helado tan gran número de corazones, la devoción á María ha tomado y toma tal incremento que con razon se puede dudar, si, despues del nacimiento del

cristianismo, habrá recibido jamás la Santísima Virgen tantos homenajes como ahora. En las Ciudades como en los pueblos, por dó quiera se ensalzan las grandezas y privilegios de Maria; por todas partes se predicán las virtudes de Maria; por todas partes se agolpan los fieles en derredor de los altares dedicados á María, implorando su protección con un celo que sirve de gozo á los mismos ángeles.

Entre todas las prácticas piadosas con que se honra á Maria, una de las mas comunes es sin contradiccion la de las novenas. ¿Quiere alguno disponerse para celebrar santamente alguna de sus fiestas? pues haciendo una novena se preparará para su celebracion. ¿Se quiere alcanzar victoria de una pasion dominante, ó adquirir una virtud de que se tiene gran necesidad? pues se solicita esto, haciendo una novena á María. En una palabra, ¿se desea obtener alguna gracia espiritual ó temporal para si, ó para otro? pues se recurre á María por medio de una novena. De aquí es, que pasan pocos dias sin que se vean fieles de toda edad y condicion postrados á los pies de esta poderosa protectora, implorando su socorro con una novena. Y María, que jamas ha sido invocada en vano, se complace tanto en escuchar

á los que recurren á ella haciendola alguna novena, que obtiene siempre á favor de los que las hacen con confianza, las gracias que le piden, ú otras mas proporcionadas á sus necesidades, y mas útiles para su santificación.

Ya que los fieles tienen tanto celo por este santo ejercicio, parece que debia de haber algunos libros que sirviesen para ayudarlos en tan piadosa devocion. El mes de Mayo no se celebra mas que una sola vez en el año, y sin embargo se han compuesto tantos ejercicios para esta devocion, que cada devoto de Maria encuentra alguno segun su deseo y necesidad. Se hacen con mucha frecuencia novenas á la Santísima Virgen, y apenas se encuentran algunos libros compuestos para este fin. Y aun los pocos que hay, son tan poco estensos, que no pueden ser de grande utilidad para el comun de los fieles. En vista de esto, me ha parecido que hacia un gran servicio á los que sienten en sí atractivo hácia esta devocion, si les presento una novena completa, que, enseñándoles lo que deben saber acerca de la Santísima Virgen, arregle su devocion, escite su celo, inflame su amor, y así los haga dignos de alcanzar de la Madre de Dios, cuanto le pidan.

El fin que nos hemos propuesto al dar á luz este librito de la novena completa, ha sido: 1.º mostrar todo lo que hay de admirable en María, y establecer sólidamente en los corazones de los fieles la verdadera devoción para con esta augusta Soberana: 2.º presentar para cada uno de los nueve dias una meditacion, una lectura y algunas devotas oraciones que sirvan para honrar y dar culto á María.

Es de creer, que los fieles recibirán con agrado y satisfaccion este librito; y espero que María, esta amorosa Madre, derramará sus bendiciones sobre todos los que hagan con devoción esta novena en las épocas indicadas.



PARA LA VISPERA DEL PRIMER DIA.



ADVERTENCIAS

sobre el modo de hacer la novena, las cuales deben leerse la víspera de empezarla.



Los verdaderos devotos de María y los que quierian serlo, tomarán la resolución de hacer esta novena tres veces en el año, á saber: en las fiestas de la inmaculada Concepcion, Anunciacion y Asuncion de la Santísima Virgen.

La primera se empezará el 30 de Noviembre; la segunda el 17 de Marzo, y la tercera el 7 de Agosto.

María nos llena todos los dias de sus be-

neficios: ¿será cosa escésiva escoger en el año tres épocas principales para instruirnos y meditar en sus grandezas; alegrarnos de su felicidad, y como tomar parte en ella, darle gracias por los favores que nos ha dispensado, y suplicarla nos tenga siempre bajo su amparo? Tambien será cosa muy buena hacer esta novena en diferentes circunstancias de la vida en que se ha de pedir alguna gracia especial, como cuando se quiere hacer eleccion de estado; cuando se quiere hacer una confesion extraordinaria, obtener alguna virtud, una conversion, una curacion, una santa muerte para si ó para otros, etc. etc.

Durante el tiempo de la novena, se procurará tener recogimiento interior y exterior, sin descuidar las obligaciones de su estado, que por lo ordinario, si se evita pasar tiempo en la ociosidad, dejarán momentos libres para cumplir con los ejercicios de la novena. Se procurará dirigir con frecuencia, aun durante las ocupaciones, aspiraciones amorosas á María. Pero sobre

todo, lo mas importante, para sacar el debido fruto de esta novena, es, tomar una firme resolucion de hacer los ejercicios de cada dia con la exactitud y fervor mayor posible; y para lograr esto, se procurará poner en práctica los avisos siguientes:

1.º—*Hacer un altarcito.*

Desde la víspera del primer dia de la novena, se procurará hacer un altarcito en la sala, ó el sitio mas retirado de la casa: poniendo una mesa cubierta con un paño blanco, un crucifijo, la imágen de Nuestra Señora y las de algunos otros santos, si las hubiese, todo bien colocado, y con mucha limpieza, se formará como un oratorio para hacer los ejercicios de la novena. Es increíble cuanto ayuda este aparato exterior á inspirar la devocion y mantener el fervor.

Seria cosa escelente, y muy grata á María, si varias personas, animadas del mismo espíritu de devocion para con esta amorosa Madre, se reuniesen para hacer juntas en

un mismo oratorio los ejercicios de la novena.

2.º—*Intencion que se ha de tener haciendo la novena.*

En cada una de las tres novenas se pondrá: 1.º dar gracias á la Santisima Trinidad por todas las gracias con que ha enriquecido á María, y en especial por el privilegio que tiene relacion con el misterio de la festividad; es decir, en la Inmaculada Concepcion, *por haberla preservado de la mancha original*; en la Anunciacion, *por haberla escogido para la sublime dignidad de Madre de Dios*; y en la Asuncion, *por haberla llevado en cuerpo y alma al cielo, donde fué coronada por Reina de todo lo criado*. Con esto, haremos ver á María, lo mucho que nos gozamos de su gloria; y me atrevo á asegurar, que esta amorosa Madre, que jamás se deja vencer en generosidad, contenta con ver tales disposiciones en nosotros, se interesará tan eficazmente en nues-

tra salvacion, que si perseveramos en estos sentimientos, podremos estar ciertos, nos alcanzará la gracia de reinar con ella en el cielo. Lo 2.º que nos propondremos, será, dar gracias á Maria por todos los beneficios que nos ha alcanzado. Los mayores Santos aseguran, que todos los beneficios que recibimos del cielo, nos vienen por medio de Maria, ¿no seriamos, pues, los mayores ingratos, si no la mostrásemos nuestra gratitud? Pues cumpliremos con esta obligacion, si hacemos la novena con la intencion sobredicha. 3.º Se propondrá pedir á esta compasiiva Madre la continuacion de su proteccion durante nuestra vida mortal, y sobre todo que nos obtenga una santa muerte, y en esto último se insistirá mucho. Un dia llegará, y acaso no está lejos, en que nos felicitemos de habernos hecho propicia esta poderosa Virgen, que no deja jamás de pagar liberalmente los menores obsequios que se le hacen. 4.º Se puede proponer, adquirir alguna virtud, extirpar algun vicio, la conversion de algunos per-

cadore, aliviar algun alma del purgatorio en sus penas, etc. etc.

Si se hiciere la novena en algun otro tiempo por algunas necesidades particulares, se podrá, si se quiere, pedir únicamente las gracias que se desean; pero sin dejar por esto de tener presentes las cuatro intenciones arriba dichas, para con esto hacer ver que estamos lejos de aquel egoismo que reina en un gran número de devotos de María, que no saben recurrir á ella sino cuando se ven necesitados de su proteccion.

3.º—*Estima en que se ha de tener la meditacion de cada dia.*

De todos los ejercicios de la novena, el mas útil, sin la menor duda, es el de la meditacion. Versa esta sobre una virtud del Santísimo corazon de María, para que la imitemos. Esto supuesto, consideraremos el corazon sagrado de esta amorosa Madre, como un santuario lleno de todas las gra-

cias, de que nos podremos enriquecer, si nos esforzamos á seguir, segun nuestras fuerzas, los perfectos ejemplos que esta admirable Virgen nos ha dado en todas las virtudes; pues no debemos ignorar, que el medio mas eficaz que podemos tomar, para mover á María á que interceda por nosotros, es seguir sus huellas; ya que, como dice San Agustin, *los Santos no son favorables á los que los invocan, sino en cuanto se esfuerzan en imitarlos.*

El mejor tiempo para la meditacion es la mañana, luego de levantarse; y así, no se diferirá, á no ser por alguna causa urgente; procurando en este caso hacerla lo antes posible; y no se terminará sin formar una firme resolucion de imitar á nuestra buena Madre, en la virtud sobre que se ha meditado. Hechas las resoluciones, ó propósitos, se concluirá con la invocacion, y la consagracion de nosotros mismos á María, segun se halla al fin de la meditacion del primer dia, pág. 13.

4.º—*Exactitud en hacer la lectura de cada dia.*

A la tarde, ó á la noche se hará la lectura señalada para cada dia de la novena. Estas lecturas enseñan todo lo que se debe saber para honrar dignamente á la Santísima Virgen.

En la lectura de los tres primeros dias se ve, no sin admiracion, todo lo que Dios ha obrado de grande en María. En las tres siguientes se ve hasta qué punto esta compasiva Madre lleva su bondad, misericordia, compasion y solicitud por los hombres, sus hijos. Los afectos de que llenarán el corazon estas tres lecturas, nos darán tal confianza en María, que, en todas las necesidades, por nosotros mismos, sin que nos exhorten, recurriremos á esta amantísima Virgen. En fin, en las tres últimas lecturas se enseña cuales son nuestras obligaciones para con María. En ellas verá el lector, que nuestros mas caros intereses nos ponen en la dulce necesidad de tener á María una

devocion verdadera, sólida y constante, y de honrar á esta Soberana del mundo con un afecto amoroso, que salga de lo mas íntimo del corazon.

5.º—*Visitas á la Santísima Virgen.*

En la tarde, se hará una visita á Nuestra Señora, en la Iglesia; y si no se pudiese ir á la Iglesia, se le hará en el altar que se haya hecho en casa. Postrados á los pies de la soberana Madre, se dirán las oraciones que tienen relacion con la intencion de la novena. Estas oraciones, se hallan despues de las lecturas. Dichas estas oraciones, se pueden exponer á la Santísima Virgen, por modo de coloquio, con la mayor confianza y simplicidad los deseos del corazon; y antes de retirarse, se la pedirá su santa bendicion.

El dia de la festividad, que será el último de la novena, se hará el acto de reparacion al sagrado corazon de María. Y cuando se haga la novena para obtener alguna

gracia particular, en lugar de las oraciones señaladas para la visita de la Santísima Virgen, se dirá la oracion al Santísimo corazón de Maria, á la que se puede añadir la oracion *Acordaos, la Salve* ú otra, segun la devocion de cada uno.

6.º—*La Santa comunión.*

Todos los que hagan la novena, procurarán disponerse para comulgar, haciendo una buena confesion: no olvidándose de instar vivamente á María, para que les obtenga de su Hijo la gracia de recibir estos dos sacramentos con tan perfectas disposiciones, que consigan con la absolución del sacerdote, la remision plena de todos los pecados de la vida, confirmándolos la Santa comunión en el amor de Dios en grado tan perfecto, que no se viva ya sino para él. Esta comunión se debe hacer por las mismas intenciones, que la novena.

Como la comunión no es absolutamente necesaria para hacer con fruto la novena,

las personas, que por alguna causa, no puedan hacerla, no por eso deben omitir los demas ejercicios; antes bien deben hacerlos con mayor celo y fervor, á fin de obtener, por medio de María, la gracia inapreciable de comulgar otro dia con santas disposiciones. El dia en que se haya comulgado por las intenciones de la novena, se hará, despues de dar gracias, el ejercicio por el que se elige á María por Madre.

7.º—*Union de intencion.*

Desde la vispera del primer dia de cada una de las tres novenas procurarán los devotos de María que las hagan unirse con la intencion á todas las personas que practiquen estos santos ejercicios: y como es de esperar que el número será muy grande, resultará hacerse un admirable concierto de oraciones y alabanzas que subirán hasta el trono de María, y harán que bajen sobre todos sus devotos abundantes gracias, cuyo valor no será conocido sino

A LA SANTISIMA VIRGEN. XXVII

en la eternidad. Fácilmente se comprende que, mediante esta union de intencion, participarán mutuamente de sus respectivas oraciones y comuniones todas las santas almas que hagan estos ejercicios. ¡Oh! qué alegría tan admirable para el corazon de Maria, viendo que en diferentes lugares tantos siervos suyos se reunen cada dia en espíritu al pie de los altares erigidos en su honor! ¡Con quanto agrado oirá sus oraciones!

La novena dará principio la vispera del primer dia, leyendo y penetrándose bien de los avisos que se han dado hasta aquí, sobre el modo de hacer la novena; y despues se dirá la oracion siguiente, para unirse espiritualmente con todos los que hagan los mismos ejercicios.

ORACION DE UNION.

Gran consuelo es para mí, ó mi augusta Soberana, el saber que, durante estos nueve dias que preceden á la gran fiesta de N. (vuestra Immaculada Concepcion); (la Anunciacion); (vuestra gloriosa Asuncion), que celebramos con pompa, hay un gran número de fieles que, interesandose en vuestra gloria, bendicirán al Señor por haberos ensalzado y glorificado de un modo tan admirable.

Yo tambien que me intereso y alegro por todo lo que hace vuestra felicidad y vuestra dicha, quiero bendecirle y alabarle; yo me uno, pues, con ellos, como ellos se unen conmigo, para ofrecerle el mismo sacrificio de alabanzas. Dignaos, ó Dios mio, de recibirlo favorablemente. Tambien os bendecimos y damos gracias á vos, ó María, por

todos los beneficios, así espirituales como temporales, que nos habeis alcanzado, sin que los hayamos merecido: y humildemente os suplicamos nos tengais continuamente bajo vuestro amparo.

Os ofrecemos todos, amantísima Madre, nuestro corazón: ¡ojalá que ni el de uno solo sea desechado! Que las oraciones de las almas fervorosas ayuden á las de las tibias y aun pecadoras, y todas juntas suban hasta el pie de vuestro trono, y hagan bajar sobre nosotros aquellas copiosas bendiciones que disponen para una santa muerte, y aseguran la vida eterna. Amen.

NOTA.

Habiéndose compuesto este librito de la novena completa solo para propagar la verdadera devocion de la Santísima Virgen, los hijos de María, que le juzguen propio para este fin, harán una buena obra, si emplean todos los años una parte de lo que hayan de dar en limosnas, en comprar algunos ejemplares, para distribuirlos gratuitamente entre los fieles. Es digno de alabanzas el celo de los que ofrecen dones para los santuarios y altares consagrados á María; pero no lo seria menos el de aquellos que procurasen ganarle algunos hijos, distribuyendo libros que sirvan para hacerla conocer y amar. ¡Cuántas familias hay, sobre todo en los pueblos, que por no haber tenido algun libro que trate de la devocion de María, apenas la conocen! Oh! si se encontrasen siquiera, entre tantos devotos siervos de María,

doscientas personas que, teniendo algunas facultades, quisieren hacer la caridad de distribuir cada año cinco libritos de la Santísima Virgen, ¡qué bien tan grande no resultaría de aquí! Esos miles de libros que se leerian en particular y en comun, serian como otros tantos celosos misioneros, que predicarian en las familias la devocion á María, y le ganarian no pocos corazones. La rica recompensa que recibirian del cielo por esta obra de caridad, se puede inferir por lo que dice Santa Teresa. «Un dia, dice la Santa, que me hallaba como en arrebatamiento, me pareció que Jesucristo me ponía una hermosa corona en la cabeza, diciéndome, que esta corona era la recompensa de lo que había hecho por su santa Madre.»

**AMEMOS Y HAGAMOS AMAR A
MARIA, Y EL CIELO ES NUESTRO.**

de las personas que, teniendo algunas
 facultades, quisieren hacer la caridad de dis-
 tribuir cada año cinco libras de la Santí-
 sima Viña, que para los grandes no res-
 tita de aquí. Los miles de libros que se
 leen en particular, y en común, serian co-
 mo otros tantos buenos misicordiosos, que
 predicarian en las familias la devocion á Ma-
 ria, y la caridad por los coraxones. La car-
 tidad recompenza que recibiran del cielo por
 esta obra de caridad, se puede inferir por
 lo que dice Santa Teresa. «Un dia, dice la
 Santa, que me hallaba como en arrebatamien-
 to, me pareció que Jesucristo me po-
 nia una hermosa corona en la cabeza, dicien-
 dome, que esta corona era la recompensa
 de lo que habia hecho por su santa Madre.»

A MENOS Y BACANOS AMAR A
 MARIA Y EL NIÑO ES NUESTRO

Este es el nombre de la Virgen María, que
 es el nombre de la Virgen María, que es el
 nombre de la Virgen María, que es el nombre
 de la Virgen María, que es el nombre de la
 Virgen María, que es el nombre de la Virgen
 María, que es el nombre de la Virgen María,



¡Oh Maria! vos que habeis tenido la dicha de ser elegida por Madre de Dios, dignaos recibirme en el número de vuestros amados hijos, y alcanzadme de Jesucristo la gracia de vivir y morir santamente.



¡Oh María! vos que habéis nacido la di-
cha de ser escogida por el Señor de Dios, dig-
nos recibirnos en el número de vuestros ama-
dos hijos, y alcanzarnos de Jesucristo la gra-
cia de vivir y morir santamente.

MEDITACIONES

PARA

CADA DIA DE LA NOVENA.

MEDITACION

PARA EL PRIMER DIA.

VIRTUDES DE MARIA.

Punto primero.

Número de las virtudes de María.

Consideraciones. No se puede dudar que María no haya practicado todas las virtudes de que su divino Hijo nos vino á dar ejemplo. El santo Evangelio nos lo dá

á entender bastante cuando dice: que María estaba llena de gracia, *gratia plena*. Los demás santos, dice Santo Tomás, se han distinguido por alguna virtud particular; pero María, de tal modo sobresalió en todas ellas, que ha merecido se nos diese por modelo de cada una. Las virtudes de esta admirable Virgen han sido tan numerosas, dice un devoto autor, que sería mas fácil contar las estrellas que decoran la bóveda del firmamento, que referir las virtudes que tan magníficamente adornan el santo corazón de María. Así, San Bernardo la llama *cielo de Dios*, y en verdad que merece bien este nombre, pues ella sola encierra mas dones que toda la corte celestial.

Afectos y propósitos. Si habeis adquirido, oh María, un número tan prodigioso de virtudes, ha sido por vuestra fidelidad en corresponder á la gracia que os las presentaba. ¡Ahl! y cómo vuestra fidelidad me llena de confusion por mis

infidelidades! Yo me gloriaba de ser devoto vuestro; tenia un placer en llamarme vuestro hijo, y no he hecho nada por imitaros; ¡qué contradiccion, qué ceguedad! Si desde el uso de mi razon hubiera trabajado por adquirir las virtudes que debo practicar como discípulo de Jesucristo, ahora me hallaria bien rico para el cielo; mas por haberme mostrado indiferente por los bienes espirituales, los solamente dignos de ser estimados, me veo reducido á una extrema pobreza. ¡Cuántas pérdidas! Pero desde este momento propongo repararlas; y para esto corresponderé con fidelidad á todas las gracias que el Señor se digne concederme, y adornaré mi alma con las preciosas virtudes de que María, mi buena Madre, me ha dado tantos ejemplos.

Punto segundo.

Perfeccion de las virtudes de María.

Consideraciones. La Santa Iglesia lla-

ma á María *rosa mística*, para darnos á entender que, así como la rosa es la reina de las flores, también María es la reina de las virtudes. «Pues que quiso Dios escogerse una madre, dice San Justino, fué necesario eligiera una cuyas virtudes no fuesen comunes, sino heróicas, y mas perfectas que las de todas las demás criaturas.»

Dice San Juan Crisóstomo: ¿qué cosa me presentareis mas perfecta que María? No serán ni los Profetas, ni los Apóstoles, ni los Mártires, ni los Tronos, ni las Dominaciones, ni ninguna otra criatura, sea visible, sea invisible. ¡Oh espectáculo encantador el de los dones preciosos con que María ha enriquecido su alma, esclama un devoto prelado! ¡Qué plenitud de santidad en todas las posiciones de su vida! ¡Qué perfeccion en el cumplimiento de sus deberes! Ella es el modelo de la juventud como de la edad madura, de las vírgenes como de las casadas. Ora haya

que obrar ó padecer, ora que mandar ú obedecer, en todo y por todo puede servir de regla. ¡Qué rectitud en sus deseos! ¡Qué simplicidad en sus acciones! ¡qué valor tan ardoroso en las tribulaciones! ¡qué paciencia tan fuerte en los desamparos! ¡qué fervor en la oracion! ¡qué amor tan encendido para con Dios! ¡qué profunda humildad en toda su conducta! Todo en vos, oh María, es digno de admiracion!

Afectos y propósitos. Yo confieso que seria grande presuncion pretender llegar á la perfeccion de las virtudes de María; pero ¿no debo yo esforzarme por imitarla, segun la medida de las gracias que se me han dado? Si hay un precepto que me manda ser perfecto como mi Padre celestial es perfecto, ¿con cuánta mayor razon estoy obligado á ver de aspirar á la perfeccion de las virtudes de María, como se esforzó ella en imitar las virtudes de Jesucristo, su divino Hijo? Ah! qué mo-

tivo de confusion para mí el no haber ni aun comenzado á poner en práctica tantas preciosas lecciones como me ha dado mi amantísima Madre! Desde este momento detesto mi conducta pasada, y propongo trabajar con todo esmero, no solo por adquirir virtudes, sino tambien por avanzar cada dia en la perfeccion.

Oh María, dispensadora de todas las gracias, obtened para mi alma la inefable participacion de vuestra plenitud, para que glorifique á Dios cuanto fuere capaz, y con el ejercicio de todas las virtudes, sea perfectamente arreglado en toda mi conducta. Para merecer esta dicha, me esforzaré á imitar el celo que animó siempre vuestro santísimo corazon, y le hizo producir tan prodigiosas virtudes.

Punto tercero.

Fruto de las virtudes de María.

Consideraciones. Las virtudes de Ma-

ría, como otros tantos soles, despiden un vivo resplandor que recrea la vista de los hombres, y al mismo tiempo derraman un ardor divino que gana los corazones. Grande es el número de los hijos de esta amorosa Madre, que en todos tiempos, han podido decirla: *Correremos en pos de vos al olor de vuestros perfumes*. Traigamos á nuestra memoria esos ángeles de la tierra, que en todas las condiciones de la vida, han marchado y marchan aun en nuestros dias, apesar de la perversidad de nuestro siglo, bajo los estandartes de esta soberana. ¿Quién los ha movido á hacer esos gloriosos sacrificios, por los que han inmolado á Dios los lazos mas fuertes del mundo, las inclinaciones de la naturaleza y el encanto de los placeres? Ha sido la contemplacion de las virtudes de María. Oh! cuántos corazones estraviados vuelven todos los dias á la virtud con la memoria de su santa vida! ¡A cuántas almas pusilánimes ha llenado de confianza! Di-

gamos mas; á cuántos santos ha llevado al cielo la meditacion de las virtudes de María!

Afectos y propósitos. ¿Cómo puede ser, que despues que conozco todo lo que ha hecho María por agradar á Dios, aun no haya empezado yo á imitarla? ¿Es esto hacer ver que soy digno hijo de tal Madre? ¿Seré yo el único que no saque fruto alguno de sus ejemplos de santidad? ¿Habré de vivir por mas largo tiempo en tan culpable indiferencia? No, no. Preservadme, Dios mio, de esta desgracia. Pues ya que nos hemos resuelto, oh alma mia, á sacar todo el fruto que podamos de las virtudes de María, es menester sepamos que las virtudes son como los árboles, los cuales no crecen ni dan fruto sino segun que son cultivados. Esto supuesto, es necesario cultivar en nosotros las virtudes que María practicó con tanta perfeccion; es decir, meditar los medios que hemos de poner en práctica para imitar estas mismas vir-

tudes; considerar la gloria que daremos á Dios, siguiendo las huellas de María, y la grande recompensa que nos aseguraremos por este medio en la pátria celestial. Estas consideraciones harán que nazca en nosotros un deseo ardiente de hacernos propias las virtudes de María, y sostendrán nuestra flaqueza en los esfuerzos que tengamos que hacer para adquirir las.

Hallándome bien determinado á imitaros, desde este mismo momento empiezo á poner ante mis ojos, oh María, vuestras sublimes virtudes; y considerándolas como otros tantos tesoros con que puedo enriquecer mi alma, voy á aplicarme eficazmente á imitar sobre todo vuestra profunda humildad, vuestro encendido amor de Dios, vuestra activa caridad para con los hombres, vuestra perfecta pureza, vuestra admirable resignacion en los trabajos, vuestra piedad sincera, y vuestro celo en tomar los medios mas propios pa-

ra adquirir la mas sublime perfeccion. Para cumplir esta resolucion, la mas generosa que puedo formar, necesito muchas gracias: estas las pido por vuestra intercesion, oh Maria. Ah! no negueis el socorro de vuestras oraciones á un hijo vuestro que desea formar su vida segun los ejemplos de su Madre.

Yo advierto que vuestras virtudes me mueven, que me animan; me parece que ya voy á correr en pos de vos; pero, ¡oh Reina de las virtudes! ¡Oh amparo mio! ¡Oh mi dulce Madrel la flaqueza, ay! me oprime tan poderosamente, que si no me sosteneis, no daré ni un solo paso para seguir. Dignaos, pues, socorrerme eficazmente, como lo espero de vuestra bondad de Madre.

Al concluir la meditacion de cada dia, se hará la siguiente invocacion al Santisimo corazon de Maria; y la donacion entera de si mismo, con la oracion que sigue despues,

INVOCACION AL SMO. CORAZON DE MARIA.

Oh corazon immaculado de María, corazon manso, humilde, puro, corazon tan semejante al de Jesus, hacedme participante de vuestras sublimes virtudes, y en particular de vuestra N. (*aquí se nombrará aquella virtud, sobre la cual se acaba de meditar.*) Oh corazon de María, corazon de Madre, abrasad mi pobre corazon con el amor con que amábais tan encendidamente á Jesus; haced que mi corazon sea conforme al de Jesus. Amen.

CONSAGRACION DE SI MISMO A MARIA.

Oracion atribuida á San Luis Gonzaga.

Oh María (concebida sin pecado) Reina de los ángeles, Soberana mia y Reina de mi corazon, vedme aquí que vengo á echarme en el seno de vuestra misericordia, y poner, desde ahora para siempre, mi alma y mi cuerpo bajo vuestra salva-

guardia, y poderosa proteccion. Yo os confio y pongo en vuestras manos toda mi esperanza y mi consuelo, todas mis penas y miserias, mi vida y el fin de mi vida. Yo os las abandono enteramente, á fin de que por vuestra santísima intercesion y méritos, todas mis obras vayan dirigidas segun la voluntad de vuestro divino Hijo, y la vuestra. Amen.

MEDITACION

PARA EL DIA SEGUNDO.

HUMILDAD DE MARIA.

Punto primero.

Maria comprendió la necesidad de la humildad.

Consideraciones. Jesucristo que bajó del cielo á la tierra para enseñarnos el camino que lleva á la suma felicidad, nada nos encomendó tanto como la humildad,

Y para hacernos ver la indispensable necesidad de esta virtud, nos asegura en varios lugares del evangelio, que solo los humildes se salvarán. Y sin desdeñarse abatirse hasta proponérsenos por ejemplo, nos dice á todos: *Aprended de mí, que que soy manso y humilde de corazon.* María fué tan docil á las lecciones de su querido Hijo, y tan fiel en copiar este divino modelo, que fué la mas perfecta imitadora de sus virtudes, y en particular de su humildad.

Tenia mucha luz esta Santísima Virgen, para no conocer que, siendo Dios el origen de toda perfeccion, y el hombre, por el contrario, no siendo de sí mismo mas que pecado, no podiamos hacernos agradables á Dios, sino humillándonos continuamente en su divina presencia. De aquí procedia aquella pasion santa que tenia María por las humillaciones, que la movian á olvidarse enteramente de si misma y referir todo á Dios.

Afectos y propósitos. ¡Qué no esté yo Dios mio, bien convencido de la necesidad de la humildad! Sé, que lo que San Pablo ha dicho de la fé, esto es, que sin ella es imposible agradaros, lo han dicho igualmente los Santos de la humildad; pues nos aseguran que, sin la humildad, no solamente no se puede acabar el edificio de su santificación, pero ni aun comenzarlo, porque ella es el fundamento de todas las demas virtudes.

Por poco que yo hubiera meditado las leyes del santo Evangelio, me hubiera convencido de la necesidad de la humildad; y ayudado de vuestra gracia, Dios mio, hubiera llegado á adquirirla. Mas por haberme olvidado de que el hombre debe humillarse en todo, aun no he empezado á dar un paso en esta santa virtud. Confieso, oh buen Jesus, lo mal que he hecho, y os pido me concedais, en virtud de la humildad de María, vuestra santa Madre, las luces necesarias para

que conozca la necesidad de la humildad, y gracias eficaces para practicarla.

Punto segundo.

La humildad de Maria la hacia sentir bajamente de sí misma.

Consideraciones. El que es verdaderamente humilde tiene bajos sentimientos de sí mismo, y desea que los demás piensen lo mismo de él. Tal fué la humildad de María. Para conocer los bajos sentimientos que tenia de sí misma, no hay mas que considerar cómo se portó cuando fué saludada por el Angel. Este le anuncia que Dios la ha escogido para Madre de su Hijo; y solo el pensamiento de esta grande dignidad la turba. Ocupada de los pensamientos de su nada, no puede figurarse cómo Dios ha podido poner en ella sus ojos. Asi es, que lejos de deslumbrarse con los títulos sublimes que la dá el enviado del cielo, títulos que son

inseparables de la eminente dignidad de Madre de Dios, ella no quiere otra cualidad que la de sierva del Señor. No contenta con creer que ella no es mas que nada, quiere que todo el mundo esté persuadido de su bajeza, para que con esto den á solo Dios toda la gloria. Por persuadir de esto á todos los hombres, declara altamente, que si hay en ella alguna cosa buena que les cause admiracion, lo deben atribuir á solo Dios que se ha dignado poner sus ojos de misericordia en su sierva.

Hé aquí cómo ganó María el corazon de Dios, é hizo descendiese á su seno virginal el Hijo del Altísimo, el Rey del cielo y de la tierra.

Afectos y propósitos. Si María, con ser tan santa, ha tenido tan bajos pensamientos de sí misma, ¡con cuánta mas razon me debo yo abismar en mi nada, yo que no soy mas que miseria y pecado! ¿Podré yo, despues de haber hecho estas

MEDITACIONES, DIA SEGUNDO. 19

meditaciones , llevar mi locura hasta de-
sear la estima de los hombres , cuando sé
muy bien , por el conocimiento que tengo
de mis iniquidades , que no solo no la me-
rezco , sino que soy digno de ódio y des-
precio? Haciéndome justicia de este mo-
do , será , oh Dios mio , como me haré
agradable á vuestros ojos ; porque asi co-
mo los pensamientos soberbios atraen
vuestra maldicion sobre el hombre que
los tiene , tambien los pensamientos hu-
mildes hacen caer sobre él vuestras divi-
nas y copiosas bendiciones.

Yo , pues , me humillaré , á ejemplo de
María , en mi espíritu y corazon ; me pe-
netraré de los sentimientos de confusion
de que estaba lleno el corazon del Publi-
cano , y humildemente postrado delante
de vos , oh suprema Magestad , os diré con
aquel humilde penitente : *Deus , propi-
tius esto mihi peccatori. Compadeceos de
mi , Dios mio , porque soy un grande pe-
cador. Y aunque Dios , movido á compa-*

sion por esta mi humilde confesion , me llenára de sus mas grandes favores, no me olvidaria por eso de poner en práctica aquella preciosa leccion del devoto autor de la imitacion de Jesucristo : *Desea ser ignorado de los hombres , y ser tenido en nada.* ¡Oh abismo de las humillaciones de María , aniquilad el abismo de mi soberbial

Punto tercero.

María fué perfectamente humilde en sus acciones.

Consideraciones. Cuando existen bajos sentimientos de sí mismo , se dejan ver necesariamente en la conducta exterior. En esto tambien merece María sernos propuesta por modelo ; pues practicó tantas veces actos de humildad durante el curso de su santa vida. Si vá á visitar á su prima santa Isabel , es para servirla en los officios mas humildes de su casa.

Atenta siempre á ocultar los privilegios que ha recibido del cielo, ni aun los manifiesta á su casto esposo, aunque su silencio pueda dar lugar á sospechas las mas humillantes para ella. La ley de la purificacion no habla con ella, pues que el nacimiento de su divino Hijo la dejó enteramente pura; mas sin embargo, se somete á ella con toda prontitud, y encuentra el mayor gusto en confundirse con el comun de las mujeres.

Si Jesucristo ha de recibir algun honor, como sucedió en su entrada triunfante en Jerusalem, María se oculta por no participar de su honra; pero ¿tiene que morir lleno de oprobios en el calvario? Pues María permanecerá constantemente junto á él, para participar de sus ignominias. ¿Y quién podrá contar todos los actos de humildad que practicó María?

Afectos y propósitos. La vida humilde de María condena altamente la de tantos cristianos que no son humildes mas

que en sus palabras ¿Y no condena tambien la mia? Si yo fuera sólidamente humilde como María, buscaria las acciones bajas y humildes con la misma prontitud con que las huyen los soberbios; y huiria de las que pueden acarrear estimacion y alabanzas de parte de los hombres con la misma prontitud con que los soberbios las buscan. Es cosa bien facil llamarse uno á sí mismo miserable y grande pecador; pero es cosa bien rara querer ser tratado como tal, y la prueba de esto es, la facilidad con que uno se disgusta cuando se padece algun desaire ó desprecio; y la diligencia y esmero con que se procura evitar todo aquello que podria hacer perder en algo la estima y buena opinion que se pudiera tener para con los hombres. Si me he de juzgar segun esta regla, me es forzoso confesar que jamás he tenido aquella humildad de accion de que María me ha dado tantos ejemplos. Sin embargo, ¡cuán útil nos seria, oh alma mia, el abra-

ZAR con santa generosidad las acciones humildes! Si, para determinarnos á esto, necesitamos saber cuáles son los grandes bienes y provechos que se nos seguirán de la práctica de esta virtud, hélos aquí: 1.º Ella nos conseguirá la remision entera de nuestros pecados. 2.º Nos enriquecerá de toda suerte de gracias, que nos harán perfectamente agradables á Dios. 3.º Nos merecerá en el cielo un grado de gloria tanto mas elevado, cuanto mas nos hayamos humillado en la tierra. Basta....., pues que no puedo agradaros, Dios mio, sin la humildad, y visto que esta virtud me traerá tantos beneficios y ventajas, desde este momento juro un odio eterno á la soberbia, y á todo lo que pueda producir este maldito vicio; empezaré sin demora á practicar la humildad con toda la perfeccion posible, y á tener en estima todo lo que pueda facilitarme la adquisicion de esta indispensable virtud. Quiero, pues, ser humilde en mis pensa-

mientos, mirándome como un pecador digno de todo desprecio. Lo quiero ser en mis palabras, evitando decir cosa que pueda hacer se tenga buena opinion de mí. Lo quiero ser en mis acciones, no haciendo cosa que me atraiga la estima de los hombres. Para que estas resoluciones tengan todo su efecto, os pido, oh María, me ayudeis en la práctica de la humildad. Oh santa humildad, tú serás en lo sucesivo el objeto de mis deseos, y las delicias de mi corazón!

Invocacion al santísimo corazón de María,
pág. 13.

Consagracion de sí mismo á María, pág. 13.

MEDITACION

PARA EL DIA TERCERO.

AMOR DE MARIA PARA CON DIOS.

Punto primero.

El amor de Maria para con Dios fué puro y desinteresado.

Consideraciones. Aunque Dios tiene toda su felicidad en amarse así mismo, sin embargo quiere que los hombres le amen. Por esto les ha impuesto este precepto, que es el primero de su ley: *Amarás á tu Dios con todo tu corazón.* De todas las puras criaturas, Maria es, sin contradiccion, la que ha cumplido con mayor perfeccion con este precepto. Desde el primer momento de su Inmaculada Concepcion, vió en Dios tantos motivos para ser por ella amado que jamas pudo emplear su amor en alguna criatura. Pero lo que dió

mayores quilates de perfeccion á su amor, fué que amó á Dios puramente por él mismo, ó por ser quien es, sin atender á interes alguno particular, y sin mas deseo que el de agradarle, y porque, siendo infinitamente amable, merece ser soberanamente amado. Ocupada sin cesar, en sus contemplaciones, de este divino obgeto, cuanto mas penetraba en el abismo de sus infinitas perfecciones, mas se perdia en el vasto oceano de su amor, de modo que todos sus pensamientos deseos y esperanzas se dirigian solo á Dios como á su único fin. Enseñadme, oh María, á amar á Dios de este modo.

Afectos y propósitos. ¿Qué idea me podré formar yo de mi amor para con Dios, si le comparo con el de María? ¿Le he consagrado yo todos los afectos de mi corazon, como esta Virgen fidelísima, desde que llegué á la edad de conocerle? Ah! ¿no tendré yo mas bien motivo para decirle con San Agustin: *Tarde os he*

amado, Dios mio, porque tarde os he conocido? Oh sol brillante! disipad las tinieblas de mi ignorancia, y desterrad mi frialdad! haced que en lo sucesivo arda mi corazon con el fuego sagrado de vuestro santo amor. Ayudado con vuestra gracia, desde hoy mismo empiezo á penetrarme bien de esta verdad fundamental; que mereciendo vos sólo, Dios mio, todos los afectos de mi corazon, no debo querer ni buscar mas que lo que me puede conducir á vuestro santo amor. Oh! si pudiera yo, como María, hacer en todos los instantes de mi vida actos de perfecta caridad! Ya que esto no pueda ser, al menos me esforzaré por hacerlos lo mas frecuentemente que me sea posible, diciendo con gran fervor: Dios mio, yo os amo con todo mi corazon, por puro amor vuestro, y con solo el objeto de agradaros, porque sois infinitamente amable. ¡Santos del cielo! prestádmee vuestros corazones, ó infundid en el mio todas

vuestras llamas, á fin de que mi amor para con Dios pueda tener alguna semejanza con el perfecto amor con que le amó María.

Punto segundo.

*El amor que María tuvo á Dios fué ardiente
y generoso*

Consideraciones. Jesucristo, que es el amor por esencia, no bajó del cielo á la tierra sino para encender el fuego del amor divino en los corazones de todos los hombres; mas ¿en qué corazón lo encendió mejor que en el corazón de su santa Madre? El amor en que ardia el santo corazón de María, fué tan ferviente, que fué necesario hiciese Dios un continuo milagro, para que no fuese consumido á cada instante de su vida por los encendidos afectos de su corazón. Cuando María llevaba al Niño Jesus, se podia decir segun un Santo: *Hé ahí el fuego que lleva al fuego.* Jamás amor alguno ha igualado

al de María; y esto es tanta verdad que, aunque se reuniese el amor de los Querubines y Serafines, de los Apóstoles, Mártires y todos los santos del cielo, todos estos amores juntos no parecerian mas que una centellita en comparacion del vasto incendio del amor de María. Por esto ha dicho Ricardo de San Lorenzo: que los Serafines, aunque son todos puro amor, hubieran podido bajar del cielo á la tierra para aprender en el corazon de María á amar á Dios. María amó encendidamente al Señor, no solo cuando la colmaba de favores, sino tambien en el tiempo de las mayores pruebas; y asi se puede decir que ni los crueles trabajos, ni las pesadas aflicciones de que estuvo llena su vida pudieron retardarla un solo instante en el ejercicio de su amor.

Afectos y propósitos. Ciertamente que no seré condenado por no haber amado á Dios tanto como le amó María; pero ¿no lo seré si no le amo tanto como debo y

puedo? El camino mas seguro para llegar al grado de amor que Dios exige de mí, es cumplir á la letra con el precepto que me ha impuesto de amarle *con todo mi corazon, con toda mi alma y con toda mi mente*. ¡Oh alma mia, despertemos! Dios nos llama; salgamos de nuestro letargo, y entremos en una nueva region, que es la region del amor ardiente y generoso.... Vedme aquí, ¡Dios mio! yo os amo con todo mi corazon; y despreciando todo lo que el mundo estima, no quiero amar otra cosa que á vos. Convertido con los ejemplos de María, estoy resuelto á amaros con tal ardor y generosidad, que, contando con vuestra gracia y con la proteccion de mi buena Madre, me atrevo á protestar delante del cielo y de la tierra, de los Angeles y de los hombres, que en lo sucesivo no habrá poder alguno que sea capaz de separarme de vuestro santo amor. No permitais, María, que sea infiel á esta resolucion. Comunicad á mi pobre

yo debo amaros como el os amo

corazon algunas centellas de amor divino que consumen el vuestro. ¡Oh fuego sagrado del amor de María! ven, llena mi corazon! ¡Oh Dios de amor! yo os amo con toda la intension y fuerza de que soy capaz; os amo, ó al menos deseo amaros con un amor infinito y eterno, con un amor que encierre á todo amor.

Punto tercero.

María amó á Dios con un amor continuo y perseverante.

Consideraciones. Mientras que María vivió en la tierra, amó siempre al Señor con el amor de que acabamos de hablar. Aun mas, no trascurrió un solo instante de su vida, en que no hiciese aquello que creía ser de su mayor agrado. Esta augusta Vírgen, dice San German, fué admirablemente figurada por el altar de propiciacion, donde no se apagaba el fuego ni de dia ni de noche. Semejante á esas

flores que miran siempre al sol, María, dice San Pedro Damiano, tenia habitualmente levantados los ojos de su alma hácia el divino sol, de modo que sus ocupaciones ordinarias no la impedian amar, y el amor no la impedia entregarse á sus ocupaciones. San Bernardino y San Ambrosio nos enseñan, que por un privilegio particular, ni aun el sueño causaba interrupcion alguna en los afectos amorosos, que producía el corazón de María. Así es, que se pueden aplicar á esta amante sagrada las palabras del cántico de los cánticos: *Yo duermo, pero mi corazón vela.* María avivó sin cesar, con santas meditaciones, las divinas llamas que ardan en su corazón inmaculado, hasta el momento en que habiéndola consumido el fuego sagrado con sus ardores, fué llevada en triunfo por los Angeles al cielo, donde no vive mas que de amor.

Afectos y propósitos. Oh! cuán dulce es para mí el pensamiento de que de aquí

en adelante, con el auxilio de María, amaré á Dios continuamente y con perseverancia! Cuando uno está tocado de la divina gracia, ¡cómo se deplora la pérdida del tiempo pasado en olvido de Dios! ¡Ay de ese tiempo en que no os he amado, Dios mio! Yo lo confesaré con confusion; me parecia, en ciertos tiempos de mi vida, que caminaba con celo por el camino del santo amor; pero ahora conozco cuán flaco era mi amor, pues tan cobardemente me desalentaba, Dios mio, cuando, para asegurarnos si mi amor era sincero, me sometiais á alguna prueba. Ah! pues que *el amor es fuerte como la muerte*, ya no me dejaré vencer mas por ninguna dificultad. Como quiero merecer las recompensas que ha prometido el Señor á los que perseveran hasta el fin, digo para siempre anatema á todas las máximas, vanidades y placeres del mundo. Retiraos, viles criaturas, retiraos le-

jos de mí, que solo á Jesus pertenece la pacífica posesion de un corazon que tantas veces le he consagrado. En vano os cansareis por robárselo, pues es solo suyo, y lo será para siempre.

Apoyado en vuestra proteccion, oh María, voy á hacer ver con mi conducta, la firme resolucion que tomo desde este momento de amar á Dios sin interrupcion, y hasta mi último suspiro, *con todo mi corazon, con toda mi alma, y con todas mis fuerzas.* ¡Oh amor que siempre ardes y nunca te apagas! ¡Dios mio, que sois la misma caridad, abrasad y consumid mi corazon con vuestro divino amor! ¡Antes morir, Dios mio, que dejáros de amar!

Invocacion al santisimo corazon de Maria,
pág. 13.

Consagracion de sí mismo á Maria, pág. 13.

—♦—

MEDITACION

PARA EL DIA CUARTO.

CARIDAD DE MARIA PARA LOS HOMBRES.

Punto primero.

La caridad de Maria para los hombres fué sobrenatural.

Consideraciones. Cuando se ama verdaderamente á Dios, se ama con toda sinceridad al prógimo, porque el primer amor no puede subsistir en el alma, sin que produzca el segundo. Queriendo nuestro divino Salvador hacernos comprender la union inseparable que existe entre el amor de Dios y del prógimo, nos ha dicho á todos: *Amarás á Dios tu Señor con todo tu corazon; este es el primer mandamiento: el segundo, que es seme-*

jante al primero, amarás á tu prógimo como á tí mismo. De aqui se infiere claramente, que debemos amar á todos nuestros semejantes, significados por el nombre de prógimos, sin exceptuar á nadie; que debemos amarlos con amor sobrenatural, es decir, por Dios, mirandolos como criaturas formadas á su imágen y semejanza, y rescatadas con su sangre. Pues de este modo amó María á todos los hombres. Era tanto lo que deseaba su felicidad, sobre todo la espiritual, que, mientras permaneció en el templo, dice San Buenaventura, no cesó de pedir al Señor enviase á la tierra el Mesías prometido, para que salvase á todos los hombres. Y esta caridad que empezó á ejercitar aun siendo niña, tomó tal aumento con la edad, que, en lo sucesivo, llenó enteramente su corazon de madre.

Afectos y propósitos. Si á imitacion de María yo amo sobrenatural-

mente á mi prógimo, debo desear que todos los hombres se hagan dignos de participar de los méritos de la preciosa muerte de Jesucristo, y desear para todos la felicidad celestial, como la deseo para mí mismo. Igualmente debo alegrarme del bien que hacen, y afligirme del mal que cometan. Y á fin de tener alguna certeza de que amo á mi prógimo con amor sobrenatural, desde este momento propongo pedir á Dios en todas mis oraciones, derrame con abundancia sus dones sobre todos los hombres, sin esceptuar uno solo, y suplico á María obtenga de Jesucristo, su querido Hijo, misericordia para todos los pecadores, perseverancia para los justos, que ponga fin á los tormentos de las almas del purgatorio, y abra á todos las puertas del paraíso.

Punto segundo.

La caridad de María para con los hombres ha sido tierna y compasiva.

Consideraciones. Como Dios destinó á María para Madre de los hombres, la dió al criarla, corazón de Madre para con ellos, y por consiguiente, una grande inclinacion á la misericordia; y Jesucristo, mientras permaneció en su casto seno, la comunicó los ardores de su amor para con nosotros á tal punto, que jamás pura criatura ha amado á los hombres como María. La compasion que les tenia era tal, que sentia mas sus penas y trabajos que los suyos propios. Asi es, que los consolaba, los aliviaba y les hacia todos los servicios que estaban en su mano. Prueba bien convincente de esto es, el milagro que solicitó en favor de los esposos de Caná, y los humildes servicios en que se

ocupó por tres meses en casa de su prima santa Isabel.

Afectos y propósitos. De este modo hace sentir el amor del prógimo, cuando es verdadero, los males espirituales y corporales de sus semejantes, como si fueran suyos propios. Esto es lo que llama San Pablo *llorar con los que lloran*. Y las mismas palabras del precepto: *Amarás al prógimo como á ti mismo*, ¿no nos mandan que tengamos estos sentimientos? Yo sé, Dios mio, que el afecto que debo tener á mi prógimo, debe tener su origen en mi corazon, sin lo cual todos los actos de caridad que pueda ejercer, no serán mas que pura hipocresía; pero este afecto no ha de estar tan encerrado en el corazon que no salga al exterior por las obras. Y así, asistir con limosnas á los necesitados, consolar á los afligidos, visitar los enfermos, y procurarles los socorros espirituales y corporales de que necesiten, y

hacer todas estas obras con un corazón compasivo, y por solo agradar á Dios, serán los medios de que me valdré para imitar la caridad de María, y prepararme una rica recompensa para la otra vida.

Punto tercero.

*La caridad de María para con los hombres
fué fuerte y generosa.*

Consideraciones. El precepto divino de la caridad nos manda hacer bien, no solo á nuestros amigos, sino tambien á nuestros enemigos. Traigamos á la memoria el precepto de Jesucristo: *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen.* María nos ha dado ejemplos bien admirables de esta caridad heróica. Jamás esta mansísima Vírgen abrigó el menor movimiento de ira contra nadie. Y sin embargo, ¿quien ha tenido para ello mas

motivos que María? Apenas nació su hijo cuando Herodes quiso ya quitarle la vida. ¡Qué afliccion para esta tierna madre! Para libertarle del furor de este cruel rey, le fué forzoso dejar su pátria y huir á Egipto, donde, por espacio de siete años, tuvo tanto que padecer. Mil veces los ju-
díos con sus blasfemias y persecuciones contra Jesucristo le causaron los mas amargos disgustos; sin embargo jamás entraron en su corazon el odio ni el resentimiento. Pero lo que causa mas admiracion en María es, que ni aun cuando vió que los verdugos de su Hijo Jesus descargaban sobre aquel inocente cordero los mas fieros golpes, y bañaban ó empapaban sus manos homicidas en su divina sangre, ni aun en este caso digo, pudo percibir movimiento alguno de indignacion contra aquellos sacrílegos que llenaban su corazon de amargura. Antes al contrario, movida á compasion por aque-

llas almas criminales, entra en las disposiciones del corazón de su divino Hijo; pide, juntamente con él, al Padre les perdone, y ofrece con sus lágrimas la sangre de su Hijo por su conversión. ¿Podremos, pues, admirar debidamente caridad tan generosa? Pero no basta admirar, es necesario también imitar.

Afectos y propósitos. Una de las primeras obligaciones que me impone la caridad para con el prójimo es, reprimir en mí todo lo que le pueda perjudicar. Yo debo, pues, desterrar de mi espíritu los pensamientos de desprecio, y desestimar los juicios temerarios y las sospechas injuriosas que nazcan en él; de mi voluntad, los movimientos de ira, de envidia, de odio, de venganza; de mi memoria, todo recuerdo de injurias y afrentas que haya recibido; en fin, de mi boca, toda palabra descompuesta, de burla y de murmuración. Necesario será, oh alma mía,

que hagamos grandes esfuerzos para guardar todas estas reglas; pero; ¿no nos dice el santo evangelio que el reino de los cielos no es sino para los que se hacen violencia? Y ¿á qué fin, oh alma mia, tanto razonar sobre las ingratitudes é injusticias de nuestros enemigos? Aquí solo se trata de traernos á la memoria el precepto que Jesucristo nos ha impuesto, de ponernos delante de los ojos los ejemplos que María nos ha dado, y en vista de esto, perdonarlo todo, olvidarse de todo, sin lo cual es inútil pretender aspirar ni al amor de Jesucristo, ni á la proteccion de María. Veamos, pues, ahora, oh alma mia, si tenemos algun enemigo, y no concluyamos esta meditacion sin haber prometido á Jesus y á María perdonarles y amarles como queremos que Dios nos perdone y nos ame. Y ¿cómo me atreveria yo á ponerme en lo sucesivo delante de vos, oh Madre mia, para pedirós vuestra proteccion

de que tanto necesito, si conservase algun odio ó rencor contra alguno de mis semejantes? Desde este momento arrojó lejos de mí sentimientos tan poco cristianos, que desagradan tanto á Jesucristo, vuestro Hijo, y á vos, Madre mia, que me borraiais del número de vuestros hijos, si me negase á amar á alguno de aquellos que Jesucristo amó, hasta derramar su sangre por ellos.

Invocacion al santisimo corazon de Maria.
pág. 13.

Consagracion de si mismo á Maria, página 13.

MEDITACION**PARA EL DIA QUINTO.****ADMIRABLE PUREZA DE MARIA.****Punto primero.**

Estima en que tenia Maria la hermosa virtud de la pureza.

Consideraciones. El Espíritu Santo, que servia de maestro á María, queriendo llevarla por el camino de la mas sublime perfeccion, la instruyó, desde su tierna infancia, acerca de la mas santa de todas las virtudes: la pureza; enseñándola que con cuanta mayor perfeccion poseyese esta virtud, mas se asemejaría á Dios, que es la pureza por esencia. La niña Virgen concibió desde entonces tal estima de tan admirable virtud, que se propuso desde luego hacer de ella el mas bello orar

mento de su alma; y para enriquecerse mejor con tan precioso tesoro, consagró con voto de perpetua virginidad su cuerpo al Señor, á quien habia consagrado ya todos los afectos de su corazon. El amor que tenia á esta angelical virtud, le dió á conocer claramente cuando se mostró resuelta á preferir la gloria de la virginidad á la augusta dignidad de Madre de Dios y Reina del universo. San Fulgencio, exhortando á las vírgenes cristianas á consagrarse á Dios bajo los auspicios de María, les dice: Venid pues vírgenes cristianas con santa alegría á la Reina de las vírgenes; echad lejos de vosotras la maldicion de Eva, y recibid por las manos de María, la bendicion de vuestra salud y de vuestra redencion. ¡Dichosas las almas que tengan la generosidad de acudir á tan preciosa invitacion!

Afectos y propósitos. Oh! como me enseña el ejemplo de María el aprecio

que debo hacer de la inestimable virtud de la pureza, virtud tan admirable que ha merecido los mas bellos elogios de los Santos! Los unos la llaman una participacion de la naturaleza angélica, una habitacion digna de Jesucristo; otros, escudo del corazon, calma de todas las pasiones, un cielo terrenal. San Bernardo hablando de ella esclama: ¿Qué cosa mas hermosa que la castidad, pues hace puro lo que ha sido concebido en pecado, y de un hombre hace un Angel? Yo lo confieso, Dios mio, ¡qué dichosas son esas almas que como María, pasan su vida en el estado de la virginidad, y prefieren este glorioso privilegio á todos los tesoros de la tierra! Ah! qué rica recompensa les espera! Es verdad, que no exiges que todos los cristianos hagan voto de virginidad: este es un favor especial concedido á un pequeño número de almas escogidas; pero quereis que todos los cristianos guarden la casti-

dad, cada uno en su estado. Tal vez mi conciencia me remuerde no poco sobre este particular; pero de aquí en adelante tu, ó santa pureza, harás las delicias de mi corazón. ¡Oh María! haced que vuestro Hijo acoja benignamente la resolución que tomo de no cometer jamás la menor culpa contra esta hermosa virtud, y reparar con la penitencia las que haya cometido hasta aquí.

Punto segundo.

Precauciones que tomó María para conservar la virtud de la pureza.

Consideraciones. Aunque la Santísima Virgen, concebida en gracia, fuese impecable, sin embargo tomó todas las precauciones posibles para conservarse en toda pureza. No solamente hizo voto de perpetua virginidad, sino que también veló sobre su corazón con tanto cuidado,

como si hubiera sido la criatura mas fragil; se condenó á una vida retirada, como si hubiera tenido que temer la seduccion del mundo; recurrió continuamente a la oracion, como si hubiera tenido que temer los lazos del demonio; practicó el ayuno y la mortificacion, como si hubiera tenido que desconfiar, se revelasen sus sentidos. Hé aquí como María ha merecido ser el tesoro, la gloria y ornamento de la virginitad. Si María, tan pura y santa, tomó todas estas precauciones, ¿con cuanta mas razon debemos tomarlas nosotros tan pobres, miserables, flacos y grandes pecadores?

Afectos y propósitos. Perfectamente comprendo, Madre mia, que no puedo conservar sin mancha la hermosa virtud de la pureza, si no empleo los medios que vos habeis empleado para ello. Así, 1.º yo velaré sobre mí mismo con sumo cuidado, y esto, aunque haya pasado muchos años

sin haber cometido la menor culpa contra esta virtud. Esta es la leccion que daba San Gerónimo á una santa viuda: *Que vuestra castidad pasada, la dice, no os inspire una vana presuncion, porque no sois ni mas favorecida que David, ni mas sábia que Salomon, ni mas fuerte que Sanson.* Ay! cuantos personajes que habian sido en un tiempo modelos de virtud, arden sin embargo, y arderán por toda una eternidad, por no haber velado, como debian sobre su corazon, y haberse permitido lo que su conciencia les decia no podian permitirse. 2.^a Me condenaré á una vida retirada. Los lazos que tiende el demonio á las almas castas me son bien conocidos, para que no tome una firme resolucion de no tener relaciones con los hombres como hacia María, sino en cuanto la necesidad y la urbanidad lo exijan, y aun entonces velaré cuidadosamente sobre mí. 3.^o Aborreceré los juegos

diversiones, compañías y reuniones de gentes, donde está espuesta la mas sólida virtud. Dios miol ¿no es renunciar á vuestro amor, presentarse en esos lugares donde sois tan ofendido? 4.º Recurriré á la oracion, sobre todo cuando el demonio me atormente con tentaciones importunas; y entonces no me olvidaré de invocaros, oh María, pues vuestro nombre, pronunciado con amor y confianza, pone en fuga todas las legiones del infierno. ¡Dios miol cuántas veces he pecado gravemente contra la santa pureza! Esta memoria llena mi alma de amargura, y quebranta mi corazon de dolor. ¡Amistades pérfidas, reuniones perversas, libros sacrílegos, que habeis dado un veneno mortal á mi alma, malditos seais para siempre! ¡Oh Jesus! ¡oh María! escuchad lo que os dice mi corazon: no mas ofenderos! vencer ó morir; antes morir mil veces que ser vencido una sola!

Punto tercero.

Las grandes recompensas que mereció á María la virtud de la pureza.

Consideraciones. La estima que tuvo María de la mas hermosa de las virtudes y las precauciones que tomó para conservar en toda su perfeccion, le merecieron la gloria de la divina maternidad. Es verdad, como enseña San Bernardo, que su humildad fué quien hizo bajar á su casto seno el Hijo de Dios, pero su perfecta pureza habia ya preparado el camino. Esto nos enseña la Iglesia en aquellas palabras que dirige á Jesucristo: *Non horruisti virginis uterum: No habeis tenido horror de encarnar en el seno de una Virgen.* ¿Dónde hallar espresiones para pintar la sublime elevacion que ha sido dada á María en el cielo en recompensa de su perfecta pureza? Cuando los santos mas

elocuentes han querido hablar de esta elevacion, han confesado su insuficiencia para comprenderla. Bastenos saber, que la gloria que María se ha adquirido por esta virtud, es inmensa; que ha merecido ser elevada sobre todos los Angeles; que las vírgines, que forman el ornamento de la corte celestial, la reconocen por su Reina.

Afectos y propósitos. Oh alma mia! esta gloria no es tan propia de María que no puedan participar de ella todos los que la imiten en su pureza. Tambien hay magníficas recompensas en el cielo para estos. Los santos nos enseñan que la admirable virtud de la pureza tiene tantos encantos, que arrebatara el corazon de Dios, que mira las almas castas como sus esposas, y las colma de sus favores. Para ellas reserva sus tiernas caricias é íntimas comunicaciones. ¡Qué de ejemplos no tenemos de esto en las vidas de los Santos! Las al-

mas, pues, que poseen esta preciosa virtud, están ricamente adornadas para poderse presentar delante de Dios con confianza, y son tan amadas de él, que después de su muerte, tendrán la dicha de ser admitidas al privilegio especial de acompañar al Cordero do quiera que vaya. Oh! cuán opulentamente serán recompensados todos los cuidados y trabajos que se hayan tomado para conservar esta preciosa virtud! ¡Ah! adoptemos, oh alma mia, desde ahora para siempre la firme resolución de jamás pensar, decir ni hacer cosa que pueda empañar el resplandor de la santa pureza. O buen Jesus! á quien me atrevo á llamar esposo de mi alma, dignaos componer y adornar esta pobre alma con toda la hermosura de la santa pureza, para que sea digna de vos. Y vos, la mas pura de las vírgenes, yo sé muy bien que en vano me gloriaria de ser protegido de vos, si no me esfor-

zase para vivir con gran pureza de alma y cuerpo; y pues los peligros son muchos, y mi flaqueza extrema, os suplico me alcanceis aquellas gracias que amortiguan y aun apagan el fuego de las pasiones, y hacen vivir en una carne corrompida con pureza angelical.

Invocacion al santisimo corazon de Maria,
pág. 13.

Consagracion de si mismo á Maria, pág. 13.

MEDITACION

PARA EL DIA SESTO.

MODESTIA DE MARIA.

Punto primero.

Principio de la modestia de Maria.

Consideraciones. La verdadera modestia tiene su origen y principio en el

interior del hombre, y arregla y compone el exterior, como la piedad arregla su interior. Esta modestia, pues, puede llamarse el fruto y ornamento de todas las virtudes. María guardó la mas exacta modestia en todas las acciones de su vida, porque poseyó con suma perfeccion todas las virtudes que la producen. Pero lo que sobre todo contribuyó á mantener á María en continúa modestia, fué la presencia de Dios que jamás perdió de vista. Convencida de que en cualquier lugar que estemos nos hallamos siempre investidos de esta divina presencia, jamás se permitió cosa que pudiese estar en oposicion con la mas exacta modestia, no solo cuando estaba espuesta á la vista de los hombres, sino tambien en el secreto de su retiro, donde no tenia por testigo de su conducta mas que á Dios á quien solo se esforzaba por agradar. El motivo, pues, de la modestia de María no podia ser mas

la modestia de María no podia ser mas

puro. ¿Sería demasiado avanzar decir que la modestia de María, viviendo en la presencia de Dios en la tierra, excedía el respeto de los ángeles que viven en la presencia de Dios en el cielo....?

Afectos y propósitos. Estando convencido de que la vista de Dios está fija continuamente en mí, y que *en él me nuevo, vivo y soy*, ¿no debo yo estar ocudado de los sentimientos de respeto y temor santo que inspira la presencia de esta suprema Magestad? Sí, Dios mio, yo guardaré una perfecta modestia en cualquier lugar que me halle, y jamás haré en secreto lo que no querré hacer en público, porque temeré mucho mas á Dios que á todos los hombres juntos. ¡Cuán dichoso sería si pudiera imitar en esta virtud á María, como la imitó San Francisco de Sales, que se hacía admirar de todo el mundo por su modestia! Esta virtud, que brillaba en todo su exterior, inspiró

la curiosidad de examinar como se portaba cuando estaba solo. Se le observó en momentos en que estando el Santo en su habitacion, no creyó seria visto de nadie, y se le vió siempre tan modesto como cuando estaba solo. Esto era porque sabia muy bien que estando en la presencia de Dios, jamás estaba solo. Por imitaros ¡oh María! propongo guardar la mas esacta modestia en secreto y en público, y no hacer cosa que pueda desagradar á Dios que tiene fijos en mí sus divinos ojos.

Punto segundo.

Cómo se dejaba ver la modestia de María.

Consideraciones. La modestia de María fué tan perfecta, que merece ser propuesta por modelo á todos los hombres. Sus sentidos, dice un devoto autor, estaban dirigidos en todo por la sabiduría. Toda la representacion de su persona era

grave sin fausto, y modesta sin afectacion. Todo parecia sobrehumano en Maria; y, desde su infancia, se podia creer, que el Señor la tenia destinada para alguna cosa grande, pues se dejaba ver ya tan perfecta. Segun San Epifanio, la modestia de Maria parecia á todos los hombres juiciosos un prodigio, que hacia decir, que jamás se habia visto cosa igual. ¡Qué noble simplicidad en sus vestidos, de los que ella habia desterrado siempre todo lo que podia oler á afectacion y curiosidad! Era tal la dulzura en sus miradas, que el Espíritu Santo compara *sus ojos* á los *de las palomas*. La sola composicion de su rostro celestial anunciaba tanto candor, que *la gracia* parecia *deramada en sus labios*. San Juan Damasceno, hablando de sus discursos, dice: que todas las palabras que salian de su boca expresaban la modestia, mansedumbre, caridad y humildad de que estaba

lleno su corazón. Su modo de andar era tan compuesto, que la Iglesia le aplica estas palabras de los libros sagrados: *¡Qué hermosos son tus pasos, hija del principel!* Hé aquí como María se mostró, por su perfecta modestia, la mas perfecta imagen de la divinidad.

Afectos y propósitos. Si quiero comparar, Dios mio, mi modestia con la de María, ¿encontraré algun rasgo de semejanza? Y entrando en algunos pormenores, ¿soy modesto en mis discursos? ¿Es, por ventura, la prudencia quien dicta todas las palabras, y la sabiduría quien arregla el tono de la voz? ¿No me puedo reprender de hablar muchas veces sin reflexion y sin discernimiento? ¿Soy modesto en mis vestidos, no permitiéndome jamás nada que anuncie la curiosidad, y cierta afectacion, que nunca parece bien en una persona que hace profesion de virtud? Y sobre todo,

¿tengo horror á todo aquello que puede ir, por poco que sea, contra la decencia...? ¿Soy modesto en mis ojos, teniéndolos por lo ordinario, y sobre todo en público, un poco bajos, evitando con todo cuidado el imitar á esas almas disipadas, cuya sola descompostura de rostro anuncia bien lo que son? «El rostro, dice San Gerónimo, es el espejo del alma, y los ojos, aunque mudos, descubren sus secretos mas ocultos.» ¿Soy modesto en el modo de andar? ¿He desterrado de él aquella afectacion que hace sospechar, dice San Buenaventura, en un alma orgullo, ligereza ó hipocresía? ¡Oh Jesus! ¡oh María! haced que mi modestia sea tal, que se vea realizada en mí la advertencia de San Pablo: *Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres.* ¿Me atreveria yo á llamarme hijo de María, si, en vez de mover á otros á la virtud con mi modestia, les fuese motivo de escándalo? ¡Oh

Jesús! oh María! preservadme de semejante desgracia!

Punto tercero.

Frutos de la modestia de María.

Consideraciones. La modestia que brillaba en toda la persona de María y en todas sus acciones producía tan saludable impresión en cuantos la veían, que se asegura, que después de la muerte de su divino Hijo, iban los cristianos en tropas á verla; y cuantos lograban esta dicha, se sentían maravillosamente movidos á la virtud. Un ilustre obispo, San Dionisio Areopagita, que vivió en su tiempo, y tuvo la dicha de verla, nos ha dejado un glorioso y auténtico testimonio de esta verdad. «Yo he visto, dice, con mis propios ojos la santísima Madre de Jesucristo Nuestro Señor: ella es una expresión perfecta de la divinidad... Estando en

presencia de esta Virgen santa, me ví rodeado de un resplandor tan grande de luz, penetrado de tantos resplandores de la divinidad, recreado con un olor tan suave y extraordinario dentro y fuera de mí mismo, que mi cuerpo miserable y mi espíritu no podían soportar tan gran felicidad.» Si nos trasportamos en espíritu á aquellos tiempos dichosos en que vivía María en la tierra, y consideramos con los ojos de la fé la gran modestia que resplandecía en todo tiempo y lugar en su sagrada persona, nos sentiremos maravillosamente movidos á revestirnos de esta agradable virtud, que debe hacer uno de los mas bellos ornamentos de los hijos de María.

Afectos y propósitos. La modestia ha admirado siempre á los hombres, merecido sus elogios, y movido las almas á la virtud. ¿Cuántas veces no se ha oído á aquellos mismos que viven sin religion decir

al ver una persona modesta: Es un Angel? ¿Y por qué, cuando San Luis Gonzaga salia al público, se apresuraban las gentes á verle cuando iba por las calles? ¿No era para edificarse, viendo su modestia? ¡Cúantos ha habido, que sin proferir una sola palabra, con sola su modestia, han obrado maravillosas conversiones! ¡Oh Dios mio! ¡que bien convencido estaba vuestro siervo, San Francisco de Asís, de que la vista de una persona modesta era una predicacion mas persuasiva que los mas elocuentes sermones, cuando salia á dar una vuelta por las calles de la ciudad, con el solo fin de edificar con su modestia! A fin, pues, de contribuir al aumento de vuestra gloria, me propongo guardar en todo tiempo y lugar la mas esacta modestia. ¡Dichoso yo si derramando el buen olor de Jesucristo, puedo ganarle algun alma, y reparar el mal que puedo haber hecho con mis malos ejemplos! Oigamos,

¡Oh alma mia! á San Bernardo, que nos dice: *Si amas á Maria, imita su modestia.* ¡Oh Madre mia! la modestia es, pues, la señal con que se dan á conocer los que os aman. ¿Qué mas se necesita para empeñarme y hacerme resolver firmemente á no hacer jamás nada que sea contrario á esta virtud? Sí, Virgen santa, lo prometo; y espero que vos tomareis bajo vuestra proteccion la resolucion que tomo de imitar vuestra modestia.

Invocacion al santisimo corazon de Maria,
pág. 13.

Consagracion de si mismo á Maria, pág. 13.

MEDITACION

PARA EL DIA SETIMO.

PENAS Y TRABAJOS DE MARIA.

Punto primero.

Por qué Maria fué probada con trabajos.

Consideraciones. Siendo las penas y trabajos de esta vida un justo castigo del pecado, parece que María debía haber sido preservada de ellos, pues que el pecado no empañó jamás la hermosura de su alma. Pues ¿de dónde proviene que haya sido tan cruelmente probada con ellos? Esto ha sido porque, debiendo cooperar al gran sacrificio de la inmolacion de su Hijo, por la salud del mundo, debió ser la mas perfecta copia de este Dios Salvador, y podernos decir á todos, con

mas verdad que San Pablo: *Sed mis imitadores como yo soy imitadora de Jesucristo.* Ademas de que, como los trabajos y aflicciones son el patrimonio de las almas predestinadas, quiso el Señor que María participase de ellas en grande abundancia, á fin de que, por su paciencia en soportarlas, mereciese ser coronada un dia por Reina de todos los santos.

Afectos y propósitos. Al ver que Jesucristo y su santa Madre pasan toda su vida en trabajos, ¿no deberé yo escitar en mí un deseo eficaz de padecer como ellos? Si el discípulo no es mas que el maestro, ni el siervo mas que su Señor ¿me podré quejar razonablemente, cuando mi Salvador me haga participar del caliz amargo que él bebió hasta la hez, y cuando María, mi amorosa Madre, me haga participante de alguna de las espadas que atravesaron tan cruelmente su alma? No, no. Yo quiero seguir con toda constancia á Jesus

y María por el camino de los trabajos, teniéndome por muy dichoso si me permiten ir en pos de ellos por el camino estrecho que lleva al cielo. Además de que, ¿puedo yo esperar ir al cielo sin padecer? Jesucristo, su santa madre y casi todos los Santos no han entrado en él, sino después de haber padecido toda suerte de tribulaciones: ¿seré yo tan ciego que pueda creer que mereceré la misma felicidad sin que me haya costado algunos sacrificios? ¡Oh delicias emponzoñadas de una vida sensual, yo os detesto...! ¡demasiado tiempo ¡ay! os he amado! ¡Oh trabajos saludables! ya empiezo á estimaros, porque al fin, he comprendido que por medio de vosotros me asemejaré á Jesús y María, espiaré mis pecados y mereceré la recompensa de los santos.

Punto segundo.

Cuales fueron los trabajos y aflicciones de María en su vida mortal.

Consideraciones. Para formarse una idea de lo que sufrió María, basta saber que sus dolores fueron continuos y tan crueles, que ella sola padeció mas que todos los mártires juntos. «La pasión de Jesucristo, dice San Bernardo, empezó en su nacimiento, y se concluyó en la cruz. María, que fué en todo semejante á su divino Hijo, padeció su martirio durante todo el curso de su vida.» ¡A qué terribles pruebas no la puso Dios con el fin de hacer brillar su virtud y aumentar sus méritos! Procuremos comprender lo que esta inocente Virgen debió sufrir cuando vió que San José, su casto esposo, queria abandonarla como si ella le hubiera sido infiel; todo lo que padecería cuando vió su

Hijo recién nacido, puesto en el pesebre, temblando de frío, sin poder aliviarle en su dolor; lo que sufriría cuando se vió obligada á huir á Egipto, y todo lo que tendría que padecer durante los siete años que pasó en aquel país en medio de gentes desconocidas é idólatras; todo lo que debió padecer en la pasión de su divino Hijo, sobre todo cuando oyó que blasfemaban de él, cuando le encontró en el camino del calvario agoviado bajo el enorme peso de la cruz, cuando le vió clavado en ella, y puesto entre dos ladrones. ¡Cuántos dolores ¡ay! cuántos dolores y aflicciones! Y ¿quién ha llevado mejor la cruz en pos de Jesucristo, que su querida Madre? ¡Ah! con razón la llama la Iglesia Reina de los mártires, *Regina martirum*.

Afectos y propósitos. Si comparamos alma mia, con estos dolores inmensos de María lo que hemos padecido hasta aquí,

y lo que podemos padecer hasta nuestro último suspiro en punto á dolores enfermedades, pestes, persecuciones, abandonos y pruebas de todo genero, reconoceremos facilmente que nuestra vida, que tal vez nuestra sensualidad nos la representa como llena de trabajos, es una vida de gozos y delicias, comparada con la vida crucificada de María. Pues que he tomado la resolucion de formar mi vida segun el modelo de la de María, ¿no debo imitarla en sus trabajos como en sus otras virtudes? Yo seria, pues, bien digno de compasion y de lástima, si, siendo como soy pecador, me atreviese á quejar de mis ligeras penas; mientras que María, aunque inocente, se mostró tan sumisa aun cuando su alma estaba sumergida en un océano de amargura. Ah! en lo sucesivo lejos de decir como hasta aquí: no puedo soportar este mal; no puedo sufrir esas injurias: mirando los trabajos y demas

penas como herencia de los escogidos, los estimaré como otras tantas gracias que Dios me concede en su misericordia. ¡Oh María Reina gloriosa de los mártires! no quiero dejaros llorar sola; permitidme que mezcle mis lágrimas con las vuestras. Yo me ofrezco como una víctima que está pronta a cualquier sacrificio.

Punto tercero.

Como sufrió María.

Consideraciones. No basta saber por qué padeció María, ni todo lo que padeció; es necesario además que sepamos, que María padeció todas las penas de esta vida, por amargas que fuesen, con perfecta sumisión al divino beneplácito. Esta tierna Madre se halló en circunstancias tan crueles que parece que sus quejas hubieran sido muy legítimas: cuando por ejemplo se vio desamparada en Belén, sin

saber adonde retirarse para dar á luz su divino Hijo; cuando se vió obligada á exponer este tierno niño que acababa de nacer, á los peligros de un largo y penible viage: En estas circunstancias y en tantas otras parece que hubiera podido exhalar alguna queja sino por ella misma, al menos por su querido Hijo, y preguntar al Padre Eterno, por que trataba con tanto rigor al que era el objeto de sus eternas complacencias. Sin embargo, ni una sola palabra se le desliza, ni forma un solo pensamiento que no esté conforme con la mas perfecta resignacion. Jamas se separó de esta bella máxima tan propia para darnos una idea del interior de su alma. *Hé aquí la esclava del Señor: tratadme, Dios mio, como querais; yo cumpliré siempre vuestra santa voluntad con la mayor perfeccion posible. Dispuesta estoy á padecer sin quejarme, mil veces mas que lo que padezco, si es de vuestro divino agra-*

do. ¡Oh corazón magnánimo de María!
¡Cuánto más se os sondea, más admiración
causa el heroísmo de vuestras virtudes!

Afectos y propósitos. Convenzámonos
bien hoy ¡o alma mía! que la resignación
en los trabajos es la señal más segura de
que complacemos y agradamos á Jesús y
á María. Muchas veces en el fervor de
nuestra oración protestamos á Dios que
estamos prontos á sufrir y padecer cual-
quier cosa por su amor: y el Señor, para
probar si nuestra resolución es sincera,
nos envía penas y aflicciones. De cualquie-
ra parte que nos vengan, mirémoslas co-
mo enviadas por el Señor, y así soporté-
moslas con paciencia y resignación entera
con su divina voluntad. Si así lo hiciére-
mos, nos llenará de sus celestiales bendi-
ciones; pero si por el contrario, en vez de
someternos con resignación á su divina
voluntad cuando nos prueba con alguna
tribulación, murmuramos y nos quejamos.

Dios, para castigarnos, nos negará las señales especiales de su amor, y nos abandonará al mal humor que nos consumirá poco á poco. ¡Oh, cuánto me importa imitaros, oh María en vuestra resignación! Para hacerlo eficazmente propongo acordarme en todas mis penas y tribulaciones de aquella paz y tranquilidad que conservasteis en medio de vuestras amarguras. Animado con vuestro ejemplo y fortificado con vuestro auxilio, estaré tan resignado en mis trabajos que el único efecto que producirán en mi, será hacerme espíar mis pecados, unirme mas estrechamente con Jesucristo y con vos, Madre mia, desprenderme enteramente de las cosas de la tierra, y hacerme suspirar con ansia por la felicidad eterna.

Invocacion al santisimo corazon de Maria,
pág. 13,

Consagracion de si mismo á Maria, pági-
na 19,

MEDITACION

PARA EL DIA OCTAVO.

PIEDAD DE MARIA.**Punto primero.***Piedad ilustrada.*

Consideraciones. Aunque Maria estaba perfectamente instruida en los caminos de Dios por el Espiritu Santo, que le servia de Maestro, sin embargo, no por eso dejaba de poner los medios para instruirse por sí misma. Para esto leia con frecuencia las santas Escrituras, y en estos divinos libros encontraba aquellos altos conocimientos que tenia de Dios, de sus perfecciones, y de los deberes y obligaciones de los hombres para con su Criador. Hecha Madre de Dios,

se aplicó á conocer bien las disposiciones interiores de aquel divino modelo , para conformar con él las suyas. Escuchaba con atencion todas sus palabras , examinaba atentamente sus acciones, y las conservaba en su corazon para hacer de ellas la regla de su conducta. Tal fué la grande ocupacion de María. ¿Habrá de extrañarse despues de esto , el que no diese jamás un mal paso , y llegase á la mas sublime perfeccion de todas las virtudes?

Afectos y propósitos. El que no trabaja con esmero para hacer su piedad ilustrada, está espuesto á tomar el camino de la ilusion que lleva á la muerte eterna, creyendo seguir el que conduce á la verdadera vida. No debo olvidar me de esta leccion que me dá el Espiritu Santo. *Hay un camino que parece recto al hombre, y su paradero lleva á la perdicion, ¡Triste cosa seria encontrar la muerte: donde yo creia hallar la vida! Se vé un*

gran número de almas que practican la piedad; pero, ¿cuántas no hay que no tienen una piedad ilustrada? La prueba de esto es, que los menores obstáculos bastan para desanimarlas. ¿Sobrevienen algunas pruebas interiores ó exteriores, mudanza de estado, ó fuertes tentaciones? Pues todo lo abandonan; y personas que, en un tiempo, hacian profesion manifiesta de piedad, ejercitaban con regularidad sus devociones, entraban en todas las obras de caridad, y frecuentaban los santos sacramentos, tienen despues una vida mundana! ¡Dios mío! ¿de dónde les ha venido esta mudanza tan funesta? De que no tenían una piedad ilustrada. La caída de tantas almas me hace temblar. Para evitar su desgraciada suerte, quiero, á ejemplo de María, ilustrar mi piedad; y para esto, haré todos los dias alguna lectura espiritual que sirve para aumentar mis conocimientos sobre la re-

ligion, que me enseñe lo que debo saber de Dios y de mí mismo, de la vida presente y de la futura; una lectura que sea propia para instruirme en las disposiciones con que debo recibir los sacramentos, en el modo de cumplir con fidelidad las obligaciones de mi estado.... con estas precauciones, espero que mi piedad será agradable á Dios, y que permaneceré en ella hasta el fin de mi vida.

Punto segundo.

Piedad fructuosa.

Consideraciones. *El buen árbol, dice Jesucristo, dá buen fruto.* De este modo debemos discurrir sobre la piedad. Cuando esta es ilustrada, bien entendida, necesariamente ha de producir frutos de salud, por la práctica de las virtudes. *La piedad, dice San Pablo, es útil para todo; útil á la gloria de Dios, pues para ella es*

emplea : útil para nuestra santificación, pues nos la hace obrar; útil para el prójimo, pues se interesa en su felicidad. Tal fué la piedad de María. Como su piedad era bien entendida , se empleó en la gloria de Dios, contemplando sus perfecciones infinitas , meditando sus grandezas inefables, adorándole con el mas profundo respeto , glorificándole con el abandono generoso de sí misma á su divina voluntad , y amándole con un amor tierno y encendido. Porque su piedad era bien entendida , trabajó en su perfeccion con un celo que no tiene ejemplo , practicando todas las virtudes con la mayor perfeccion que se puede imaginar, y animando todas y cada una de sus acciones con intencion tan pura, que cada una le mereció tesoros de gracias. Porque su piedad era bien entendida, trató á sus semejantes con afecto de madre, haciéndoles todo el bien que podia , y haciendo que,

con sus oraciones , descendiesen sobre ellos toda suerte de bendiciones. De estos preciosos efectos, se infiere fácilmente, que la piedad de María no podia ser mas fructuosa.

Afectos y propósitos. Pues que la piedad bien entendida , como el buen árbol, se conoce por sus frutos , yo debo juzgar de mi piedad por mis obras. ¿Es útil mi piedad á Dios, á mí mismo , y al prójimo? 1.º *A Dios.* ¿Puedo yo estar cierto de que me empleo en la gloria y servicio de Dios, consagrándo una parte del tiempo en meditar sus perfecciones , en alabarle, bendecirle, y darle gracias por sus beneficios? Pues tales son los frutos que mi piedad debe dar á Dios. 2.º *A mí mismo.* ¿Me hace trabajar eficazmente mi piedad en mi santificación? ¿Me hace paciente en los trabajos, humilde en la prosperidad , resignado en la adversidad, vigilante sobre mí mismo en todo tiempo

y lugar, atento en la oracion, y fervoroso en la recepcion de los sacramentos? ¿Me regula en todas mis ocupaciones, haciéndome practicar cada cosa á su tiempo y con solo el fin de agradar á Dios? Pues esos son los frutos que mi piedad me ha de dar á mí mismo. 3.º *Al prógimo.* Esta piedad ¿me hace amar al prógimo, como á mí mismo? ¿Me mueve á que repare los males que pueda yo haberle hecho, olvide todos los que él me haya hecho á mí, y le haga todo el bien que debo y puedo, como tambien á que pida por sus necesidades espirituales y corporales? Pues tales son los frutos que mi piedad debe dar al prógimo. ¡Oh Dios miol lleno de confusion, vengo á confesar á vuestros pies que mi piedad no ha producido ningun buen fruto hasta aqui; pues mi vida ha sido estéril en buenas obras. Y asi he merecido la triste suerte de aquel árbol que maldijo Jesucristo

porque no daba fruto. Mil gracias os doy, Dios mio, por haberme sufrido hasta este dia. Ahora os presento mi corazon como una tierra seca y estéril; dignaos hacer que del cielo caiga en él el rocío saludable que lo haga fecundo en descos y propósitos eficaces; y entonces, mi piedad producirá frutos de santificación.

Punto tercero.

Piedad recompensada.

Consideraciones. El Señor, que es fiel á sus promesas, no deja jamás sin recompensa los servicios que le hacen los hombres. Estas recompensas, unas son para la vida presente y otras para la futura. María, por su piedad, mereció esta doble recompensa del tiempo y de la eternidad. Dios, que se complacia de ver en esta sublime Virgen tanta piedad, le comunicó, con santa profusion, los mas privilegiados

y singulares dones, durante su vida mortal, teniendo con ella comunicaciones tan inefables, que con razon ha sido mirada como la criatura mas elevada en gracia y en méritos delante de Dios y de los hombres. Estas gracias, que le fueron concedidas durante el tiempo de la vida, la preparaban para recibir inmensas recompensas despues de su muerte: las de la gloria. Pero ¿cuáles son esas grandes recompensas de la eternidad que se adquirió María por su piedad? Ah! jamás podremos conocer su magnificencia hasta que nos veamos en el cielo. ¡Oh piedad de María, cuán dignamente has queda lo recompensada de todo lo que has hecho por Dios!

Afectos y propósitos. Estas gracias del tiempo, y los bienes de la eternidad los dá Dios á todos aquellos que hayan tenido una piedad fructuosa como la de María. El ejemplo de tantos santos es una

prueba incontestable de esto. Como la piedad hace que correspondamos con fidelidad á la gracia, y siendo la fidelidad á la gracia una disposicion para nuevas gracias, de aquí se infiere que Dios se comunica sin cesar á las almas, mientras ellas perseveran en la verdadera piedad. Luego, podemos decir, Dios mio, que á medida que os dan, vos dais con usura; y hé aquí lo que sostiene las almas fervorosas, lo que las hace alcanzar victoria de todos sus enemigos, y las enriquece de dia en dia para la eternidad, donde encontrarán abundantes recompensas que las indemnicarán ámpliamente de todos los sacrificios que hayan hecho. Ver á Dios en el cielo; gozar de él sin temor de perderle; participar de la felicidad de los Angeles y de los Santos; ser como ellos coronado de gloria y de honor: tales son las ricas recompensas que Dios me destina. ¡Oh qué noble generosidad me debe inspirar la

esperanza de alcanzar tanto bien! Oh Jesus! ayudad mis esfuerzos, y dadme gracia para que supere todos los obstáculos á fin de que sea fiel á la resolucion que tomo en este momento de hacer que mi piedad sea en todo semejante á la de María. Y vos, dulce Madre mia, alcanzadme con vuestras oraciones una piedad que eleve mi corazon hácia el cielo, y me haga crecer continuamente en el amor de Jesus, en aquel amor puro y fiel que lleva el alma á unirse á Dios con todas sus fuerzas y afectos. Entonces será, Madre mia, cuando mi piedad, semejante á la vuestra, hará bajar sobre mí las bendiciones del cielo, y me dará la dulce esperanza de verla un dia coronada de gloria en la patria celestial.

Invocacion al santisimo corazon de Maria,
pág. 13.

Consagracion de sí mismo á Maria, pág. 13.

MEDITACION

PARA EL DIA NOVENO,

MEDIOS QUE TOMÓ MARIA PARA AL-
CANZAR LA SUBLIME PERFECCION A
QUE LLEGÓ.

Punto primero.

Espiritu de oracion.

Consideraciones. En las meditaciones precedentes hemos tomado la resolucion de seguir los ejemplos de Maria; en esta la tomaremos de imitarla en los medios que ella adoptó para elevarse á la sublime perfeccion á que llegó, á fin de que, yendo por el mismo camino, lleguemos al mismo término, que es el cielo, donde nos aguarda. Estos medios se pueden reducir á tres, El primero fué el espíritu de oracion. Aun

no existia el precepto de continua oracion, y Maria le observaba ya con tanta perfeccion que oraba incesantemente. En efecto, Maria empezó á orar desde el primer instante de su Inmaculada Concepcion, y su oracion no se interrumpió jamás en ninguna circunstancia, hasta su dichosa muerte. De tal modo se habia elevado sobre todo objeto criado, que su espíritu no podia pensar en otra cosa que en Dios; y si tenia tanto atractivo por el retiro, era porque este favorecia su íntima union con Dios. Sin embargo, no se ha de creer que Maria estaba siempre prostrada en su oratorio, orando; no, las ocupaciones de su casa no le permitian esto; pero aun en su trabajo estaba siempre atenta á la voz de Dios que le hablaba en el secreto de su alma, y ella á su vez hablaba á Dios con aspiraciones amorosas que salian á cada instante de su sagrado corazon. Esto es lo que el espíritu de ora-

cion obró en María, y lo que debe obrar en nosotros.

Afectos y propósitos. La fé nos enseña que sin el socorro de la gracia no podemos obrar nuestra salud. Dios bien desea darnos sus gracias, pero quiere que se las pidamos. *Pedid*, nos dice, *y recibiréis*. Jesucristo, para animarnos á pedir con confianza, nos asegura con juramento que todo cuanto pidamos á su Padre, en su nombre, nos será concedido. Y ¿cómo he cumplido con esta dulce obligacion? Ah! qué de veces me he contentado con algunas oraciones dichas precipitadamente, y sin que el corazon tuviese parte alguna en ellas! No es así, como vos que-reis, Dios mio, que os pida: y de aquí es tambien, que no tengo por qué admirarme de no haber alcanzado cuanto he pedido; pues lo he hecho tan pocas veces y con tantas distracciones. ¡Oh María, qué poco os he imitado! Vos orabais siempre

y con fervor; yo no he orado sino poco y con frialdad. Tampoco me escusaré con decir que no tenia tiempo para orar, pues yo sé que he perdido muchas horas que podia haber empleado en la oracion. ¡Oh alma mia! pues Jesucristo nos advierte, *que oremos siempre y sin intermision*, no nos contentaremos en lo sucesivo de rezar un poco por mañana y tarde: sino que buscaremos algunos ratos para retirarnos en algun sitio que favorezca el recogimiento, á fin de ocuparnos allí con Dios en la oracion, segun lo que nos enseña Jesucristo: *Cuando querais orar, entrad en el secreto de vuestra habitacion; y habiendo cerrado la puerta, orad á vuestro Padre que está en el cielo, y vuestro Padre, que ve lo que haceis en secreto, os dará vuestra recompensa.* Tambien estoy resuelto á imitaros, oh María, santificando mi trabajo con la oracion. Antes de comenzarle, le ofreceré á Dios, y hacién-

dole, me dirigiré á él con frecuentes aspiraciones. Y por último, os prometo hacer de modo que el fervor anime siempre mis oraciones y les dé aquella eficacia que lo obtiene todo del cielo.

Punto segundo.

Esencia de todo pecado.

Consideraciones. El segundo medio que empleó María para llegar á la mas sublime perfeccion, fue la esencia de todo pecado. Esta amable Vírgen tomó toda suerte de precauciones para conservar siempre su alma pura; y hubiera querido mas perder mil veces la vida, que empañar su inocencia, no solamente con cualquier pecado, pero ni aun con la menor imperfeccion voluntaria. De aquí, aquella esacta vigilancia que ejercitaba sobre sí misma; aquellos frecuentes exámenes; aquella atencion rigurosa en guardar sus

sentidos; aquella perfecta docilidad en responder á todos los movimientos de la gracia, y aquel generoso ardor en practicar todo lo que habia de mas perfecto en la ley del Señor. Asi fué como ascendió á cuanto hay de mas sublime en la práctica de todas las virtudes, y alcanzó aquel alto punto de perfeccion á que no llegará jamás ninguna criatura.

Afectos y propósitos. Si hubiéramos tomado las mismas precauciones que María para conservarnos en gracia, no tendríamos que lamentar tantos pecados, ni las amenazas que Jesucristo dirige en su Evangelio contra los siervos infieles, nos causarían tantos temores. El Espíritu Santo nos dice: que *el que se pone á peligro de pecar, perecerá.* ¡Oh Dios mío! si he tenido la desgracia de no escuchar estos avisos del cielo, que al menos la memoria de mis caídas me haga ya mas dócil. Mi resolucion está tomada.... quie-

ro evitar todo pecado; y para no exponerme á que sea inútil esta resolucion, me separaré para siempre de los lugares y personas que han sido para mí ocasion de cometerlos. ¡Ahl y que no pueda huir tambien de esos enemigos que me siguen por todas partes, porque los llevo siempre dentro de mí! Al menos quiero conocerlos para combatirlos. Esos enemigos son mis pasiones, que piden sin cesar se las contente. ¡Ahl aqui es donde debo poner en práctica la leccion de Jesucristo: *Velad y orad para que no caigais en tentacion, el espíritu está pronto, pero la carne flaca.* Una sola palabra, una sola accion puede causar mi reprobacion. Yo oigo clamar al Apóstol en alta voz: *El que cree que está en pié, mire no caiga.* No, no, Salvador mio, vos no permitireis que sea vencido de la tentacion. Pero sin embargo, si me sucediere dar una de esas caidas que hacen perder la gracia, yo me

libraré de permanecer en la enemistad de Dios; antes bien, iré lo mas pronto que pueda á recuperar la pureza de mi alma en el santo Tribunal de la penitencia. ¡Oh María! mi alma, por haberse consagrado á vos, es cosa vuestra; velad sobre ella, conservadla en gracia; y si viene á caer, ayudadla para que se levante cuanto antes, é impedid que vuelva á caer de nuevo.

Punto tercero.

Su fervor siempre en aumento.

Consideraciones. El tercer medio de que se valió María para llegar á la mas alta perfeccion, fué, crecer siempre en fervor. A medida que se levanta el sol en el horizonte, se aumentan la luz y calor que derrama, hasta que llega al mas alto punto de su carrera. Asi sucedió en la santa vida de María. Por grande que fue-

se su fervor cuando vino al mundo, no por eso dejó de tomar nuevos aumentos hasta su último suspiro. Para convencerse de esto, no hay mas que considerar el celo con que se condujo en todas las circunstancias de su vida, para cumplir los designios que Dios habia formado sobre ella. Desde su mas tierna edad, María sacrifica todo, parientes, amigos, bienes, placeres, por seguir la voz de Dios, que la llama a la soledad del templo. ¿La declara el Angel, que Dios la ha escogido para Madre del Mesías? Pues María se consagra a la voluntad del Señor, en cualidad de su esclava. ¿Hay que someterse á las órdenes mas rigurosas de la Providencia, dejar su pais, y refugiarse en una tierra estrangera? Pues ella encuentra toda su felicidad en cumplir la santa voluntad de Dios, y en sacrificar á su divino beneplácito todas las inclinaciones de la naturaleza. ¿Es necesario ver inmolar de-

lante de sus ojos á su divino Hijo, y padecer en su corazon todos los suplicios de su dolorosa muerte? Pues María se conforma del modo mas perfecto con la divina voluntad. En una palabra, gozar ó padecer, vivir ó morir, todo le es igual con tal que Dios esté contento. ¿Hay necesidad de mas pruebas para demostrar el ardor con que esta admirable Vírgen caminó á pasos de gigante, en todas las circunstancias de su vida, hácia el término de la mas sublime perfeccion?

Afectos y propósitos. Yo hubiera creído, Dios mio, que para ser fervoroso bastaba hacer muchos ejercicios de devocion, distribuir abundantes limosnas, y recibir con frecuencia los santos sacramentos. La experiencia sin embargo debia haberme enseñado que las obras en si mas santas pueden existir en un alma sin el verdadero fervor, pues no es raro ver personas que las practican y viven en la tibieza, y

aun algunas veces en pecado. Instruido con el ejemplo de María conozco mi error y comprendo que el fervor consiste en un abandono total de sí mismo en las manos de Dios, y en una gran fidelidad en seguir puntualmente las inspiraciones de su gracia.

Ya es tiempo, Dios mio, de que empiece á daros pruebas de mi fervor. Vedme aquí bajo vuestra mano paternal: pedidme lo que queráis, que con el auxilio de vuestra gracia me encontrareis siempre docil á vuestra divina voluntad. Vos quereis que, al ejemplo de María, os consagre todo mi ser, y yo me tengo por muy dichoso en que vos, Dios mio, queráis recibir mi ofrenda. Yo, pues, os ofrezco mi corazón, mi espíritu, mi voluntad, con todas sus miserias y flaquezas; yo os ofrezco y consagro á vos todas mis acciones, mis penas y adversidades. Vedme pues ahora y para siempre todo vuestro, Dios mio.

¡Oh santas resoluciones que yo he tomado en los dias de esta novena, ojalá permanezcáis eternamente grabadas en lo íntimo de mi corazón! ¡Oh María! yo las deposito en vuestro santísimo é inmaculado corazón: haced que las acepte Jesús, vuestro divino Hijo, y dignaos alcanzarme con vuestras santas oraciones, que las guarde y observe fielmente hasta mi último suspiro. Ah! no permitais que yo lleve mi perfidia hasta violarlas. El Señor me las ha inspirado para hacerme feliz por toda una eternidad; luego deben perseverar hasta la eternidad. Virgen santísima, yo siento en mí un vivo deseo de hacer al corazón de vuestro divino Hijo y al vuestro una protesta que corone todas mis resoluciones: vedla aquí; dignaos escucharla favorablemente. Yo desco y quiero que mi corazón esté de aquí en adelante en los sagrados corazones de Jesús y María, y que los sagrados cora-

zones de Jesus y María esten siempre en el mio, á fin de que, comunicándole sus movimientos, no se agite ni mueva sino conforme á la impresion que reciba de esos divinos corazones. Ojalá sea así por vuestras santas oraciones, amabilisima Madre mia, para que, muriendo en el perfecto amor de mi Dios, pueda, al salir de esta vida, ser recibido sin obstáculo ni tardanza en el paraiso, en donde bendiceré á Jesucristo vuestro divino Hijo, y á vos, benéfica Madre mia, por toda la eternidad. Amen.

Invocacion al santisimo corazon de María,
pág. 13.

Consagracion de sí mismo á María, pág. 13.





¡Oh Maria! vos habeis tenido la dicha de ser coronada por Reina de todo lo criado, reinad en mi carazon. Yo me consagro enteramente á vos: dignaos recibirme bajo vuestra proteccion, y llevarme al cielo. Así sea.

LECTURAS

PARA

CADA DIA DE LA NOVENA.

LECTURA

PARA EL DIA PRIMERO.

GRANDEZAS DE MARIA.

Para formarse una justa idea de la grandeza prodigiosa de la Santísima Virgen, seria necesario comprender la omnipotencia de Dios, pues María, como nos lo enseñan los Santos, es en cierto modo la medida de esta omnipotencia.

«Cuando la Santísima Trinidad, dice un devoto autor, quiso sacar de la nada esta afortunada criatura, que debia ser eleva-

da á la sublime dignidad de Madre de Dios, echó en ella el resto de su virtud y vigor. El Padre concurreó con su poder, porque queria formarse una hija digna de él, una hija que habia de ser propuesta como el modelo mas completo del amor filial para con su criador. El Hijo concurreó con su sabiduría, porque queria formarse una Madre que fuese digna de mandarle un dia, y de dirigirle, durante treinta años enteros, en las acciones de su humanidad. El Espíritu Santo concurreó con sus inefables ardores, porque queria formarse una esposa inflamada en amor, que con un solo *fiat* salido de su sagrada boca, debia contribuir tan eficazmente á la producción de una obra infinitamente mas admirable que la creacion del Universo: la de la Encarnacion del Verbo en su seno virginal. La grandeza, pues, y elevacion de María, le viene de su sublime dignidad de Madre de Dios. En efecto,

¡qué gloria la de la divina maternidad! Todo lo que los santos Padres y tantos sábios devotos de nuestra augusta Reina han dicho de mas elocuente en sus discursos, y en las numerosas obras que han compuesto en honor suyo, no es mas que la esplicacion de estas palabras del Evangelio que hacen un artículo de nuestra fé: *De María nació Jesus que se llama Cristo. De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.* Pero confesemos, que aun cuando todos los mas sábios doctores del mundo y los Angeles del cielo, reunidas todas sus luces, llenasen con los mas pomposos elogios otros tantos libros cuantos son necesarios para henchir el Universo entero, aun no podrian espresar todo lo que encierran de grande estas palabras. *De Maria nació Jesus.* San Agustin parece que nos quiere decir esto cuando, hablando con María, le dice: *No sé, Virgen santa, como hacer para alabaros dignamen-*

te, porque habeis encerrado en vuestro vientre aquel que los cielos con toda su estension no pueden contener.

María, apesar de su humildad, inspirada y movida por el Espíritu Santo, declara que todas las generaciones la llamarán bienaventurada por las grandes cosas que habia obrado en ella el Todopoderoso. *Beatam me dicent omnes generationes, quia fecit mihi magna qui potens est.* ¿Y cuáles son esas grandes cosas? ¡Oh Espíritu Santo! ya que quereis que admiremos vuestros dones para bendeciros por ellos, ayudadnos con vuestras divinas luces para que penetremos en este abismo de las grandezas de María: vuestra gloria está interesada en ello, asi como la de vuestra incomparable esposa.

María, como Madre de Dios, está elevada sobre todas las puras criaturas que existen y pueden existir. Augusta Reina del mundo, vos estais sentada en lo mas

alto de los cielos, al lado de vuestro divino Hijo, soberano Rey del Universo.

Cuando miramos ese vasto Universo que el Señor sacó de la nada con solo su palabra, y consideramos atentamente ese hermoso cielo que ha suspendido sobre nuestras cabezas, con todos esos ástros que lo adornan con tanta magnificencia; el mar, con su inmensidad y todo lo que contiene; la tierra, con todas sus producciones y cuanto en sí encierra, un secreto arrobamiento se apodera de nosotros y nos hace exclamar: ¡Qué poderoso es nuestro Dios, pues que con una sola palabra ha obrado tantas maravillas! Sin embargo, todo eso no es, segun testimonio del Espíritu Santo, mas que la obra de sus dedos. Otra obra existe mucho mas digna de admiracion, para cuya perfeccion empleó Dios toda la fuerza de su brazo, esta obra es María. Sí, María es una obra mas grandiosa, mas sublime que

el mundo entero. En efecto, si comparamos á María con el cielo, veremos que ella lo sobrepuja en belleza, en elevacion y en magnificencia. San Efrén y San Epifanio, despues de haber contemplado cuanto hay de mas admirable en María, no encontrando en el lenguaje humano espresiones propias para manifestar sus pensamientos, se valen de comparaciones, y le dan los nombres mas pomposos, llamándola *cielo nuevo, cielo resplandeciente, mas grande que los mismos cielos*. Si comparamos á María con el mar, veremos que ella es mas inmensa, pues encerró en su vientre al que es la misma inmensidad, como nos lo enseña la Iglesia, cuando, en el oficio que ha compuesto en su honor, le dice con santa alegría estas palabras: *Bienaventurada eres, Virgen María, porque has encerrado en tus entrañas al que el orbe entero no puede contener*. Si comparamos á María con la tierra, hallaremos que

es mas fecunda, pues produjo de su propia sustancia al Criador de todas las cosas, como lo atestiguan todos los fieles que con tanta frecuencia le dirigen esta gloriosa alabanza: *Bendita tú eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesus.* En fin, si comparamos á María con todo lo que, despues de Dios, hay mas grande en las mansiones celestiales, reconoceremos que está tanto mas elevada sobre todos los Angeles y Arcangeles, cuánto lo está una reina sobre sus siervos. Y esto nos lo enseña tambien la misma Iglesia, pues llama á María Reina de los Angeles, Reina de los Arcángeles, Reina de todos los Santos. Despues de esta primera consideracion, vengamos á ofrecer nuestra sumision y respeto á esta augusta Soberana, y digámosle con San German: Vos sola, ó Madre de Dios, estais elevada sobre todo el Universo!

Pero aun no se ha dicho todo! Dios,

cuyo poder no tiene limites , podria criar millones de mundos infinitamente mas hermosos que el que admiramos ; pues bien : todas estas creaciones , por perfectas que las supongamos , estarian muy lejos de igualar á las grandezas de María . Aun mas : aunque Dios criase tantos millones de Angeles como estrellas hay en el firmamento , y diese á cada uno de ellos mil veces mas perfecciones que tiene el mas elevado Serafin , toda la gloria y elevacion de esos espíritus reunidas no igualarian jamás las perfecciones y grandezas de María ; y la razon de esto es clara ; porque esos espíritus , por perfectos que fuesen , no estarian colocados mas que en el rango de siervos de Dios , mientras que María es su Madre , y entre la Madre de Dios y sus siervos ha de haber una distancia infinita como lo nota San Juan Damasceno . Así , este mismo Santo , no pudiendo cansarse de admirar tanta grande-

za en María, entrégase á un santo entusiasmo, y le dice: *Vos habeis sido levantada hasta el trono de vuestro Hijo, ¡ó Virgen santa, tesoro de santidad, fuente de justicia, cielo vivo y animado, abismo y océano de gracias! Vos sois la Reina de los Angeles y Señora de todo lo criado!*

Despues de haber hecho estas reflexiones se ve uno precisado á decir con S. Pedro Damiano, que María es la obra esquisita de la omnipotencia de Dios, una obra tan perfecta y acabada que no ve sobre si mas que al mismo Dios; verdad que San Buenaventura ha expresado de un modo bien enérgico cuando dice; «María es la dignísima Madre de Dios; y Dios, aunque es »omnipotente, no puede formar otra mas »elevada. Bien puede criar otro mundo mas »perfecto, otro cielo mas hermoso, pero »no puede criar una Madre mas elevada »que la Madre de un Dios.» ¡Oh María! la consideracion de vuestras inefables

grandezas me causa un santo entusiasmo, y mi corazón, no pudiendo contener su alegría, me obliga á exclamar: Gloria, gloria, gloria á María.

Nuestro espíritu se ha como perdido, queriendo elevarse á la altura de las grandezas de María; y sin embargo, apenas hemos empezado á sondear este abismo sin suelo. Recojamos nuestra atención para una cosa que la pide toda entera, porque hay que subir mucho mas alto; esto es, á considerar las grandezas de María con respecto á la union que contrajo con las tres divinas personas.

Santo Tomás de Aquino, aquel célebre doctor de la Teología, y uno de los mas grandes oráculos de la Iglesia, no teme enseñar que María fué asociada á la augusta Trinidad, y que contrajo con las tres personas la alianza mas estrecha que se puede concebir entre Dios y una pura criatura. **¿Y quién podrá comprender lo**

que esta sagrada alianza ha dado de grandeza á Maria? Habiéndola elegido el Padre Eterno para Madre de su Hijo , habiéndola elegido el Hijo para Madre suya , y el Espiritu Santo para su esposa, estas tres adorables personas han debido enriquecerla con todas las gracias y dones que convenian á tal dignidad.

El gran Dios que adoramos , siempre independiente , y bastándose á sí mismo, sin duda que hubiera podido obrar, sin el socorro de ninguna criatura, los grandes misterios que ha obrado en Maria y por Maria ; pero desde que quiso asociarla á sus designios y darla por Madre á su Hijo, fué necesario, dice un santo doctor, le diese todas las perfecciones propias de la divina maternidad. Y eso es lo que hizo. Tomó de sus divinos tesoros cuanto habia de gracias, de hermosura, de magnificencia, y enriqueció á Maria.

Si pudiéramos comprender las lamen-

sas gracias que han sido concedidas á Maria, entonces nos podriamos formar una idea de su sublime grandeza. ¿Pero no es una temeridad nuestra, gusanillos de la tierra, el querer comprender lo que escede la inteligencia de los mismos Angeles, y no puede ser comprendido mas que del mismo Dios? San Efrén llama á Maria un mar espiritual de gracias ; pues el que emprendiese contar todas las gracias encerradas en el seno de Maria, ¿no causaria tanta lástima como el que se esforzase por contar todas las gotas de agua del vasto océano? Es, pues, una verdad indudable que, aunque supiéramos todo lo que los santos Padres han escrito con toda su elocuencia sobre las riquezas espirituales concedidas á Maria, no tendríamos mas que una muy escasa idea de este misterio de gracias.

San Buenaventura, queriendo instruirnos sobre las gracias concedidas á Maria,

nos enseña, que han sido inmensas , y lo prueba de este modo: «Un vaso de inmensa capacidad no puede llenarse, si lo que le llena no es inmenso como él. Maria es de una capacidad inmensa, pues ha podido contener al que es mas grande que el cielo. Luego si una capacidad inmensa ha sido llena de gracia , *gratia plena*, es necesario que la gracia que ha llenado esta capacidad , sea inmensa.» De donde concluye, que es imposible medir la altura, profundidad , longitud y latitud de las gracias que han sido dadas á Maria. Santo Tomás hace , con respecto á esta plenitud de gracias concedidas á Maria, una reflexion que es muy propia para llenarnos de alegria. «La plenitud de gracias, dice, ha sido concedida á Maria, para que las derramase sobre todos los hombres. Es una cosa grande en un santo, cuando tiene gracias para la salud de otros varios; pero si tuviera bastante pa-

ra la salud de todos los hombres, esto sería la mayor plenitud, y esta plenitud es la que hay en Jesucristo y su Madre. Luego, en toda suerte de peligros, podemos conseguir nuestra salud de esta Virgen gloriosa.»

Tal es la magnificencia con que el Todopoderoso ha enriquecido á María; y no es difícil concebir que el Padre eterno, haciendo don de su propio Hijo á esta hija de bendición, no le negase los otros dones que son inferiores á su Hijo amado, dones que María debía poseer como debidos á la suprema dignidad de Madre de Dios. Un pasage, tomado de la santa Escritura, nos va á probar, cuán conveniente fué que Dios obrase de este modo.

Habiendo recibido el santo Rey David orden del Señor para que le construyese un templo, reunió una cantidad prodigiosa de oro, plata y de toda especie de materiales preciosos, á fin de dar á este

templo la mayor magnificencia posible. Y como el pueblo estuviese lleno de admiracion á la vista de preparativos tan extraordinarios, les respondió el Rey: *Es verdad que he preparado cien mil talentos de oro, y mil veces mil talentos de plata; y el hierro y cobre no tiene número; ¿pero qué es todo esto? porque no se prepara un edificio para un hombre mortal, sino para Dios.* Ahora bien, si fué necesario reunir tanta multitud de riquezas para dar una magnificencia conveniente á un templo material que solo habia de servir para recibir el incienso y las victimas de los animales que se ofrecian al Señor, ¿qué deberemos pensar de los tesoros de gracias que emplearia Dios Padre para construirse, en la persona de la Santísima Virgen, un templo en donde queria que naciese su Hijo, y viviese por nueve meses? Creamos sin la menor duda, que el Señor le concedió gracias

que no ha dado á todos los espíritus celestiales cuyo número es incalculable, y que María es mas rica en tesoros de gracias que todo el cielo junto. ¡Oh Reina del mundo! oh ilustre María! ¡cuán digna es de admiracion vuestra sublime grandeza! ¿quién podrá levantarse hasta vos?

La alianza que el Verbo eterno contrajo con María, escogiéndola para su Madre, nos dá nuevas ideas de su maravillosa elevacion. Una vez elegida, el Hijo de Dios debió comunicarle todo el bien que un hijo, y un tal hijo puede hacer á su madre. Es una ley grabada en el corazon de todos los hombres, que la madre debe participar de los bienes de su hijo. De aqui, ¡qué manantial de magnificencia para María!

Jesucristo, dice San Bernardino de Sena, grabó en María los rasgos de su divina semejanza. ¿Y no convenia, dice un santo religioso, que María gozase de

los mismos privilegios que su Hijo, pues ambos á dos tienen la misma carne? No busquemos, pues, desde ahora la gloria y elevacion de Maria, mas que en la gloria y elevacion del Hijo. Conceived, dice San Gregorio, lo que es un Hijo de Dios, y concebireis lo que es su Madre: la excelencia del uno, os hará conocer la excelencia del otro. Esto podrá parecer, á primera vista, algo exagerado; pero fácilmente se podrá cualquiera convencer que no hay exageracion, por la razon de que la Iglesia y los santos Padres, cuando nos quieren dar una idea de la Madre, se valen de las mismas espresiones y semejanzas de que se ha servido el Espíritu Santo para hacernos un retrato del Hijo. Una breve esposicion de las semejanzas que existen entre Jesus y Maria, vá á inundar de santa alegría á todos los corazones que aman con sinceridad á esta admirable Virgen. Esta esposicion la tomamos de

un devoto autor. Jesus, dice, se llama la sabiduria eterna, y Maria se llama el asiento y trono de la sabiduria. Jesus se llama Padre de la misericordia, y Maria, Madre de misericordia. Jesus es Todopoderoso por sí mismo, y Maria lo es por su Hijo que la ha hecho señora y dispensadora de todos sus tesoros. Jesus es nuestro Rey; Maria nuestra Reina. Jesus es nuestro Padre, Maria nuestra Madre. Jesus es nuestro mediador, Maria nuestra abogada y medianera. Jesus es nuestra esperanza, Maria la esperanza, socorro y vida de los cristianos. Jesus es el camino para ir al cielo; Maria es la puerta del cielo. Jesus está sentado á la diestra de Dios su Padre; Maria está sentada á la diestra de Dios su Hijo. Jesus es el Señor del Universo, el Rey de cielo y tierra; Maria es la Señora del mundo, la Reina de los Angeles y de los hombres. Al nombre de Jesus se dobla la rodilla

en el cielo , en la tierra y en los infer-
nos; tambien al nombre de Maria se ar-
rodillan los Angeles , los hombres y los
demonios. Tales son las admirables comu-
nicaciones que el Hijo de Dios ha hecho
á su santa Madre de todos los bienes y
perfecciones que le pertencen. Es, pues,
verdad constante , que para formarse una
idea de las grandezas de Maria, es nece-
sario saber cuáles son las perfecciones de
su Hijo, por ser cierto que lo que posee
el Hijo por naturaleza , lo posee la Ma-
dre por gracia , en quanto es capaz una
pura criatura. En confirmacion de esto
viene lo que dice San Euquerio : *Me
preguntais, dice, ¿cuál es la dignidad de la
Madre? Pues preguntad antes cuál es la
dignidad del Hijo : si la del Hijo es in-
comprensible, la de la Madre lo es tam-
bien. ¡Oh abismo de las grandezas de Ma-
rial ¿Quién te podrá sondear?*

El Espíritu Santo contribuyó tambien

admirablemente á la elevacion de María, contrayendo con ella aquella divina alianza con que la escogio para su esposa. Como es conforme al derecho natural que una esposa entre á participar de los bienes de su esposo, María, por esta alianza sagrada, quedó enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo. «Yo me represento, dice un devoto siervo de nuestra augusta Reyna, un Rey que escoge para su esposa una vírgen, hija de alguno de sus subditos. Desde entonces, esta dichosa vírgen viene á ser reyna; entra en posesion del trono real con el rey su esposo; participa de todos sus honores, títulos y bienes. Hé aquí una figura de lo que sucedió á María con el Espíritu Santo, su divino esposo,» Oh vosotros los que os gloriáis de llamaros hijos de María, y que hace ya largo tiempo, meditais en sus grandezas, ¿habiais penetrado bien estas verdades? ¿Las habiais compren-

dido? ¿Os habiais encumbrado hasta esta prodigiosa elevacion de María? ¿Habiais podido penetrar en esta inmensidad de grandeza y de gloria? Oh! no. ¿Y como hubierais podido comprender lo que no puede ser comprendido sino de solo Dios? «Si consideramos en sí la persona de María, ha dicho un elocuente predicador de nuestros dias, un intérvalo infinito la separa del Ser soberano; y ¡ay de aquel que quisiere confundir la criatura con el Criador! Pero, si atendemos á sus relaciones con la adorable Trinidad y á sus diversos privilegios, hallaremos que son estos todos divinos, y que no podemos tocar en ellos, por decirlo así, sin encontrarnos, aunque no queramos, como perdidos en los esplendores de la Divinidad: su fecundidad es divina; su Hijo, que es hueso de sus huesos, y carne de su carne, es divino; y aun estoy tentado por decir, que todo en María es divino, excepto ella misma.»

No pudiendo nuestro espíritu subir mas alto, se detiene como oprimido bajo el peso de tanta grandeza. Detengámonos pues; pero al concluir, exclamemos con San Pedro Damiano: «Cállese y tiemble toda criatura sin que apenas se atreva á levantar los ojos hácia la inmensidad de tal dignidad.» ¡Oh augusta soberanal pues que no podemos comprender cuánta es vuestra elevación, nos contentaremos con admirarla en silencio, y prostrados á vuestros pies con el mas profundo respecto, os pedimos nos alcanceis la gracia de contemplar un dia vuestra hermosura en el cielo.

EJEMPLO.

Como la primer cosa que debemos hacer al empezar la novena ha de ser, como se ha dicho, adornar lo mejor que se pueda un altar dedicado á Maria en donde se

han de hacer los ejercicios, no podriamos escoger para el primer dia un ejemplo mas apropósito que el siguiente, el cual nos hará ver lo mucho que estima nuestra buena Madre y cómo sabe recompensar á los que adornan algun altar que le está dedicado.

El Padre Auriemma refiere la historia de una pobre pastora que tenía tan grande devocion á la Santísima Virgen, que todo su gozo era retirarse á una capilla de Nuestra Señora, situada en una montaña; y mientras sus ovejas pacían al contorno, ella pasaba horas enteras en dulces coloquios con su buena Madre. La imagen de la Santísima Virgen era de relieve y sin adorno alguno; lo cual visto por la pastora, hizo un manto de un pedazo de tela, la mejor que pudo encontrar. Aun no le bastaba esto; pues recogiendo flores por los campos, hacía con ellas una corona, y subiéndola al altar, la ponía en la cabeza de

la estatua, diciendo: Madre mia, yo quisiera poner en vuestra cabeza una corona de oro y de piedras preciosas; mas como soy una pobre pastora, no puedo poneros mas que una de flores: aceptadla al menos como una prenda del amor que os tengo. Con semejantes homenages se esforzaba aquella pobre joven por honrar á su amable Soberana. Veamos como le recompensó la Santísima Virgen las visitas que le había hecho y el afecto y devocion que le tenia.

La pastora cayó enferma; y, estando ya para morir, sucedió que dos religiosos, pasando por aquel sitio y hallándose fatigados dal camino, se sentaron debajo de un arbol para descansar. El uno se durmió, y el otro velaba; pero ambos á dos tuvieron una misma vision. Vieron una multitud de vírgenes muy hermosas, y que iba en medio de ellas una que escedia á todas las demas en hermosura y magestad. Uno de los religiosos, dirigiendose á ella, le preguntó

quien era, y adonde iba. Yo soy, le respondió, la Madre de Dios, que con estas vírgenes que me acompañan, voy á visitar á una pobre pastora moribunda, porque ella me ha visitado muchas veces á mí. Dicho esto, desapareció la vision. Los religiosos se digeron el uno al otro: Vamos tambien nosotros á verla. Se pusieron en camino, y Dios los condujo á la pobre habitacion de la pastora enferma. Habiendo entrado, la encontraron echada en un poco de paja. Los religiosos la saludaron, y ella les dijo: Padres, pidan á Dios les haga ver la compañía que tengo. Al instante se pusieron de rodillas, y habiéndoles abierto el Señor los ojos, vieron á María que, con una corona en la mano, estaba á la cabecera de la enferma. Y hé aquí, que repentinamente, la Madre de Dios, y las vírgenes que la acompañaban entonan un divino cántico. A esta música celestial, la pastora se hecha en los brazos de María, y po-

niéndole esta Señora una corona en la cabeza espiró; María recibió su alma y la llevó al cielo.

¡Por unas coronas de flores que se marchitan, ofrecidas á María, alcanzar una corona inmortal de gloria....! ¿Quién no querrá imitar la devocion que tuvo esta pastora á María, á fin de recibir las mismas gracias en la muerte, y la misma recompensa en la felicidad eterna?

ORACION.

Santísima Virgen María, Madre de Dios, Reina del cielo y de la tierra, obra esquisita de las manos del Todopoderoso, digno objeto de las complacencias de la adorable Trinidad, permitid que me arroje á vuestros sagrados pies, para ofrecer os el homenaje de mi total consagracion. Postrado al pie de vuestro trono, con la mas profunda veneracion, yo os

elijo por mi reina, mi protectora y mi Madre, y en esta cualidad, os consagro mi alma, mi cuerpo y todo cuanto tengo. Desde este momento me entrego enteramente á vos; no me dejeis por mas tiempo abandonado á mí mismo, antes bien guiadme segun vuestro beneplácito. ¡Oh Maria amabilísima! como desde hoy en adelante me miraré como cosa consagrada á vos, no pasaré ningun dia de mi vida sin rendiros homenaje con las oraciones mas respetuosas que os dirigiré; bien persuadido de que vos no dejareis de tomar á vuestro cargo mi felicidad. ¡Oh María, madre la mas tierna y compasiva! desde lo alto de ese trono de gloria donde estais colocada, echad una mirada compasiva sobre mí, pobre pecador, y no me perdais de vista, hasta que me hayais introducido en las celestes mansiones, donde, uniendo mi débil voz á la de los Angeles y á la de todos los Santos, alabaré

á vuestro divino Hijo, y á vos amabilísima Madre mia, por toda eternidad. Amen.

LECTURA

PARA EL DIA SEGUNDO.

DIOS SE HA COMPLACIDO EN GLORIFICAR Y HACER GLORIFICAR A MARIA

Aunque hubiese obrado el Señor antes de criar á María grandes maravillas, que publican tan altamente su gloria, sin embargo parecia que se olvidaba de todas ellas, cuando pensaba en esta sublime Virgen, que habia de ser la perfeccion de todas sus obras. La primera en el orden de los decretos eternos: los abismos, los rios, las colinas y montes aun no existian, y María estaba ya concebida en los designios del Altísimo, como la mas bella imá-

gen del Criador. Así, en todos tiempos, se ha complacido el Señor en glorificarla y hacerla glorificar. En efecto, apenas prevaricaron Adán y Eva, cuando ya el Señor anuncia que María quebrantará debajo de sus pies la cabeza de la serpiente infernal, y contribuirá á la salud de los hombres dándoles el Redentor del mundo. En los siglos siguientes no cesa de anunciar por sus Profetas, y figurar en las mas ilustres mugeres del antiguo Testamento, la augusta Virgen que ha escogido para Madre del Mesías.

Y si es verdad que el Señor hacia ver las complacencias que tenia en María, aun cuando no existía mas que en su pensamiento, pues la llama *mi hermana, mi paloma, mi única, mi amiga, mi esposa, mi perfecta*, ¿quién no ve ya los dones sublimes con que la va á enriquecer desde el mismo dia de su creacion, los admirables privilegios que le concederá, y el cuida-

do que tendrá de glorificarla y hacerla glorificar en el cielo y en la tierra, por los Angeles y por los hombres?

Dios ha glorificado á Maria con varios privilegios que le son propios, y que jamás serán concedidos á ninguna otra criatura, porque los designios que se habia formado sobre ella son únicos. Los santos, y en especial San Buenaventura, hablando de estos privilegios, los reducen á siete. Es muy esencial que los conozcamos, á fin de que concibamos en cuanto nos sea posible, cómo Dios se ha complacido en glorificar por sí mismo á nuestra augusta Soberana.

Primer privilegio. El primer privilegio concedido á Maria fué la exencion de todo pecado, ya sea original ó actual, mortal ó venial. Es verdad que las santas Escrituras nos enseñan, que no hay hombre, por justo que sea, que no peque; pero Maria ha sido de ello exenta; y esto

nos lo enseñan formalmente el santo concilio de Trento y los Padres de la Iglesia, los cuales, al mismo tiempo que confiesan con San Agustín, que todos los hombres son pecadores, esceptúan á la Santísima Virgen, por razon de su dignidad de Madre de Dios. Maria no fué impecable por naturaleza, pues esto solo pertenece á Dios; pero lo fué por gracia. Cuando la crió Dios, arregló tan perfectamente todos los afectos de su corazón, que nada la inclinaba al mal, mientras que todo la movia al bien mas perfecto. Asi es, que jamás cometió la mas ligera imperfeccion. Por esto la dice San Bernardo: «Virgen santa, cuando viviais en la tierra, de tal modo brillabais á los ojos de Dios, que sola vos merecisteis acercaros al trono del Rey eterno.»

Segundo privilegio. No bastaba á Dios haber preservado á Maria de toda mancha, sino que quiso además decorar ad-

mirablemente el santuario de su alma, para que el Hijo del Altísimo, que habitaba en los esplendores de la gloria, no tuviese horror de bajar á su seno, para revestirse en él de nuestra humanidad. En vista de esto, el Señor la enriqueció con todas las gracias que pueden ser concedidas á una pura criatura: y este es el segundo privilegio concedido á Maria. San Gerónimo, realzando la excelencia de este beneficio, dice: Dios ha dado sus gracias á los otros santos con medida, pero á Maria ha dado toda la plenitud: y despues, comparando los dones que Dios ha hecho á Maria, con los que ha hecho á los Angeles, añade: «No hay duda que Maria recibió de Dios gracias mucho mas preciosas y abundantes que las de todos los espíritus celestiales.»

Tercer privilegio. El tercer privilegio de que se puede gloriar Maria es, el de haber conservado y aun perfeccionado

su virginidad despues del parto ; cumpliéndose en ella la memorable profecia de Isaias: *Una Virgen concebirá y parirá un hijo que se llamará Manuel.* La memoria de este prodigio inaudito que el Espíritu Santo habia obrado en ella, formando con los divinos ardores de su santo amor, el Verbo hecho carne, de tal modo la llenó de admiracion, que arrebatada y como fuera de sí, exclamó á impulsos de su reconocimiento: *Mi alma engrandece al Señor, porque ha obrado en mi grandes cosas el que es Todopoderoso.* Ser á la vez Madre y Virgen será siempre el carácter distintivo de Maria, porque, como lo ha notado San Agustin, jamás se ha concedido, ni concederá á ninguna muger ser vírgen y madre al mismo tiempo.

Cuarto privilegio. El cuarto privilegio con que ha querido el Señor glorificar á la Santísima Virgen, ha sido ha-

berla escogido con preferencia á otras muchas mugeres , para que fuese Madre de aquel mismo Hijo de quien él es Padre. ¿Qué virgen de Judá no ambicionaría la dicha de ser escogida para madre del Mesías prometido? Sin embargo , á sola Maria le fué dada la gloria de cooperar tan eficazmente al misterio de la Encarnacion del Verbo , de cuyo cumplimiento pendia la salud del mundo. Sola, pues, esta Vírgen bendita entre todas las mugeres , es la que puede decir al Hijo del Altísimo: Yo os he engendrado en el tiempo tan realmente, como el Padre eterno os ha engendrado en la eternidad. Y Jesucristo ha podido decir á Maria con igual verdad: Vos sois tan realmente mi Madre , como el Padre eterno es mi Padre. «¡Oh prodigio que excede toda admiracion , esclama San Buenaventura, que Dios haya concedido un privilegio tan sublime á una pura criatura!» Y San

Bernardo dice tambien: «La gloria singular de nuestra augusta Virgen, y la excelente prerogativa de Maria es tal, que ha merecido tener por Hijo al mismo que lo es de Dios Padre; porque con la misma verdad se puede decir, el Hijo de Dios es Hijo de Maria, que decir, el Hijo de Maria es el Hijo de Dios.»

Quinto privilegio. El quinto privilegio de Maria es, haber contraido con Dios la union corporal mas íntima que se puede concebir. En efecto, Maria le trajo por nueve meses en su vientre; le alimentó con su leche; cuidó de él por el espacio de treinta años, y mil veces le besó con delicias inefables. Por esto le dice San Agustín: «No es estraño, oh Virgen Maria, que el Dios que reina en el cielo tenga tanto placer en glorificaros, pues quiso hacerse hombre en vuestro vientre,

y vos le habeis besado con tanto amor en la tierra.»

Sesto privilegio. Maria tiene en el cielo un poder que iguala en cierto modo al de su divino Hijo; y este es el sexto privilegio con que Jesus ha querido gratificar á su Madre. Convencido San Agustin del mucho valimiento que tiene Maria para con Dios, le dirige la siguiente oracion: «Oh Maria, que habeis merecido ser escogida para Madre del Redentor, alcanzadnos lo que os pedimos, (es decir, el perdon de nuestros pecados, y la gloria celestial) preservadnos de lo que tememos, (esto es, de la infelicidad de ser reprobados); porque no se puede dudar que vos, que habeis merecido darnos el precio de nuestra redencion, no seais mas poderosa que todos los santos juntos, para obtenernos la felicidad eterna, por la cual suspiramos.»

Sétimo privilegio. El sétimo privile-

gio concedido á María ha sido el haberla llevado en cuerpo y alma al cielo, y haberla colocado sobre todos los espíritus celestiales. La santa Iglesia, dice San Gerónimo, canta en todos los lugares del Universo, lo que no se puede creer de los demás Santos, que María ha sido levantada sobre los Angeles y Arcángeles; glorioso privilegio, que no puede ser propio de la naturaleza humana, y solo sí puro efecto de una gracia concedida únicamente á María. Es pues cosa bien gloriosa para María que haya querido Dios, que despues de su divino Hijo, no se viese en el cielo nada que igualase á María. «Sí, esclama San Buenaventura, el glorioso é inapreciable privilegio de María consiste en que todo cuanto hay de mas hermoso, de mas dulce, de mas brillante, despues de Dios en la gloria, todo eso está en María, viene por María, y es María.»

El conocimiento de estos privilegios

concedidos á María nos dá una idea de lo mucho que se ha complacido Dios en glorificarla. Pero ¡cuán lejos estamos de haberlo comprendido todo! Oigamos como habla un devoto siervo de nuestra augusta Soberana, enseñándonos cómo ha glorificado Jesucristo á su santa Madre: «Jesucristo, dice, que no cesó de glorificar á su santa Madre mientras vivió, la ha glorificado mucho mas en el cielo. Despues de haber hecho de María un trono de gracia, habitando en ella, ha hecho un trono de magestad, colocándola á su derecha, como la Reina brillante de su gloria.» ¿Y no era muy conveniente que esta augusta Vírgen, que habia traido en su casto seno al Salvador del mundo, y que por él habia sido Madre de lágrimas y de dolores en la tierra, fuese madre de gloria en el cielo, y que los esplendores del Hijo pasasen á la cabeza de la Madre, como la carne de la Madre se habia hecho

carne del Hijo? Pero olvidémonos por un momento de la gloria que se le ha debido dar á María por razón de su cualidad de Madre de Dios, para no considerar mas que aquella de que se ha hecho digna por sus méritos. Si la gloria que tiene María en el cielo escede la de todos los santos, es porque ella los ha escedido á todos por sus virtudes. ¿Cuál es, en efecto, el espíritu celestial que haya igualado con su pureza á la de María? ¿Cuál es el santo que la igualó en caridad? ¿Cuál es el justo que haya nacido y vivido como María en la mas perfecta inocencia? ¿Qué virgen llevó tan lejos como María la pureza de alma y cuerpo? ¿Qué mártir fué traspasado como María, durante una larga vida, con una espada de dolor mil veces mas cruel que todos los suplicios de los tiranos? Justísimamente, pues, ha merecido esta Santísima Virgen ser elevada sobre todos los espíritus bienaventurados, y ser

coronada con mayor gloria que todos los santos de la Jerusalem celestial.

San Juan, aquel discípulo del amor, y el hijo adoptivo de esta augusta Soberana, la vió, antes de dejar este mundo, adornada con sus ricos atavíos. ¿Y qué nos dice de ellos? El Santo no nos habla mas que de celestiales resplandores que la rodean: sin duda que no halló expresiones propias para manifestar la gloria que brillaba en su sagrada persona. La luna, esa antorcha de las noches, con toda su brillantez, no pudo encontrar sitio entre los ornamentos que la decoraban mas que debajo de sus pies: *luna sub pedibus ejus*. Doce estrellas de las mas hermosas con que el Todopoderoso ha adornado la bóveda de los cielos, forman apenas una corona digna de ella: *et in capite ejus corona stellarum duodecim*. El sol, con su vivo resplandor, le sirve como de manto, envolviéndola con sus rayos lumi-

nosos: *amicta sole*. Si tales como estos son sus adornos y galas, ¿qué pensaremos de su sagrada persona, de su rostro casi divino, de sus ojos, con los que nada se puede comparar de cuanto encierra el Universo, de aquella frente en cuya comparacion la serenidad del mas hermoso cielo parece sombra? ¿Qué diremos de aquella alma, imágen la mas perfecta (despues del alma de Jesucristo) del mismo Dios, donde se reflejan, como en un espejo, la santidad del Padre, la sabiduría del Hijo y la caridad del Espiritu Santo? Oh! cuán admirable y cuán dignamente ha glorificado Jesucristo á su santa Madre! ¿Se puede imaginar hermosura ó magestad igual á esta?

¿Podrá causar admiracion despues de lo que acabamos de decir, que los Angeles se humillen y se cubran el rostro con sus alas en presencia de esta augusta Reina, y que los santos se acerquen á su tro-

no con el mayor respeto, y que todos juntos la bendigan, y hagan resonar las bóvedas celestiales, como dice San Buena-ventura, con aquel magnífico cántico:
¡Santa, santa, santa Maria, Virgen, Madre de Dios!

Oh María! la consideracion de tales y tantas magnificencias con que estais adornada, produce en mi alma un deseo ardentísimo..... el de contemplar los esplendores de vuestra gloria. ¡Ah! cuándo me veré en el lugar del eterno descanso...! ¡Cuándo me será dado unir mis alabanzas con las que toda la corte celestial da á mi augusta Madre...! ó al menos, ¡que no pueda yo, llevado sobre las alas de la paloma, ir á postrarme por un instante á vuestros pies, oh María! y besarlos con todo amor y respeto! Pero, ya que por mis pecados me veo condenado á vivir todavía en esta mansion de lágrimas, yo dulcificaré la amargura de los dias de mi des-

Uerro con la meditacion de las alabanzas que el Espiritu Santo ha puesto en la boca de sus Santos, para hacer glorificar á su incomparable Esposa.

Antes de dejar esta vida para ir á recibir en el cielo la recompensa debida á sus méritos, los mayores ingenios, los mas grandes Santos, los doctores y santos Padres nos dejaron en sus escritos monumentos auténticos de su sincera devocion para con María. En estos escritos es donde aprendemos que jamás habrá esceso en elogiar á María con tal que no se la iguale con Dios. En esos mismos escritos encontramos tambien argumentos invencibles que han reducido, y reducirán en todo tiempo á los enemigos del culto de María á un vergonzoso silencio. Si quisieramos referir todo lo que han dicho para glorificar á María tantos santos personajes que han ilustrado la Iglesia, no menos con su ciencia que con sus virtu-

des, sería necesario componer gran número de volúmenes. Bástenos referir alguno que otro pasage de algunos santos.

El sabio é ilustre cardenal Hugo de San Victor demuestra maravillosamente que todas las criaturas bendicen y exaltan á María. «No se encuentra nacion, dice, ni sexo, ni condicion, ni estado que no contribuya al cumplimiento de la célebre profecía que María hizo de sí misma en su cántico: *Porque el Señor se ha dignado mirar favorablemente la humildad de su sierva, todas las generaciones me llamarán bienaventurada.* Los judíos y los gentiles, los griegos y bárbaros, grandes y chicos, hombres y mugeres, ricos y pobres, todos la honran, invocan y colman de bendiciones. El cielo y la tierra, Angeles y hombres le ofrecen con santa emulation sumision y respeto. A María es á quien se reconocen deudores todos los habitantes del cielo, de su felicidad; en Ma-

ría ponen, despues de Dios, toda su confianza los que aun viven en la tierra; hácia Maria levantan sus manos pidiendo misericordia las almas de los fieles que espían sus pecados en las llamas del purgatorio. Maria es la gloria de la Jerusalem celeste, la alegría y consolacion de los pueblos, el honor y gloria del género humano!»

San Proclo, patriarca de Constantinopla, cuyo celo por el culto de Maria le movió á vindicar su honor en presencia del mismo Nestorio, que habia llevado su inslencia hasta hacer predicar contra su divina maternidad, queriendo espresar lo que pensaba de Maria, dice: «Maria es la gloria de las vírgenes, la alegría de las madres, el amparo de los fieles, corona de la Iglesia, verdadero modelo de la fé, sello de la feidad, regla de la verdad, ornamento de la virtud, santuario de la Santísima Trinidad.» San Elrén, diácono de Edesa,

que ha sido levantado por los Santos hasta las nubes, y respetado como un oráculo, hace esta oracion á Maria: «Llenad mi boca, oh Señora, con la dulzura de vuestra gracia, ¡ó llena de gracia! Iluminad mi entendimiento, desatad mi lengua, abrid mis labios, para que entone vuestras alabanzas. Tened á bien que vuestro humilde siervo os salude, ¡oh Virgen santa! Yo, pues, os saludo, ¡oh María! llena de gracia, estrella brillante, luz resplandeciente, Virgen y Madre, de quien nació Jesucristo. Yo os saludo, Reina y Señora de todas las criaturas, cántico de los Querubines y Serafines, dulce armonía de los Angeles, paz, gozo, salud y consuelo de todo el mundo. Yo os saludo, alianza de los Patriarcas, honor de los profetas, hermosura de los mártires, corona de los Santos, gloria de los justos, ornamento de la celestial Gerarquía. Yo os saludo, ¡oh María! el mayor milagro que ja-

más ha existido en el mundo, paraíso de delicias y de inmortalidad, árbol de la vida, fuente de la gracia, manantial de todo consuelo, Reina y patrona de todos los hombres. Yo os saludo, Madre del Hijo de Dios vivo, que habeis llevado en vuestros brazos al que no puede ser encerrado en ningun espacio, que habeis dado á luz á Jesucristo, nuestro dulcísimo Señor, Criador de todas las cosas, y amor de todos los hombres.

«Los ojos de todos, dice San Bernardo, están fijos en María, como en la obra que interesa á todos los siglos. Los que están en el cielo, los que están en el purgatorio, los que nos han precedido, nosotros que vivimos ahora, y los que vendrán despues de nosotros, todos vuelven sus ojos á María. ¡Oh Virgen santal en vos los Angeles encuentran alegría, el justo gracia, y perdon el pecador; con razon estan

vueltos hácia vos los ojos de todas las criaturas.»

Todo esto que habemos dicho es hermoso y admirable; pero aun son muchas los elogios sublimes que le da San Bernardino de Sena; animemos nuestros corazones de sus sentimientos, y digamos con él á nuestra augusta Soberana: «¡Oh María! ¿cuál es vuestra gloria y qué diré de vos? Si os comparo con el cielo sois mas elevada; si os llamo la Madre de las naciones, sois mayor que este elogio; si digo que sois la imagen de Dios, sois digna de este título; si os llamo Reina de los Angeles, todo prueba que mereceis este grande nombre. ¿Qué diré, pues, que sea digno de vos? yo diré que María es la puerta del cielo, la gloria del género humano, la Soberana de los Angeles, terror de los demonios, amparo de los pecadores, espejo de pureza, fuente de la gracia, tesoro de dones celestiales, consuelo de los

pobres, gozo de los humildes, socorro de los escogidos, guia de los caminantes, puerto de los que han naufragado, escudo de los que pelean, madre de huérfanos, apoyo de las viudas, delicias de los contemplativos, abogada de los penitentes, medicina de los enfermos, modelo de los justos, esperanza y gloria de los cristianos, marca y señal de los verdaderos católicos.»

Quando se ha oido á estos Santos y á tantos otros que con tanto celo han encomiado la gloria de María, parece que no se puede decir mas para exaltar á tan grande Reina; pero nos engañamos: aun queda otro lenguaje mas sublime; el lenguaje del silencio que produce la admiracion, y deja al espíritu del hombre abismarse en el infinito de tanta grandeza. Este lenguaje se ha usado por los mayores Santos. San Anselmo dice, que el hombre que se encargue de hacer el elo-

gio de María, tiene que sucumbir bajo el peso de tanta magestad. «Virgen santa, le dice San Gregorio, el cielo, la tierra y el infierno os ofrecen sus homenajes, pero vuestra gloria es sobre todo elogio.» No son menos admirables las palabras que le dirige San Agustín: «¿Cómo podremos nosotros, débiles mortales, le dice, glorificaros como mereceis ¡oh Virgen María! pues aunque todos nuestros miembros se convirtiesen en otras tantas lenguas elocuentes, no podríamos alabaros dignamente?»

Tales son los armoniosos conciertos de alabanzas que han cantado las bocas sagradas de los mayores Santos en honor de María. Sin embargo, todos estos magníficos elogios son apenas el principio de lo que habría que decir para glorificar dignamente á María. Esto es lo que confiesa San Bernardino de Sena, cuando, después de haber exaltado admirablemente á nues-

tra augusta Reina, concluye, diciendo:
 «No hacemos mas que balbucir, ó Virgen
 sublime, cuando celebramos vuestras ala-
 banzas; pero suplid nuestra flaqueza, para
 que podamos alabaros dignamente en la
 felicidad eterna.»

EJEMPLO.

La dignidad de Madre de Dios conce-
 dida á una pura criatura, ha parecido cosa
 tan sublime, que vários hereges han osa-
 do negarsela á la Santísima Virgen. El
 primero que se declaró enemigo del título
 glorioso de la maternidad divina, fue Nes-
 torio. Bien pronto veremos, cómo fue cas-
 tigo por su impiedad. La primera vez que
 los fieles oyeron predicar en la iglesia de
 Constantinopla, que María no era Madre
 de Dios, se salieron de la iglesia, llenos de
 indignacion contra el que habia proferido
 tal blasfemia. El soberano pontífice, que

era San Celestino, fue bien pronto informado de lo que pasaba. ¿Qué hará esta cabeza suprema de la Iglesia, al ver atacada la gloria de María? El no ignora que María es, despues de Jesucristo, el mas fuerte apoyo de la Iglesia, de que él es el primer pastor: así que facilmente comprende lo necesario que es atajar en sus principios error tan pernicioso: y sin pérdida de tiempo, convoca un concilio general en Éfeso, para que se juzgue en él la causa de Nestorio. Los Obispos concurren de todas partes, y se procura dar al concilio toda la celebridad y magestad que parece pide el privilegio de Madre de Dios, que se va á defender en él. En medio de la Iglesia se colocó un trono, y se pusieron en él los santos Evangelios, que representaban la asistencia del Espíritu Santo. Los Obispos, en número de doscientos, se colocaron á los dos lados, segun la dignidad de sus iglesias. Como Nestorio no quiso

comparecer, se examinó su doctrina en sus escritos. Apenas se leyeron, todos los padres del Concilio exclamaron: **Anatema, anatema á ese error impio!** Y el Concilio declaró solemnemente que **María es verdaderamente Madre de Dios.** Mientras se deliberaba sobre la causa de María era un espectáculo sobre manera tierno ver el estado en que se hallaba la Ciudad de Efeso. Casi todos los fieles estaban en oracion pidiendo á Dios se declarase protector de tan justa causa: y esperaban con santa impaciencia la decision del Concilio. Mas apenas oyeron que se habia declarado que **María era verdaderamente Madre de Dios** y que como tal debia ser llamada por los cristianos, hicieron resonar los aires con mil cánticos de alegría; iluminaron las ventanas de sus casas con multitud de luces en señal de gozo; todos salieron al encuentro de los Padres del Concilio para felicitarlos, y muchos de ellos,

no sabiendo como bendecir á aquellos gloriosos pontífices, salieronles al encuentro con el incensario en la mano, para incensarles. Aquellos santos Obispos, queriendo que todo el Universo fuese informado de la decision que habian hecho en favor de la divina maternidad, añadieron á la salutacion angélica estas palabras: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.*

Hé aquí como Dios convirtió en honor de María aquel error; por un miserable que tuvo la osadia de negarle el glorioso privilegio de Madre de Dios, hay todos los dias miles de personas que, humildemente postradas á sus pies, le dicen con delicias inefables: *Santa María, Madre de Dios, etc.*

Por lo que hace á Nestório, fue tratado como merecia; no habiendo querido retractar sus errores, fue desterrado al desier-

to de Osais, donde empezó á padecer los tormentos del infierno; pues su lengua, que había blasfemado contra la Madre de Dios, se le pudrió en la boca, y, estando aun vivo, se la comieron los gusanos. Este castigo nos hace ver el odio implacable que tiene Dios contra los enemigos de María.

ORACION.

¡Oh María! humildemente postrado á vuestros pies, confieso delante del cielo y de la tierra, de los Angeles y de los hombres que vos sois verdaderamente Madre de Dios. Viéndome en la imposibilidad de alabaros como mereceis, me valdré de la oracion de un santo é ilustre prelado y os diré: Yo os saludo oh María Madre de Dios, tesoro verdadero de todo el Universo, lampara que no se apaga, brillante corona de la virginidad, cetro de la buena doctrina. Yo os saludo, á vos, que habeis en-

cerrado en vuestro vientre virginal al Ser inmenso é incomprendible; á vos, por quien la Trinidad santa es honrada y glorificada; á vos, por quien la cruz preciosa del Salvador es exaltada por todo el Universo; á vos, por quien triunfa el cielo, se alegran los Angeles, los demonios son puestos en vergonzosa fuga, el tentador es vencido, la criatura culpable es levantada hasta el cielo y el conocimiento de la verdad se establece sobre las ruinas de la idolatría; á vos en fin, por quien el Hijo único de Dios, que es la luz del mundo, ha iluminado á los que estaban sentados en las sombras de la muerte.

Santa María, Madre de Dios, alcanzadme, con vuestras oraciones, que tenga acceso favorable cerca de vuestro Hijo. Decidle que, por amor de vos, me perdone, y me perdonará. Decidle, que me preserve de todo pecado, y me preservará. Decidle, que me conceda la gracia de

imitaros, y me la concederá. En fin, decidle, que me salve, y á mi muerte me llevará á su santo paraíso, en donde con los Angeles y Santos, cantaré eternamente las misericordias de Jesus y de María. Así sea.

LECTURA

PARA EL DIA TERCERO.

PODER DE MARIA.

San Bernardo, queriendo hacer ver el gran poder de que goza María en el cielo, le dice estas palabras: «Virgen santa, no teneis vos mas que querer, y todos vuestros deseos se cumplirán.» Antes de todas cosas, es necesario dar esta gloria á Dios, que él solo es omnipotente, y que

las mas elevadas criaturas , inclusa la Santísima Virgen , no tienen mas poder que el que él quiere concederles. Pero, siendo Señor de sus dones , los comunica á quien quiere , y según la medida que quiere. En todos tiempos se han visto siervos del Señor , á los cuales ha comunicado su poder; de ahí ese número infinito de milagros de toda especie que han sido obrados por los santos. Y aun mas, Jesucristo ha dicho que los que creyesen en él harian tan grandes prodigios y aun mayores que los que él hacia. ¿De dónde viene, pues , que refiriendo el Santo Evangelio los milagros que hicieron los Apóstoles , no dice en ninguna parte que los haya hecho María? La razon de esto es , que á esta Señora le mereció siempre tanto atractivo la vida oculta y humilde, que jamás quiso hacer cosa alguna que le grangease la estimacion y aprecio de los hombres ; y Dios que queria com-

placer á esta humilde Virgen, la dejó vivir en la oscuridad, como ella lo deseaba. Pero contento con ver en ella disposiciones tan sublimes, el Señor reservaba para la otra vida hacerla participante, en recompensa de su humildad, de su omnipotencia con tan prodigiosa estension, que habia de llenar al mundo con toda suerte de beneficios. Y esto es lo que efectivamente ha hecho y hace nuestra augusta reina, desde que subió al cielo: á manos llenas derrama sus bendiciones sobre los reinos y provincias, sobre las ciudades y pueblos, sobre grandes y pequeños, sobre ricos y pobres, en una palabra, sobre todo el Universo.

Dice el santo rey David, que Dios honra en gran manera á sus santos, y los llama sus amigos. Los honra, en efecto, hasta el punto de hacer ceder su omnipotencia á sus oraciones. De esto tenemos un ejemplo bien remarcable en Moi-

sés. De tal modo se habia hecho culpable el pueblo de Israel con sus numerosas prevaricaciones, que el Señor queria ya exterminarle. Moisés trata de aplacar su cólera, y ruega al Señor perdone á su pueblo; y como si el Todopoderoso no pudiera resistir á su siervo, le dice: *Déjame*; déjame castigar á esos rebeldes. Pero Moisés insiste en rogar por los culpados, y el Señor se deja vencer, y concede el perdon. Si la oracion de Moisés, que no era mas que siervo del Señor, tuvo tanta eficacia, ¿qué deberemos pensar de las oraciones de María, su digna Madre?

Se lee en la vida de Santa Gertrudis, que le dijo Jesucristo un dia: «Hija mia, desde que tu has puesto tu voluntad en mis manos, estoy dispuesto á concederte cuanto me pidas.» Segun esto, podia la santa disponer en cierto modo de la voluntad de Dios, por haberse sometido ella

á la suya. Pues juzguemos por esto cuál será el poder que Dios habrá dado á Maria, que tan rendida estaba á la divina voluntad, segun ella misma nos lo hace ver en aquellas hermosas palabras: *Fiat mihi secundum verbum tuum*: Hágase en mí segun tu palabra.

Pero lo que debe causarnos mas admiracion, es el ver que Dios trata á esta sublime Vírgen con cierta especie de respeto, haciendo depender de su voluntad la mayor de todas sus obras: la Redencion del mundo. En prueba de esto, no hay mas que considerar lo que pasó al cumplirse el misterio de la Encarnacion. El Padre eterno, queriendo dar su Hijo á los hombres, habia escogido á Maria para Madre suya. Pero antes de obrar este gran prodigio, le envia un Angel para que le pida su consentimiento, como si no pudiera hacer nada sin ella; y solo despues que Maria dá su palabra, el Hijo

de Dios nace en sus purísimas entrañas. Por esto ha dicho un santo: «Dios crió el mundo sin María; pero habiéndose perdido el mundo, Dios no ha querido salvarle sin el consentimiento de María.»

Después de estas reflexiones, hagamos con un devoto siervo de nuestra augusta Reina otra consideración, que será muy propia para engrandecer nuestras ideas acerca del poder que tiene María en el cielo.

«María es la Hija querida de Dios Padre, la Madre de Dios Hijo, la Esposa de Dios Espíritu Santo, la Reina del cielo y de la tierra. El que oye estas cuatro palabras, y penetra bien el sentido de ellas, debe formarse una idea del poder de la Santísima Virgen, á la cual no podrán añadir nada todos los discursos y razonamientos. María es la Hija del Padre eterno, aquella Hija querida, aquella Hija sin mancha, la mas perfecta imagen, después

de Jesucristo, de este divino Padre, la mas perfecta á sus ojos, y mas amable ella sola, que todas las criaturas juntas; el mas dulce objeto de sus complacencias. ¿Qué no podrá, pues, alcanzar de un tal Padre la intercesion de tal hija? ¿Habrá necesidad de discursos para hacer comprender esto? María es Madre del Hijo igual al Padre y Dios como él, Madre de este Hijo, en el sentido propio y natural, tan verdaderamente su Madre, como las mugeres de quienes hemos nacido, son nuestras propias madres, con un derecho natural sobre este divino Hijo, derecho inseparablemente unido á la cualidad de Madre. Ahora bien, ¿qué cosa se puede imaginar mas poderosa sobre el corazon de un tal Hijo que el ruego de una tal Madre? ¿Hay necesidad de otras pruebas para convencernos de esto? María es la esposa del Espíritu Santo; esta cualidad no le conviene menos que las otras dos.

*

¿Y qué cosa se podrá decir mas eficaz para persuadir el influjo que tiene una princesa en una Corte, que decir que es la Esposa del príncipe, el objeto de su cariño, mas amada que toda la corte y que todo el reino junto? ¿Se pedirá mas que esto para quedar convencido que esta princesa puede alcanzar todo cuanto quiere del príncipe? María es la Reina del cielo y de la tierra; ¿y qué mayor idea se puede dar del poder de una persona en un reino, que decir que ella es la Reina? Si María es realmente Reina del Universo, como no lo podemos dudar, pues continuamente la invocan los fieles bajo este título, luego puede conceder gracias á sus súbditos, y asistirles en todas sus necesidades, segun ella quiera, y segun y como quiera su Hijo. Por consiguiente ella puede preservarlos de los males que les amenazan, librarlos de los que los afligen, y hacerlos dichosos. De otro modo, ¿qué

no se consigue mejor que las otras cosas.

dignidad real sería la suya? ¡Qué! ¡una reina que no pudiese socorrer á un miserable, alcanzar gracia para un criminal, enriquecer á un súbdito....! ¿La Reina del cielo tendría menos poder en su reino que las reinas de la tierra tienen en los suyos? ¿Se puede concebir esto?

La influencia que tenía para con el rey Asuero la reina Ester, que era figura de María, es una imágen del valimiento que tiene nuestra augusta Soberana para con Dios. Habiendo sabido la reina Ester, judía de nacion, que el rey Asuero había dado un edicto en el que mandaba quitar la vida á todos los judíos, quedó sumamente afligida. Viendo la desgracia que amenazaba á su pueblo, se presenta al rey, resuelta á valerse del ascendiente que podía darle sobre él su cualidad de reina, á fin de hacer revocar el fatal edicto. Asuero, viendo á Ester en su presencia, le dijo: Pide, ó Ester, cuanto

quieras, que te lo concederé. Si he hallado gracia delante de vos, respondió la reina, libradnos de la muerte á que estamos condenados yo y mi pueblo. El rey, en atencion á Ester, revocó al instante el edicto, y se salvó el pueblo. ¿Quién podrá dudar que el valimiento de María para con Dios no sea infinitamente mayor que el de Ester para con el rey Asuero? Y si la peticion y ruego de esta reina fué tan eficaz, ¿qué no debemos esperar de los ruegos que nuestra poderosa Reina hace á su Hijo, no solamente para librarnos de los males y castigos que hemos merecido, sino tambien para alcanzarnos toda suerte de bienes así espirituales como corporales?

Dice San Bernardo, que María, como Madre nos ha dado un Dios; que, como Vírgen, ha rogado por nosotros; y que, segun esta cualidad, ha sido oida en su propia causa y en la de todos los hombres.

¡Oh! ¡cuán poderosa es la súplica que sale de la boca de María para el corazón de Jesús! Un devoto autor introduce al divino Salvador hablando con su santa Madre como sigue: «Madre mía, le dice, en medio de la gloria que me rodea, soy vuestro Hijo como lo era en Belén, en Nazaret y en el calvario, y vos sois siempre mi Madre. ¿Me podré yo olvidar de todo lo que hicisteis por mí durante mi tierna infancia, y de las lágrimas amargas que derramásteis por mi amor? Usad para siempre del derecho que habeis adquirido al darme la vida. Sed la Soberana de mi reino; los tesoros de mis gracias teneis abiertos, dispensadles como querais. Seguid los impulsos de vuestro corazón, siempre inclinado á la misericordia, y haced bien á todos los hombres; tomad en mis tesoros, que no se agotan jamás, gracias para todas las necesidades; gracias de consuelo para los afligidos; gracias de fortaleza

leza para los flacos; gracias de triunfo para los que están tentados; gracias de salud para los enfermos; gracias de conversión y de reconciliación para todos los pecadores, aunque sean reos de todos los crímenes que se han cometido y se cometerán hasta el fin del mundo. Vos no teneis mas que hablar, Madre mía, y, á vuestra voz, mi ira se mudará en clemencia. Yo volveré, adonde querais, mis ojos misericordiosos. Mis Angeles volarán al socorro de todos los que vos querais proteger. Yo suspenderé, á vuestros ruegos, el rayo vengador que iba á lanzar sobre la tierra; alzaré el azote con que afligia los reinos y ciudades en castigo de sus desórdenes; desarmaré la muerte que hacia caer tantas víctimas al golpe de su guadaña; encadenaré los demonios, para que no puedan tentar á vuestros hijos; cerraré los infiernos, y abriré el cielo á todos los que vos querais que vengan á mi reino, que lo es

tambien vuestro. Asi, vos, Madre mia, llenareis el mundo con vuestros beneficios, y todo el Universo sabrá, que yo tengo el mayor gusto en conceder todo lo que se me pide por vuestra intercesion.»

Un sabio y devoto prelado, dice que Jesucristo habla así á su santa Madre: «Madre querida, que habitais en los jardines celestiales, interceded con toda confianza por quien querais. Yo no puedo olvidar que soy vuestro hijo; ni puedo negar la menor cosa á mi Madre; decid una sola palabra, y sereis oida.»

Una infinidad de prodigios publican altamente que tal es el poder que Jesucristo ha dado á su Madre. Hé aquí dos hechos, entre otros muchos, que lo confirman maravillosamente. Estando Santo Domingo un dia en oración, quedó en arrobamiento, favor que el Señor le concedia con frecuencia. En su éxtasis, vió á Jesucristo sobremanera irritado contra el mundo, y

que tenía en su mano tres dardos para lanzarlos sobre los pecadores. ¿Qué hará María? ¡Ahl sus entrañas de Madre se conmueven... se echa á los pies de su Hijo para aplacar su ira y desarmar su justicia con sus ruegos. Su poder para con Jesucristo es muy grande para no ser oída. Jesucristo acoge las suplicas de su Madre, y abandona el disignio que tenía de perder tantos culpables.

En casi todos los libros que tratan de la devocion á la Santísima Virgen, se lee un echo milagroso que sucedio en Roma, en tiempo de San Gregorio Papa, y que es un testimonio bien convincente del poder de la Santísima Virgen para con su Hijo. Este hecho es como sigue. Una peste de las mas crueles que jamás se habian visto, llevaba la desolacion y la muerte por todas partes; de modo que Roma no presentaba mas que la imagen de un basto hospital. Afin de aplacar la colera del

cielo, el santo Papa había mandado hacer oraciones públicas, y sin embargo el azote seguía haciendo estragos. Viendo que Dios permanecía siempre irritado contra su pueblo, recurrió á esta poderosísima Virgen, tan justamente llamada *salud de los enfermos, consoladora de los afligidos*, y mandó se hiciese una procesion general á la Iglesia de Nuestra Señora, á la que habian de asistir el clero y el pueblo, llevando la imágen de la Madre de Dios, pintada por San Lucas. Este acto de devocion para con Maria puso fin al azote. En todas partes por donde pasaba la sagrada imágen, quedaban curados los atacados de la peste. Cuando llegaron con la procesion á la azotea de Adriano, que despues se llamó el Castillo de San Angel, vieron á un Angel en figura humana que envainaba una espada teñida en sangre. En el mismo instante, se oyó una multitud de espíritus celestiales que cantaban esta antifona en honor

de la Santísima Virgen : *Regina cæli, lætare*, alegraos , Reina del cielo ; y desde entonces usa la Iglesia esta antífona, durante el tiempo pascual, para saludar á la Madre de Dios.

De este modo quiso manifestar nuestro Salvador el poder que tenía su santa Madre para conseguir oiga Dios las súplicas de los que la invocan; y hacernos conocer que muchas veces concede á los cristianos, cuando le piden por medio de María, lo que rehusa concederles cuando se encaminan á él directamente; y el Señor obra así para glorificar por sí mismo á esta augusta Soberana, y para que todos los hombres la glorifiquen, poniendolos en la necesidad de recurrir á su intercesion.

Los dos hechos referidos nos demuestran cuanta es nuestra dicha en tener cerca de Dios tan poderosa protectora, que se sirve de todo su valimiento para preservar á los hombres de los males que

les amenazan, y librarlos de los que les afligen. María es la Reina del mundo, pero una Reina que no usa de su poder mas que para proteger á su reino y á los que le habitan. ¡Oh amable Soberana, qué dichosos somos bajo vuestro reinado! No me admiro que hayan declarado los Santos, que despues de Dios, os eran deudores de todo su bien, pues que, segun San Fulgencio, ya hace mucho tiempo que estaria sepultada la tierra bajo el peso de sus crímenes, si vuestros ruegos, ó María, no la hubiesen conservado.

Si lo que se ha dicho hasta aqui acerca del poder de la Santísima Virgen, no satisface bastante á ciertas personas, que escuchen á los santos, á esos maestros nada sospechosos, que van á instruirlos sobre lo que deben pensar acerca del particular, sin temor de caer en ilusiones, San German, Patriarca de Constantinopla, dirigiéndose á María, le dice: «Yea

sois Todopoderosa , oh madre de Dios, para salvar á los pecadores, y vos no necesitais otra recomendacion para con Dios, porque vos sois la Madre de la verdadera vida. Teniendo para con Dios el poder de Madre , no podeis dejar de ser oida, porque Jesucristo, vuestro Hijo, os obedece como á la mas amorosa madre.»

San Pedro Damiano habla á Maria en estos términos: «Todo poder, oh gran Reina, os ha sido dado en el cielo y en la tierra, para que podais conceder todo cuanto querais. Vuestro poder es tan grande, que podeis salvar los pecadores, aun los mas desesperados.» Refiriendo el Padre Crasset estas palabras del santo, que prueban tan perfectamente cuán grande es el poder de la Santísima Virgen, añade: «No se puede dar mas fuerza y estension al poder de la augusta Maria, que decir que lo puede todo, en el cielo y en la tierra, para los justos y para los pecade-

res, aun los mas desesperados, á los cuales procura, no solo algunas gracias, sino tambien la salud eterna.

El serafico doctor San Buenaventura siempre admirable cuando habla de Maria, dice que su gran privilegio es el ser Todopoderosa para con su Hijo. Despues, implorando su proteccion, añade: «¡Oh poderosa Reina, socorrednos, á nosotros que no podemos nada!»

San Anselmo nos ha dejado en sus escritos un gran número de pruebas que demuestran el admirable poder de Maria: y entre otras muchas cosas dice: que es imposible que negocio alguno deje de salir bien, cuando esta entre las manos de Maria. Y de aqui concluye, que no es creible, ó no es de esperar, el que un alma, por pecadora que sea, se condene, si Maria se interesa por ella.

No se puede decir mas, para probar el poder que tiene Maria para con su

Hijo en favor de los hombres, que lo que expresa San Juan Crisóstomo, llamado *boca de oro*, por razon de su sublime elocuencia : «*Maria, dice, fué escogida de toda la eternidad para ser Madre de Dios, á fin de salvar, por su misericordia, á los que su Hijo no podia perdonar en rigor de su justicia. ¿No os parece ver una especie de combate entre el Hijo y la Madre, el Hijo que quiere castigar, y la Madre que quiere detener el castigo; el Hijo que quiere perder, y la Madre que quiere salvar? ¿Quién triunfará en esta lucha? ¡Pobres pecadores, alegrémonos! Maria será la que triunfe, á causa del honor y reverencia que Jesucristo tiene á su Madre.*»

¡Oh Maria! ¡cuán dichosos son aquellos que vos tomáis bajo vuestro amparo! ¿Qué tendrán que temer, pues os encuentran siempre dispuesta á librarlos de todo peligro? Por lo que á mi toca, co-

nociendo la necesidad que tengo de vos, me arrojó en vuestros brazos, esperando que defendereis eficazmente mi causa delante de vuestro divino Hijo, y que me alcanzareis lo que, sin vos, no me atreveria a esperar: el perdon de mis pecados y la gloria celestial.

Despues de testimonios tan sólidos y persuasivos, bien podemos decir sin escrúpulo con Arnolfo de Chartres y Ricardo de San Lorenzo, que el poder de Maria es el mismo que el de Jesucristo: que la Madre puede por gracia lo que el Hijo por naturaleza. Asi es como este Hijo todopoderoso ha hecho todopoderosa á la mas amorosa Madre, por la sola razon de que ha querido hacerla participante de todos sus bienes.

Ahora, pues, que estamos convencidos de la omnipotencia de Maria, ¿no seriamos bien enemigos de nosotros mismos, si dejásemos de implorar el auxilio

de esta grande Soberana? Guardémonos de incurrir en tan culpable indiferencia; antes bien, imitemos á los santos, que pedian todos los dias á Dios por medio de Maria la salud de sus almas; y humillándonos á los pies de esta poderosa Reina, digámosle con San Epifanio: «Socorredme, oh Madre de Dios, oh Madre de misericordia! por todo el curso de mi vida; alejad de mí los ataques de mis enemigos. En el momento de mi muerte, guardad mi pobre alma, y disipad el aspecto tenebroso de los demonios. Preservadme de la condenacion eterna en el juicio formidable; ponedme, en fin, en el número de los santos, y hacedme entrar en la gloria de vuestro Hijo, y en la herencia de los hijos de Dios. Espero, ¡oh Madre mia! que usareis así de vuestro poder en mi favor; sí, firmemente lo espero, y no quedaré confundido en mi esperanza.»

EJEMPLO.

Una historia que nadie puede poner en duda es la de Teófilo, referida por Eustaquio, Patriarca de Constantinopla, testigo ocular del hecho, la cual está confirmada por San Pedro Damiano, San Bernardo, San Buenaventura, y otros varios.

Teófilo era Arcediano de una ciudad de Cilicia. Personas mal intencionadas le acusaron de un crimen muy grave al Obispo, quien, dando crédito á la calumnia, le depuso de su dignidad. Teófilo, despechado por haber perdido su reputacion, fué á tratar con un mago judio, el cual le puso en relacion con el demonio, para que le socorriese en su desgracia. El espíritu maligno le prometió que le recuperaria su honor, si queria renunciar á Jesus y Maria, y á condicion de

que le habia de dar por escrito el acta de renuncia. El infeliz Teófilo consintió en ello, y firmó el pacto horrible. Al dia siguiente, instruido el Obispo, sin que se sepa cómo ni por quién, de la injusticia que habia hecho al Arcediano, mandó llamarle, pidióle perdon de su inconsideracion, y le restableció en sus funciones. Teófilo, atormentado continuamente por los remordimientos de su conciencia, heria su pecho, y lloraba amargamente su culpa. Al fin, un dia fué á una iglesia, y postrado delante de una imágen de Maria, hizo esta oracion: «¡Oh Madre del Señor! yo no me quiero abandonar a la desesperacion, porque vos sois mi refugio, y vuestra clemencia iguala vuestro poder.» Por espacio de cuarenta dias insistió en gemir y llorar; hasta que al cabo de este tiempo se le apareció la Santísima Virgen, y le dijo: «Oh Teófilo, ¿qué has hecho? Tú has renunciado á mi amor:

tad, y á la de mi Hijo, y has entregado un pacto firmado á tu enemigo y al mío! ¡Oh misericordiosísima Maria! le respondió Teófilo, he pecado, pero vos podeis perdonarme, y alcanzarme la gracia de vuestro Hijo.» Maria, viendo su confianza, le dijo: «No desmayes, que yo intercederé por tí.» Teófilo, animado con estas palabras, redobló sus lágrimas y oraciones. Algunos dias despues, se le apareció de nuevo esta compasiva Madre, y con rostro sereno le dijo: «Teófilo, alégrate, porque he presentado á mi Hijo tus lágrimas y ruegos, y he alcanzado tu perdón.» No basta esto para sosegarle, le respondió Teófilo; el demonio tiene en sus manos el acta infame, por la que he renegado de vuestro Hijo y de vos, y no podré yo tener un punto de reposo hasta que se me vuelva.» Maria no se hace rogar por largo tiempo; ella manda al demonio que devuelve el papel firmado por

Teófilo ; y tres dias despues , Teófilo, al despertar , le encuentra sobre su pecho. Al dia siguiente, estando el Obispo en la iglesia, se postró Teófilo á sus pies, y á presencia de todo el pueblo, le contó todo lo que le habia pasado , y, al concluir la relacion que habia interrumpido con sus lágrimas, entregó el papel al Obispo, que le hizo quemar en presencia del pueblo, y los circunstantes celebraron á porfia la bondad de Dios, y la misericordia de Maria. Teófilo pasó los tres dias siguientes delante de la imágen de la Santísima Virgen, al cabo de los cuales murió santamente, bendiciendo á Jesus y María.

ORACION.

¡Oh mi augusta Soberana! pues que Jesucristo para honraros concede á vuestras súplicas todo cuanto le pedís, dignaos emplear vuestro valimiento para al-

canzarme aquella abundancia de gracias que necesito para que sea borrada la multitud de mis pecados. Yo creo firmísimamente lo que enseñan los Santos, que basta que vos queráis, ¡oh poderosísima Virgen! que seamos salvos, para que infaliblemente nos salvemos. En recompensa de esta fé que tengo en vuestra poderosa proteccion, dignaos, ¡oh misericordiosísima Señora! dignaos trabajar eficazmente en procurarme la felicidad para que me ha llamado Jesucristo, haciéndose hombre en vuestro casto seno. ¿Y de que me serviría que fueseis tan poderosa como sois, si os negárais á emplear vuestro valimiento para alcanzarme misericordia, y hacerme participante de los gozos inefables que teneis en el cielo? Yo, pues, os suplico, ¡oh poderosa y clementísima Reina! me concedais el socorro de vuestras oraciones, oraciones que me son infinitamente mas preciosas que todos

los tesoros de la tierra, y mediante ellas, llegaré á gozar de la felicidad perfecta y eterna con que el Señor embriaga á sus escogidos en la tierra de los vivos. Amen.

LECTURA**PARA EL DIA CUARTO.**

**BONDAD DE MARIA PARA LOS HOM-
BRES.**

Por las reflexiones que se han hecho los dias precedentes, nos hemos convenido que María es Todopoderosa para con Dios, y que nos puede alcanzar abundantísimas gracias. Pero, dice San Agustin, ¿de qué nos serviría este gran poder de María, si no quisiera emplearlo en nuestro favor? ¡Ah! alegrémonos, añade este santo Doctor; porque así como María nos

puede alcanzar mayores gracias que todos los Santos juntos, así tambien está ella mas solícita y cuidadosa de nuestra salvacion que todos los espíritus celestiales.» San Bernardo despues de haber dicho, hablando del poder de María: «Vos no teneis mas que querer, y todo está concedido,» ha espresado en dos palabras la estension de su poder y bondad, diciendo: «A esta gran Reina no le puede faltar ni el poder para socorrernos, pues es Madre de Dios, ni la buena voluntad. pues al mismo tiempo es Madre de los hombres.» San Pedro Damiano habia enseñado antes que él, que la misericordia de María iguala su valimiento para con Dios. Y aun se puede decir que la misericordia le es mas propia que el poder; y que si tuviera que desprenderse ó de su poder, ó de su misericordia, preferiria conservar su misericordia, por convenir mejor á su cualidad de Madre. Es, pues, verdad, jó

amorosa Madre! que mas bien deberiamos dudar de vuestro poder que de vuestro amor. Mas si vuestro poder no tiene límites, ¿quién podrá comprender las estension de vuestra caridad para con nosotros?

San Bernardo, queriendo medir la grandeza de la misericordia de María, y no encontrando nada que pudiese igualarla, se deja llevar de su imaginacion siempre fecunda en grandes pensamientos y dice así: «¿cuál es el hombre, ó Virgen sublime! que podrá medir la longitud, la latitud, la altura y la profundidad de vuestra misericordia? Por lo que hace á su longitud, ella asistirá hasta el fin de los siglos á los que la invoquen. Su latitud llena la tierra, de modo que se puede decir con verdad, que el Universo entero está lleno de las misericordias de María. Con respecto á su altura, ella se levanta hasta el cielo, pues reparó sus

ruinas. En cuanto á su profundidad, ella descende á lo mas profundo de los abismos.» De modo que la inmensidad de las misericordias de María escede nuestra inteligencia.

La Iglesia aplica á María estas palabras del Eclesiástico: *Yo soy la Madre del amor hermoso, y de la santa esperanza*, es decir, mi carácter principal consiste en hacer bien á los hombres, y contribuir, en cuanto depende de mí, á su propia felicidad. De aquí procedia aquel ardiente celo con que su corazon estaba inflamado durante su vida mortal, celo que le hizo ejercer los mayores sacrificios. En efecto, despues de haber dado á luz el Hijo de Dios, ella le alimentaba con su misma sustancia, y preparaba con sus propias manos aquella preciosa víctima para el sacrificio de la cruz. Advertida por el viejo Simeon, é instruida por el Espíritu Santo, vos sabiais Virgen santa, la muer-

te ignominiosa con que habia de terminar su vida ese inocente cordero; y lejos de oponeros á ese sacrificio voluntario, en cualidad de madre, ofreciais continuamente el fruto de vuestro casto seno al Padre eterno por la redencion del mundo.

«Dios Padre, dice el Apóstol y Evangelista San Juan, amó al hombre hasta sacrificar á su Hijo unigénito para rescatarle: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.*» «Del mismo modo se puede decir de María, dice San Buenaventura, que amó á los hombres hasta sacrificar su propio Hijo por ellos: *Sic María dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.*» ¡O buen Jesús! vos no podiais impedir que no fueseis inmolado, pues vuestro Padre y vuestra Madre han tenido en mas la salud de los hombres que vuestra vida temporal! San Anselmo y San Antonino se atreven á

decir que á falta de verdugos, esta tierna Madre hubiera inmolado con sus propias manos su amado Hijo; tan grande era el deseo que tenia de ver cumplida la voluntad de Dios, que era el que muriese aquel querido Hijo, á fin de que se salvaran los hombres, por cuya salud habia encarnado! Oh! cuán grande ha sido el amor con que nos ha amado María; pues este amor le hizo consentir en que muriese por nosotros un Hijo que le era infinitamente querido! Tengamos por cierto, dice San Buenaventura, que jamás ha habido, ni habrá criatura alguna, fuera de Jecucristo, que tenga tanto amor á los hombres como María.

Dios Padre habia comunicado con tanta abundancia los ardores de su caridad á María, y Jesus le habia dado, mientras permaneció en su casto seno, un espíritu tal de sacrificio, que quiso ella inmolarsé al mismo tiempo que su Hijo. En efecto,

esta Madre de dolor, por contribuir, en cuanto le era posible, á la salud del mundo, sufrió en su corazon en el calvario los mismos dolores que Jesucristo padeció en su cuerpo. Esto lo ha dicho muy bien Arnoldo de Chartres por estas palabras: «El Hijo en la cruz y la Madre al pie de la cruz, no tenian mas que una misma voluntad. Ambos ofrecian un mismo sacrificio para rescatar á los hombres, Jesucristo derramando la sangre de su cuerpo, y María la de su corazon.» ¡Oh María! ¿qué mejores pruebas que estas nos hubierais podido dar de lo mucho que nos amais? ¡Ah! con cuánta razon ponemos en vos toda nuestra confianza!

Despues de documentos tan formales no podemos dudar que no nos haya amado María con un amor bien encendido en su vida mortal. Pero ahora que está en la gloria, ¿se olvidará de nosotros? Su elevacion ¿la hará insensible á nuestras

necesidades? No, ciertamente que no. Como la gracia perfecciona admirablemente la naturaleza, la bondad de la tierna Madre, tan perfecta ya en el lugar de su destierro, no ha hecho mas que tomar nuevos aumentos en el cielo, verdadero reino de la caridad. Y esto lo haremos ver con lo que nos queda que decir de nuestra augusta Reina.

«La compasion de María por los hombres fue grande mientras vivió, nos dice San Buenaventura; pero mucho mayor es, despues que ha subido al cielo, donde nos da mayores pruebas de su amor, porque conoce mejor nuestras necesidades. Y la bondad que nos tiene actualmente sobrepuja, dice el santo Doctor, tanto á la primera, quanto la luz del sol excede á la de la luna.» San Pedro Damiano, hablando en un sermón con María, le dice: «Ahora que habeis sido sublimada á la dignidad de Reina del cielo, ¿os querreis

olvidar de las miserias de vuestros hijos? ¡No permita Dios que así sea! Al contrario, vos os alegráis de la grandeza de vuestro estado, porque teneis mas medios para socorrernos.» San Epifanio, queriendo dar una idea del cuidado que tiene María de favorecer á los hombres, la llama *multóculam*, es decir, llena de ojos; y con gran razon, porque María, como amorosa madre, tiene abiertos continuamente los ojos sobre sus hijos, considera atentamente sus necesidades, y pide á su Hijo las remedie muchas veces, que ni ellos mismos se cuidan de invocarla. El mismo demonio, (¿lo creeríamos?) envidioso de ver el gran celo que tiene María por la salud de los hombres, se vió obligado á dar un testimonio muy glorioso para esta dulcísima Virgen, hé aquí cómo: un santo sacerdote, que hacia los exorcismos á una persona poseida del demonio, le mandó digese qué era lo

que hacía María en el cielo: á que respondió el demonio: *Sube y baja*: queriendo dar á entender con esto, dice San Ligorio, que es quien lo refiere, que esta amable Madre, despues que ha derramado sobre los hombres las gracias que ha tomado en los tesoros celestiales, vuelve á subir al cielo á tomar otras nuevas, y que esta es toda su ocupacion. San Andres Avelino se ha servido de una espression muy propia para explicar lo que decimos del celo que tiene María por la salud de los hombres; el Santo la llama *procuradora del cielo*, y en verdad que merece bien este nombre, pues está continuamente ocupada en procurar el bien de los hombres. «¡Oh María! le dice San Buenaventura, vos teneis tanto cuidado de nosotros los que vivimos en este miserable destierro, que se podria decir, no teneis mas deseo que el de socorrernos, ni mas ocupacion que la de hacernos felices.» Lo

que vos quereis, ó Virgen santa, es que tengamos siempre vueltos los ojos de nuestra alma hácia vos, que os invoquemos con confianza, para recibir de vuestras virginales manos todas las gracias que necesitamos. Pero ¿cómo puede ser, ¡oh gran Soberana! que estando vos tan ensalzada en gloria y en poder, y siendo tan digna de honor y alabanza, queráis bajaros hasta nosotros, que estamos sumergidos en las inmundicias de esta vida, y no merecemos mas que desprecio y confusion? ¡Ah! ya oigo vuestra voz consoladora que me dice: Vosotros sois mis hijos, y yo soy vuestra Madre. El amor es el que obra estos prodigios de bondad.

Si despues de lo que acabamos de decir, aun se encuentran almas tímidas que, considerando por una parte la grande elevacion de Maria, y por otra, su estrema bajeza é indignidad, no se atrevieren á dirigirse á Maria para implo-

rar su socorro, que escuchen á San Gregorio Papa , quien les dice : «No temais, pecadores desgraciados , recurrir á Maria: quanto es mas santa y eminente su dignidad, mas dulce y clemente se muestra á los pecadores que quieren convertirse.» «Es tanta la bondad de Maria, dice el devoto Blosio , que no puede sufrir el que ninguno de cuantos se presentan á sus pies para invocarla , se retire descontento por no haber sido escuchado.» Es una verdad tan cierta que Maria oye á todos los que la invocan con confianza, que los fieles no cesan de reconocerla en esta oracion que le dirigen con tanta frecuencia : *Acordaos , oh piadosísima Virgen Maria , que jamás se ha oido decir que ninguno de los que han recurrido á vuestra proteccion , haya sido abandonado de vos.* El Papa Inocencio III , queriendo hacer conocer cuán grande es la bondad de Maria para con

los hombres, empieza enseñando que Maria ha salvado todo lo que Eva habia perdido, es decir, todo el género humano. Despues avanza estas palabras , y las repite muchas veces, para que queden bien grabadas en el corazon de todos los fieles: *¿Quién es el que ha invocado á Maria, y no ha sido oido?* Luego es verdad que Maria oye siempre á todos los que la invocan. *¿Se puede concebir mayor bondad, que la que no rehusa jamás cosa alguna?* San Agustin estaba tan persuadido que Maria tiene cuidado de todos los hombres , que le dirige esta tierna y devota oracion: «Santa Maria, socorre á los miserables; ayuda á los flacos; consuela á los afligidos; ruega por el pueblo ; asiste al clero; intercede por el devoto sexo femenino, y esperimenten todos los que os invocan , los efectos de vuestra poderosa proteccion?»

Jesucristo nos dice en su evangelio; Yo

he venido á traer el fuego á la tierra, ¿y que quiero sino que se encienda? Este fuego de que habla el divino Salvador no es otra cosa que el amor divino, que es como una viva llama que el Espíritu Santo enciende en el corazon de los escogidos. Y ¿en que corazon le ha encendido mejor que en el de María, su querida Esposa? Mas el amor de Dios no puede existir en un corazon sin el amor del prógimo; y aun se puede decir que este amor de sus semejantes es una prueba cierta de que se tiene el amor de Dios. Estos dos amores, dice San Gregorio Papa, son como dos anillos eslabonados, como dos rios que nacen del mismo origen, como dos ramas que salen del mismo tronco, como dos actos que proceden de la misma potencia, y que tienen el mismo fin. Cuanto mayor es el amor que un alma tiene á Dios, tanto mayor es el que tiene al prógimo.

Asentado este principio, juzguemos

cual será la inmensidad del amor de María para los hombres. «Es tan bienhechora María, dice San Bernardo, que se ha hecho toda para todos; y por un exceso de caridad, se ha hecho deudora de todos los hombres, sean sabios, ó ignorantes; á todos abre el seno de su misericordia, á fin de que cada uno tome de su plenitud aquello de que tenga necesidad; el esclavo, rescate; el enfermo, salud; el afligido, consuelo; el pecador, perdon; el justo, gracias; los Angeles, alegría; la adorable Trinidad, gloria; y el Hijo de Dios, su humanidad.» Es, pues, verdad, ó María, que no hay ninguno que no reciba la influencia de vuestra caridad y de vuestro amor. Vos sois un sol que ilumina y calienta divinamente el mundo entero con sus benéficos rayos; puerto seguro que ofrece salvacion a todos los que se hallan combatidos por la tempestad; y vuestra proteccion es un remedio saludable para curar los males de todos los que

quieren usar de él. No es, pues, de estrañar que recurran á vos, amable Virgen, de todas las partes del Universo con tanta ánsia y fervor. No es de estrañar que los Santos, que conocían muy bien las grandes gracias que alcanzais á cuantos imploran vuestra clemencia, nos exhorten con tanto celo á que recurramos á vos con toda confianza. «Id, nos dice San Bernardo, id, en todas vuestras necesidades, á Maria; invocadla en todas las circunstancias y estados de vuestra vida, porque es voluntad de Dios que recibamos todo de sus manos... «Oh hombres, añade el Santo, cualesquiera que seais, que conocéis y experimentais que la vida presente es mas parecida á un mar tempestuoso, en que fluctuamos en medio de las olas agitadas, que á la tierra firme, donde se puede caminar con seguridad, ¿quereis evitar el naufragio? Pues volved los ojos á Maria; fijad bien la vista en esta benéfica estrella,

que os sirva de guía. Si se levantan las tentaciones, como otros tantos vientos furiosos; si os encontrais rodeados de bajos y aflicciones, en peligro de naufragar, mirad á la estrella, invocad á María. Si os veis agitados por las olas del orgullo, de la ambicion, de la murmuracion, ó de la envidia, volved hacia la estrella, recurrid á María. Si la ira, si la avaricia, si la sensualidad ponen en peligro de perecer vuestro navio, levantad los ojos á María, pedid socorro á María. Si la enormidad de vuestros pecados os causa turbacion y congoja; si espantados de los juicios de Dios, la tristeza se apodera de vuestro corazon, de modo que os veais como sumergidos en un abismo de desconfianza y de desesperacion, pensad en María. En todos vuestros peligros, en vuestras necesidades, en las mayores aflicciones, pensad en María, invocad á María: su nombre esté continuamente en vuestros labios, no

salga de vuestro corazon. Siguiendo á María, no os estraviareis ; rogando á María, no perdereis la esperanza de alcanzar ; si María os sostiene no caereis ; si María os protege, no teneis que temer ; si María os conduce, el camino que lleva al cielo se os hará facil ; en fin, si María os es favorable, llegareis felizmente al puerto de vuestra navegacion, al puerto de salvacion, á los gozos del paraíso celestial.»

Hé ahí las bellas lecciones que nos han dado los Santos de la bondad de María, para animarnos á recurrir á esta amable protectora en todas nuestras necesidades. Si nos hicieramos insensibles á tantas exhortaciones, seríamos bien dignos de lástima, y deberíamos temer mucho, no sea que el demonio, enemigo de vuestra salvacion, hubiese cubierto nuestro espíritu con espesas tinieblas de ceguedad espiritual, para impedirnos levantar los ojos á nues-

tra alma hácia este benéfico astro, que, con sus saludables influencias, perfecciona en el camino de la salvacion á los que ya caminan por él, y vuelve á él á los que, despues de haberle abandonado, corrian por el camino espacioso de la perdicion. Haciendo una última tentativa en favor de esas almas desgraciadas, yo las diré: Si necesitais de pruebas sensibles de la bondad de María para con los hombres, leed tantos libros como se han compuesto, y se componen todos los dias en su honor, y en ellos encontrareis un número prodigioso de toda clase de beneficios, que esta amable Virgen ha derramado en todas las partes del mundo. En ellos vereis, que, por la bondad de María, que se inoca, se libró tal reino de los desastres de la guerra; tal ciudad, de un hambre espantosa; tal provincia, de una peste cruel etc.

¿Quereis aun pruebas ma convincentes? Pues id á esos santuarios consagra-

dos al culto de **María**, y tan célebres por el gran número de milagros que se han hecho en ellos. Considerad ese inmenso gentío que concurre á ellos en ciertos dias de fiesta de la **Santísima Virgen**; preguntad la causa de ese concurso, y os responderán, que el fin que se proponen en esas devotas peregrinaciones es dar gracias á esta **Reina del cielo** por las gracias que les ha alcanzado, y pedirle otras nuevas. Penetrad despues en lo interior del **Santuario**, donde está colocada la imágen de **María**; considerad con atencion todos esos **votos** que la rodean, y preguntad, ¿que significan esas muletas colgadas al lado de la **Virgen**? y os responderán, que habiendo recobrado una persona, por intercesion de **María**, en aquel mismo lugar, el uso de sus miembros, que habia perdido, las dejó allí, como un testimonio de su agradecimiento; ¿qué esos cordones? y os dirán, que los han puesto allí para perputuar la

memoria de una curacion milagrosa que se habia solicitado por medio de María, y que habia sido obtenida; ¿qué quieren decir esos cuadros que representan navios medio sumergidos en los abismos del mar por una horrible tempestad? Y os referirán que están allí para anunciar la bondad grande con que María libró á unos pobres infortunados de un naufragio cierto y una muerte inevitable, haciendo que subiese repentinamente el navio sobre las aguas, luego que habían levantado las manos al cielo para implorar la poderosa proteccion de María. En una palabra, cada uno os hará conocer, refiriendoos algunos casos en que resplandece singularmente la bondad de María, que jamás se invoca en vano, (sea cual fuere el peligro en que uno se pueda hallar) á esta misericordiosísima Virgen, cuya compasion se estiende á todas nuestras necesidades.

Estos santuarios, que tan altamente

predican la ternura y compasion de María para con todos los que la invocan , no estan reducidos á ciertos sitios particulares del mundo ; antes bien cada pais tiene los suyos. Aquí, es Nuestra Señora de la misericordia ; allí , Nuestra Señora del Refugio ; en otra parte , Nuestra Señora de la Paz ; allá , Nuestra Señora del Castillo ; en una palabra, cada provincia cristiana tiene sus lugares de devocion , á los que la piedad de los fieles ha dado nombres particulares, todos infinitamente propios para excitar la confianza de los pueblos en la Virgen María. Sí , todo predica el grande amor de María para con los hombres. ¿Os cáusa admiracion la piedad de esa joven , tan libertina en otro tiempo , y que acaso era, como la Magdalena, el escándalo de toda la ciudad ? preguntadle la causa de su conversion , y ella os responderá que la debe á Maria ; que despues que la enseñaron á invocar á esta poderosa

protectora , habia roto las cadenas que la retenian cautiva en la esclavitud del pecado. Preguntad á esa madre de familia que veis tan á menudo postrada á los pies de los altares de María ; si hay que creer todas las maravillas que se publican de la bondad de esta tierna Madre , y ella os responderá , con los ojos bañados en lágrimas , que todo lo que se dice es muy inferior á lo que hace esta poderosa protectora. Y despues , haciendo una relacion de los favores que ha obtenido para ella y para los de su casa , os probará maravillosamente con ejemplos , lo que ya os habia persuadido con las lágrimas , que el agradecimiento á tan clementísima Virgen habia hecho brotar de sus ojos. Penetrad en seguida en los conventos de religiosos y de religiosas ; preguntad á esas almas que no tienen mas pensamientos que los del cielo , qué es lo que ellas piensan de la bondad de María , y os responderán , que

la misericordia de esta tierna Madre es sobre todo cuanto se puede concebir. Varias de entre ellas os dirán, que María es la que les ha alcanzado la gracia de la vocacion al estado religioso; que María es la que las hizo triunfar de todos los obstáculos que las retenian cautivas en medio del mundo, y las ha conducido, como por la mano, á la santa casa en que tienen la dicha de vivir, donde esta dulcísima Virgen las hace gustar delicias inefables, parecidas á las que se disfrutaban en el cielo. Pero aun mas: penetrad con el pensamiento hasta en el cielo; colocaos en medio de tantos santos, que, coronados de gloria, están mas resplandecientes que el sol en los mas hermosos dias de la primavera; rogadles á ellos tambien que os digan qué es lo que piensan de la bondad de María: ¡Oh! esclamarán, esta amable Soberana es la que nos protegió durante nuestra peregrinacion en la tierra, la que nos sos-

tuvo en medio de los escándalos de que está lleno el mundo, la que nos hizo descubrir y evitar los lazos de Satanás. María es la que nos alcanzó de su divino Hijo las gracias de santificación y de perseverancia; la que recibió nuestra alma en el momento de nuestra muerte, y nos mereció una sentencia favorable; en una palabra, á María es á quien, despues de Jesucristo, debemos nuestra bienaventuranza. ¡Oh! cuán copiosamente recompensados hemos sido por el culto que le dimos en la tierra! ¡La eternidad, toda la eternidad no será bastante larga para bendecirla y darle gracias por tantas bondades! ¡Oh bondad de María! ¡Oh caridad de María! ¡Oh misericordia de María! ¡Cuán grandes sois! ¡Es imposible que los que os conocen no pongan en vos, despues de Dios, toda su confianzal

EJEMPLO.

El caso siguiente nos hará ver cómo María sabe recompensar los menores servicios que se la hacen. En 1604 habia en una ciudad de Flandes dos estudiantes que en vez de aplicarse á sus estudios no se ocupaban mas que en diversiones y placeres ilícitos. Una noche que fueron á cenar juntos á casa de una persona de mala vida, el uno de los dos, llamado Ricardo, se levantó de la mesa, y dejando allí á su compañero, se volvió solo á su posada. Estándose desnudando para meterse en la cama, se acordó que no habia dicho unas *Ave-Marias* que tenia costumbre de decir todos los dias; pero se hallaba oprimido del sueño y sentia gran dificultad en cuonplir esta práctica. Al fin, haciendose violencia, rezó las *Ave-Marias*, aunque sin devocion y medio dormido, y

se acostó. Estando en el primer sueño, se despertó con sobresalto porque llamaron con violencia á la puerta de su habitación; la puerta del dormitorio se abrió por sí misma, y vió entrar..... ¿á quién? á su compañero, pero pálido, desfigurado y con tan horrible aspecto, que no lo podía mirar sin estremecerse. Ricardo, le dijo el espectro, ¿no me conoces? ¡Qué respondió Ricardo, ¿eres tú? ¡Qué mudanza has experimentado, no parece ser sino un demonio! ¡Ay de mí! respondió el desgraciado, que estoy condenado! Al salir de la casa infame, donde habia cenado contigo, vino un demonio y me quitó la vida. Mi cuerpo está tendido muerto en la calle, y mi alma está sepultada en los fuegos del infierno. Sabe, le añadió, que el mismo castigo te esperaba á tí; pero la bienaventurada Virgen María te ha preservado de él por haberle rezado unas *Ave Marias* antes de acostarte; dichoso

tu, si sabes aprovecharte del aviso que te da por mi boca! Dicho esto, el condenado entreabrió sus vestidos, y dejó ver las llamas que le consumian, y las serpientes que le devoraban: y despues de esto, desapareció. Entonces Ricardo, lleno de horror con lo que acababa de pasar, dándose golpes de pecho, se echa en tierra para dar gracias á María, su libertadora; y mientras estaba pensando lo que habia de hacer para mudar de vida, oyó la campana del convento de los religiosos Franciscos que tocaban á maitines. Allí me llama Dios, dijo, y levantándose al instante, fué al convento, y pidió le recibiesen por novicio. Como los Padres le conocian, mostraron al principio alguna dificultad en recibirle. Pero habiéndoles contado Ricardo la aparicion, fueron dos religiosos á ver si el hecho era cierto; y efectivamente hallaron en el sitio indicado el cadáver del compañero tendido en el sue-

lo y negro como un carbon. Al momento recibieron á Ricardo, y vino á ser un modelo de todas las virtudes. Tiempo despues pasó á predicar la fé en las Indias, y de allí pasó al Japon, donde tuvo la dicha de acabar su vida con un glorioso martirio. Este ejemplo nos hace ver la fidelidad con que debemos cumplir las prácticas de devocion que nos hemos impuesto para honrar á María. (San Alfonso de Ligorio.)

ORACION.

Oh corazon immaculado de Maria, trono de la caridad, de la misericordia y del amor; corazon de Madre, que habeis sentido tan vivamente nuestras miserias; que habeis sufrido tanto por nuestra salud; que nos habeis amado con tanto cariño, y que estais continuamente solícito en procurar la verdadera felicidad á vues-

tros hijos, á vos recurrimos todos. ¡Oh caritativa, oh compasiva, oh amable Marial vos conoceis mi flaqueza, compadeceos de mí, y socorredme. Sed mi ayuda en todas mis necesidades, mi consuelo en las aflicciones, mi fortaleza en las tentaciones, y mi socorro en los peligros. Protegedme en todo tiempo, pero particularmente en el instante de mi muerte. ¡Oh María! yo abrazo con el mas profundo respeto vuestros sagrados pies; beso con el mas tierno amor vuestras caritativas manos, y con la mas dulce confianza me arrojo entre los brazos de vuestra misericordia. Asistidme, ¡oh Virgen bendita! y haced que, siendo salvo por los méritos de Jesucristo, vuestro amado Hijo, al salir de este triste destierro, sea llevado al paraiso, para cantar en él eternamente las alabanzas de mi Salvador, y las vuestras, ¡oh augusta Marial Amen.

LECTURA**PARA EL DIA QUINTO.****MISERICORDIA DE MARIA PARA CON
LOS PECADORES ARREPENTIDOS.**

La Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, nos enseña en dos palabras lo que puede y lo que hace María por los hombres, llamándola **Madre de gracia**, **Madre de misericordia**. *Maria, Mater gratiæ, Mater misericordiæ*. Madre de gracia para con los justos; pues ella los conserva en la santidad, y les alcanza la perseverancia final. Madre de misericordia para con los pecadores; pues los recibe benignamente, escucha favorablemente sus súplicas, y les alcanza de Dios el perdón de sus pecados. ¡Qué dichosos somos, oh María, en teneros por

Madre! El amor que nos teneis es la causa de nuestra dicha!

No hay necesidad de demostrar á las almas sólidamente virtuosas , que es por las manos de Maria por donde les vienen todas esas bendiciones del cielo que las hacen dar frutos de salud, y les inspiran tanta confianza para la vida futura. Ellas saben lo que enseña San Bernardo, y otros muchos Santos con él, que , queriendo Jesucristo glorificar á su santa Madre , la ha establecido dispensadora de todos sus tesoros , y no quiere conceder gracia alguna sin que pase por sus manos. Despues de haber exhortado á esas almas bendecidas del cielo á que perseveren hasta su último suspiro en su tierna devocion hácia Maria, vamos á socorrer á los pobres pecadores , y enseñarles que ellos tambien , por culpados que se hallen, son objeto de la compasion de Maria, y, con tal que quieran implorar su

proteccion , pueden estar seguros de alcanzar misericordia.

Como el desaliento , y aun la desesperacion espiritual , causan grandes males entre los cristianos , y como por otra parte , el demonio persuade falsamente á las almas que una vez ha seducido , que , el obrar su salud , es un negocio muy difícil para ellas , no serán demasiadas las precauciones que se tomen contra esta tentacion , la mas peligrosa de todas , pues se dirige á hacer inútiles todos los tesoros de la divina misericordia.

Es de fé que el Señor oye siempre las súplicas de un corazon contrito y humillado , y que jamás niega el perdon á los que vuelven á él con toda sinceridad. De modo que solo los réprobos son los que tienen motivo para desesperar. Pero por lo que á nosotros toca , mientras vivamos , debemos esperar que el Señor nos tratará como el padre del hijo pródigo

trató á su hijo, desde el momento en que, como aquel, nos echemos á sus pies implorando su clemencia. El Señor tiene reservados en el cielo tronos y coronas para los pecadores convertidos, como para los justos que hayan conservado su inocencia. ¿No tenemos ejemplos bien admirables de esto en santa María Egipciaca, en santa Tais, en santa Pelágia, en san Agustin, y en otros muchos santos y santas que, despues de haber pasado largos años en una vida escandalosa y llena de crímenes, tuvieron la dicha de volver á Dios, expiar sus pecados con una santa vida, y se hallan el dia de hoy coronados de gloria en el cielo? Es indudablemente un dia de gozo para el cielo, aquel en que un pecador se vuelve á Dios para que le perdone. El mismo Dios nos dice en los libros santos: *No quiero la muerte del pecador, antes bien que se convierta y viva.* Aun mas, á fin de mover al pecador

á que vuelva á él con entera confianza, le asegura, que aun cuando fueren sus pecados como la grana, le purificará de modo que quede blanco como la nieve. Tal es la promesa llena de consuelo que Dios hace á los pecadores, y antes destruiría el cielo y la tierra que faltar á su palabra.

Todo eso es verdad, dirá alguno; pero cuando se ha tenido la desgracia de cometer pecados que, por razon de su enormidad, parece no se han de perdonar ni en este mundo ni en el otro ¿cómo se puede esperar perdon de un Señor que, por ser misericordioso, no pierde nada de su justicia? ¿Cómo un abominable pecador como yo se atreverá á ponerse delante de esa magestad soberana, que solo con su mirada hace temblar el Universo, para pedirle gracias de que me he hecho tan indigno? ¡Oh alma cristiana! deja por un momento esos pánicos terrores; si la magestad de un Dios te espanta, refle-

xiona en el medio facil y seguro de reconciliacion que tenemos en María; y bien pronto, tu corazón se llenará de la mas dulce confianza. «¿Cómo puede ser, dice San Bernardo, que los hombres miren como severo un Salvador tan misericordioso que ha derramado hasta la última gota de su sangre por hacernos bienaventurados? Pero con todo, si la magestad divina os espanta, aun se encuentra una pura criatura para defender vuestra causa delante del mismo mediador. Esta criatura es María. Y por si tampoco os atreveis á acercaros á esta Virgen clemente, sabed, continúa San Bernardo, que no hay nada en ella que pueda inspirar desconfianza. ¿Quereis convenceros de esto? pues leed con atencion los santos Evangelios, y si encontrais en ellos una sola palabra, un pequeño tilde que denote severidad en María, entonces, yo os permito temblar de ella.» ¿Os han re-

presentado jamás á María pidiendo á su Hijo castigos para los cristianos, aunque sean los mayores pecadores? ¿Os la han mostrado jamás solicitando la divina venganza, y pidiendo como los dos apóstoles baje fuego del cielo sobre las ciudades culpables? ¿La habeis visto jamás quejarse de que, á pesar de su solicitud maternal, algunas almas, semejantes á la higuera del Evangelio, no dan fruto alguno; y pedir su ruina, puesto que están ocupando inútilmente un lugar en la Iglesia de Dios? No, no; nada de eso se vé en Maria; al contrario, todo en esta tierna Madre respira bondad, dulzura, compasion, misericordia y amor. «¡Oh bondad inefable de nuestro Dios, esclaman san Buenaventura, que ha querido destinar tan poderosa abogada para miserables culpados, á fin de que todos puedan salvarse por su intercesion! ¡Oh inefable misericordia, que nos ha dado por pro-

tectora su propia Madre, y por dispensadora de todas las gracias!»

No solamente para con los justos es María benigna, dulce, clemente y misericordiosa; sino tambien para con los pecadores, por culpables que sean; y para que estos no desesperen de su salvacion, esta divina Señora ha llenado y llena cada dia todos los lugares del mundo de prodigios de bondad obrados en favor de almas desgraciadas, que parecia no debian esperar mas que las llamas eternas; y todos estos milagros de misericordia han sido siempre y lo son ahora, como predicaciones mudas que han convertido una infinidad de pecadores; porque estos prodigios hacen oír en el fondo de las conciencias, por malas que sean, estas consoladoras palabras que María dirige á todos los que quieren volverse con sinceridad á Dios: «Enjugad vuestras lágrimas, almas desventuradas, y no queráis desesperar de vuestra salva-

cion; arrojaos en los brazos de vuestra Madre, y alentaos, porque *yo soy la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza.*» Nosotros creemos, ¡oh María! que no hay pecador por abandonado que esté, que si implora vuestra proteccion, no alcance perdon y misericordia. La Iglesia y los Santos nos lo aseguran, y la experiencia de todos los dias no nos permite dudar de ello.

¿Por qué la Iglesia da á María el título glorioso de Reina, y Madre de la misericordia? ¿No es para enseñarnos que esta augusta Virgen está siempre dispuesta para acoger favorablemente á los pecadores, como á hijos queridos, y ayudarlos á salir del estado de condenacion en que se hallan? Con razon dirige San German estas tiernas palabras á María: «¿Quién, despues de Jesucristo ha tenido mas solicitud por los pecadores que vos, ¡oh María! Madre de misericordia?» ¡Oh María!

añade San Bernardo, ¿cómo podreis negaros á socorrer á los pobres pecadores, pues sois la Reina de la misericordia? ¿Y quiénes son los vasallos de la misericordia sino los miserables?

¿Por qué llama tambien la Iglesia á María *abogada nuestra*? ¿No es para darnos á entender que, así como Jesucristo intercede al Padre por nosotros, presentandole sus meritos para aplacar su justicia y alcanzarnos misericordia, del mismo modo Maria, como medianera nuestra para con su Hijo, le presenta los suyos, y emplea todo su valimiento, para conseguir que nos conceda las gracias que necesitamos, y en especial la remision de nuestros pecados? ¿Qué haceis por nosotros en el cielo, ó María, que haceis? El beato Amadeo nos lo enseña: «Vos estais continuamente junto al trono de Dios, para interceder por los pobres pecadores.» ¡Qué motivo de consolacion para nosotros saber que

tenemos cerca de Dios una poderosa abogada que defiende nuestra causa con tanto celo, que nos alcanza siempre el perdón, con tal que nosotros no pongamos obstáculo! ¿Y podría condenar Jesucristo, su amado Hijo, á los reos cuya causa defiende Maria? No, no! Jesucristo ama mucho á su santa Madre, no le negará, ni una sola vez, lo que ella le pida para sus hijos.

San Bernardo nos demuestra admirablemente, cuánto debemos esperar de la poderosa proteccion de Maria para con su Hijo, en unas palabras que dirige á esta bendita Virgen: «¿Quién es mas propio, le dice, para hablar al corazón de Jesus que vos, ó Maria, que descansais al medio dia de la eternidad entre los brazos de vuestro amantísimo Hijo, y gozais tranquilamente de sus dulces coloquios con gran júbilo de vuestro corazón?»

Muchos son los títulos que la Iglesia y los Santos dan á Maria, pero entre todos

ellos, el que, despues del de Madre de Dios, es para ella el mas agradable, es el de Refugio de pecadores, *Refugium peccatorum*, como se lo reveló la misma Santísima Virgen á una sierva suya. Llamando la Iglesia á Maria *refugio de pecadores*, quiere hacer ver á estos que por grandes y enormes que sean sus pecados, si, teniendo verdadero deseo de convertirse, se ponen bajo la proteccion de Maria, estarán como en un lugar de asilo contra la divina justicia. Esta tierna Madre no puede olvidar que nos adoptó por hijos suyos en el Calvario; por eso adopta todos los medios que le sugiere su maternal corazon para alcanzarnos una perfecta reconciliacion con nuestro juez, y no descansa un solo momento hasta conseguir restablecernos en su gracia.

No puedo dejar de referir aquí lo que dice San Alfonso de Ligorio á este propósito: «Se lee en el segundo libro de los

Reyes, dice este gran siervo de Maria, que una muger de Tecuites, cuya sabiduria alaba la escritura, se presentó al Rey David y le habló en estos términos: «Señor, yo tenia dos hijos; riñeron en el campo, y el uno mató al otro. Ahora, la justicia há prendido al culpable, y yo, despues de haber perdido un hijo, me veo en el caso de perder el otro. Señor, compadeceos de una pobre desolada, y no permitais que la priven del único hijo que le queda. David, movido a compasion con semejante súplica, dió orden para que pusiesen en libertad al que había hecho la muerte, y le entregasen á su madre.» Tal es el discurso que dirige Maria al soberano Juez, cuando le ve irritado contra un pecador que reclama su proteccion. Señor, le dice, como la mujer Tecuita, yo tenía dos hijos, Jesus y el hombre. El hombre quitó la vida á mi Jesus en una cruz; ahora, vuestra justicia quiere castigar al culpable.

¿Podréis vos, Señor, privarme de mi segundo hijo, despues que ya he perdido el primero? ¡Oh! no, ciertamente que no; Dios no perderá al pecador que proteja Maria; y como él mismo se la ha dado por abogada y por Madre, su mayor gusto es el que cumpla su oficio con toda la bondad, fidelidad y misericordia de que es capaz, y se valga de todo su favor y valimiento para alcanzarle al pecador la remision llena y entera de todas sus culpas.

Sucede muchas veces que Dios, por valerme de la comparacion del Evangelio, *ha puesto el hacha á la raiz del árbol, para cortarle y hecharle al fuego*; es decir, que tiene ya levantado el brazo de su justicia para herir al pecador, y precipitarle en los braseros del infierno. A vista de esto, las entrañas de Maria se conmueven vivamente; emplea todo su favor y valimiento para deterner el golpe de la divina justicia, y solicita se prolongue la vida al

pecador. En este intervalo, le alcanza, esta compasiva Madre, con sus súplicas la gracia del arrepentimiento y del perdón, y les hace santos. ¡Oh! que San Bernardino de Bustos tiene razón de decir á los pecadores: «No desmayeis, ó pecadores, aunque hayais cometido todos los crímenes que se pueden cometer; antes bien recurrid á esta Señora cuyas benéficas manos están llenas de misericordia. María desea mas concederos gracias, que vosotros el recibirlas.» ¡Oh María! si alguna vez veis á vuestro Hijo levantar el brazo para herirme y perderme, ¡ah! haced ver entonces que sois mi Madre; aplacad la ira de ese Hijo tan justamente irritado, y emplead todo el valimiento que os da la cualidad de Madre, para conseguir que no me quite la vida, antes que me halle dispuesto para ir al cielo. No olvidéis, ó amable protectora mía, la súplica que os hago en este instante. ¡Qué! ¿podriais vos, com-

pasiva Madre, consentir el ver ir á maldeciros en los abismos del infierno, al que, en este momento, reclama vuestra santa proteccion con entera confianza? He cometido, yo lo confieso, un sin número de pecados; pero por esto mismo recurro á vos, como á mi abogada, para que me alcauceis el perdón de todos ellos. Para moveros á esto eficazmente, permitid que os diga con uno de vuestros mas celosos siervos: «Socorrednos ¡oh misericordiosísima Señora! sin que lo estorbe la multitud de nuestros pecados. Acor-daos que nos habeis dado un Redentor, no para condenar á los pecadores, sino para salvarlos. ¿Cómo rehusareis socorrernos, aunque seamos pecadores, pues si habeis sido elevada á tan alta dignidad, ha sido para nuestro bien, para que nos protejais y ampareis? Si Dios no os hubiera hecho Madre suya sino por vos solamente, por vuestro honor y gloria, aca-

so se pudiera decir que haciais poco caso de que nos salvásemos, ó nos condenásemos; mas Dios se revistió de vuestra carne purísima por vuestra salud, y por la de todos los hombres; por esto, sí, ahora que estais en posesion de vuestra felicidad, no pensaseis en salvarnos, diríase que sois interesada, y que no haceis caso de los que necesitan de vos, porque vos no teneis necesidad de ellos. ¿De qué nos serviría el que fueseis tan poderosa y tan gloriosa, si no nos hicierais participantes de vuestra felicidad?»

De oraciones y súplicas como estas, llenas de confianza, se valian los Santos para estrechar á Maria y obligarla en cierto modo á que les alcanzase misericordia, é hiciese una santa violencia á la justicia divina.

No creamos que esta santa violencia que hace María á la justicia de Dios, desagrade al Señor; pues él mismo es

quien inspira á los pecadores que recurran á ella, para que, intercediendo por ellos esta benigna Señora, les alcance el perdón; y María que tiene su corazón lleno de misericordia para con los pobres pecadores, les abre su misericordioso seno, para que se refugien en él á todas horas. San Efrén estaba tan convencido de esta verdad que, hablando con María, le dice: «Yo os saludo, Virgen clementísima, que en vuestro corazón siempre abierto á los pecadores, les ofreceis á todas horas un asilo de salvación.» Mas ¿cómo podrá ser que reciba María en su purísimo corazón pecadores manchados con mil crímenes? La misericordia es quien obra este prodigio; y es lo mas admirable que, tan luego como han entrado en tan santa morada, se encuentran purificados de todas sus iniquidades. Esto se confirma con una vision que tuvo santa Gertrudis. Nuestra Señora se apa-

reció un día á esta santa con su manto extendido; y debajo de él se refugiaban una multitud de animales feroces, como leones, osos, tigres y leopardos. Lejos de arrojarlos de sí, Maria, por el contrario, los acariciaba y acogia con grande mansedumbre y dulzura. Un momento despues, volvió á desplegar el manto, y vió la santa que aquellos animales habian perdido su ferocidad natural, y se habian mudado en mansos corderos. La Santa comprendió sin dificultad, que aquellos animales figuraban á los pecadores, que se encuentran mudados enteramente, desde que se ponen bajo la proteccion de esta clementísima Virgen.

Pero es una cosa muy deplorable, y que aflige amargamente el corazon de nuestra caritativa bienhechora, el ver tantos pecadores que perseveran en sus desórdenes, sin querer, por mas que se les diga, refugiarse bajo este manto de

salvacion. Esta Madre compasiva querria hacerlos felices, empleando su valimiento en favor de ellos. No pocas veces les dirige aquellas tiernas palabras que Jesucristo, su Hijo, dirigió á los habitantes de Jerusalem: ¡Cuántas veces, queridos hijos míos, he querido yo acogerlos bajo mi manto de misericordia, como una gallina cobija sus pollitos bajo sus alas, y no habeis querido! Ah! rendíos siquiera hoy á la invitacion que os hace vuestra Madre á que os pongais bajo su proteccion. Sí, pecadores, cualesquiera que seais, id á Maria sin diferirlo un solo instante; aplacád el dolor que le ha causado vuestra indiferencia, y enjugad las lágrimas que le ha hecho derramar vuestra obstinacion. Reclamad, en fin, la compasion de su bondadoso corazon, y ella se olvidará de vuestras ingratitudes, y os alcanzará la gracia eficaz de la conversion, con la que merecereis verla un dia en el cielo, en

toda su hermosura. ¿Querriais diferir aun por mas tiempo el venir á echaros en los brazos de Maria, despues que esta ilustre Reina presenta ya brillante á vuestros ojos la rica corona que os prepara en la patria celestial?

Por mucho que roguemos, é instemos á esta Virgen clementísima, que nos dé un sitio y cabida en su maternal corazon, no habrá esceso en ello. Reunámonos, pues, todos, y dirijamos á Maria esta devota oracion de san Anselmo, con la que pedia el Santo, le recibiese en su amable corazon: *O Maria, Madre santa, Madre única, Madre Inmaculada, Madre llena de clemencia, abrid el seno de vuestra piedad y misericordia, y recibid en él á los hombres muertos por el pecado.* Vos, ¡ó Virgen Maria! no podeis negaros á oir nuestros ruegos, pues San Bernardo, vuestro hijo predilecto, nos asegura que no hay pecador, por estragado y cor-

rompido que sea, que no os encuentre siempre pronta y dispuesta para recibirle; y lejos de desecharle y despreciarle si os llama en su socorro con un corazon contrito, le retirais con vuestra mano virginal del abismo de la desesperacion; haceis que nazca la confianza en su alma, y le abrazais con amoroso afecto, y no le abandonais hasta que le hayais reconciliado con vuestro Hijo, é introducido en el cielo.

La súplica que San Ignacio martir dirige á María para que se digne encerrarle dentro de su sagrado corazon, no es menos tierna y devota que la de San Anselmo. «Oh Virgen compasiva, le dice, vos que sois la verdadera Madre del Salvador y Madre adoptiva del pecador, encerradme en el seno de vuestra bondad maternal.» Atendamos y pensemos bien aquella palabra *encerradme*; es como si dijera; cuando me hubiereis introducido en el sagrado

asilo de vuestro corazon , cerrad bien la puerta para que no me salga jamas de allí. Entremos en los sentimientos que tenia este Santo para con María , y dirijámos á esta con frecuencia la misma súplica; ins-témosla todos los dias con santa importu-nidad, que nos dé un lugar en su immacu-lado corazon, donde estaremos al abrigo de todos los males , y junto al manantial y origen de todos los bienes. ¡Oh Vírgen dulce! ¡Virgen amable! que sois llamada por los Santos *robadora de los corazones*, robad el mio , y ponedle en el vuestro, pues quiero vivir para siempre en el seno de vuestra misericordia. Ese templo per-fumado con el suave olor de una perfecta caridad , será en lo sucesivo mi paraíso de delicias; desde allí veré al infierno con-jurado contra mí, sin que me pueda per-judicar en nada; desde allí oiré rugir al mundo y al demonio, y me reiré de sus amenazas; en este asilo de paz esperaré

con confianza el momento afortunado en que venga vuestro divino Hijo á tomarme para llevarme al cielo.

Hay aqui una cosa de mucho consuelo, y es que muchas veces grandes pecadores, que han sido convertidos por la intercesion de la Santísima Virgen, vienen luego á ser tan fervorosos, que en poco tiempo aventajan en el camino de la perfeccion á otros cristianos que habian sido siempre de una conducta edificante. Bien sabida es la historia de Santa María Egipciaca. Esta Santa habia pasado diez y seis años entregada á una vida la mas licenciosa y abominable, cuando, hé aquí que por satisfacer su curiosidad, quiso entrar en una Iglesia de Jerusalem, adonde concurrían los cristianos para adorar la santa cruz; pero se sintio detenida por una mano invisible, que por tres veces la impidió, apesar de todos sus esfuerzos, eí que pasase el umbral de la puerta. En-

tonces conoció que Dios la repelia de aquel santo lugar á causa de sus crímenes. Tocada interiormente de la gracia, recurrió á María, y esta bondadosa señora le alcanzó lo que deseaba; pues en seguida pudo ya entrar sin la menor dificultad, adoró la santa cruz, y despues, bajo la proteccion de esta buena Madre, se retiró al desierto, donde pasó cuarenta y ocho años en la mas austera penitencia.

Si alguno desea saber por qué la Santísima Virgen trata con tanta misericordia á criaturas tan criminales, le diremos que la razon de esto es, el que María quiere hacer ver á los hombres las inmensas riquezas de su compasion maternal, y mover y excitar por medio de estos grandes milagros de conversiones ruidosas, á los mayores pecadores á que recurran á ella. ¿No seriamos nosotros bien culpables y bien enemigos de nosotros mismos, si despues de esto, omitiesemos el aprove

charnos de la proteccion que María nos ofrece? Acudamos, acudamos á esta Virgen benignísima; imploremos su auxilio con entera confianza; pongamos en sus manos el gran negocio de nuestra salvacion, mostrémosle, las heridas mortales que tantos pecados han hecho en nuestra pobre alma; y María, esta compasiva Madre, viéndonos animados de tales sentimientos de compuncion y confianza, no podrá dejar de volver á nosotros sus ojos misericordiosos, y pedir con toda eficacia á Jesus, su divino Hijo, nos conceda el perdon de todos nuestros pecados. Entonces Jesus por respeto á su santa Madre, mostrará á su Eterno Padre las llagas que recibió en su dolorosa pasion y le dirá: Padre mio, recibid la sangre que derramé en el calvario, por precio de la redencion de esos pecadores que protege mi Madre. De este modo, habiendo oido Dios Hijo las súplicas de su Madre

y Dios Padre las de su divino Hijo, si nos acercamos debidamente al tribunal de la penitencia, recibiremos el perdón de todos nuestros pecados por numerosos y enormes que sean: y hé aquí como María, esta amable, caritativa y misericordiosa Madre salva todos los días á una infinidad de pecadores, y los hace Santos.

¡Dichoso, pues, y mil veces dichoso el pecador que solicita con santo celo la misericordia de María, y persevera constante en su devoción. Pero también desgraciado, y mil veces desgraciado el pecador endurecido que no cuida de llamar á María en su socorro, pues es muy de temer que el infierno con todos sus tormentos venga á ser su triste paradero. ¡Ah! ¡como se lamentará por toda una eternidad de no haber querido aprovecharse de un medio de salvación tan fácil y seguro! Por lo que á mi toca, ¡oh amable María! recurriré en todo tiempo á vuestra misericor-

dia, y perseveraré en vuestro santo servicio hasta mi último suspiro: esperando que, despues de haberme protegido durante mi vida, me llevareis en mi muerte á gozar de las celestiales delicias donde por toda la eternidad, os bendiceré y daré gracias por vuestra santa proteccion.

EJEMPLO.

El ejemplo siguiente, poco há sucedido, nos hace ver cuán útil es la intercesion de la santísima Vírgen para los pecadores que quieren salir de su deplorable estado. Un jóven que habia recibido de sus padres una educacion muy cristiana, tuvo la desgracia de contraer una costumbre criminal que fué para él causa de una infinidad de pecados: no habia perdido del todo el temor de Dios, y deseaba renunciar á sus desórdenes: de tiempo en tiempo hacia algunos esfuerzos por romper la

fatal cadena con que el demonio le tenia atado ; pero la mala costumbre le arrastraba y hacia caer en el pecado fatal que parecia detestar. Cansado de luchar , se dejó llevar del desaliento, y creyendo que jamás se podria corregir , tomó la resolucion de no volverse á confesar. Su confesor, viendo que no volvia al tiempo señalado, quiso hacer un nuevo esfuerzo para volver al redil esta oveja extraviada; y al efecto fué á verle en ocasion en que estaba solo ocupado en su trabajo. Apenas lo vió el jóven que se puso á dar gritos horribles. ¿Qué tienes , hijo mio , le dijo el confesor? ¡Ah padre! estoy condenado; veo claro que es imposible enmendarme, y he resuelto abandonarme enteramente. ¿Qué dices, hijo mio, le respondió el confesor? Yo te aseguro que si quieres hacer lo que voy á decirte, triunfarás de la malicia del demonio que busca tu perdicion, y tendrás la dicha de reconciliarte con

Dios. Vé ahora mismo á la iglesia, échate á los pies de la Santísima Vírgen, pídele te alcance la gracia de poder convertirte, y en seguida ven á verme. El jóven obedeció; fué á la iglesia, y puesto de rodillas ante una imágen de la misericordiosísima María, le dirigió esta oracion: «Yo os suplico, ¡oh amable Vírgen! os compadezcáis de un alma cuya redencion ha costado la sangre de Jesucristo, vuestro Hijo, y que el demonio quiere llevar al infierno.» En seguida, lleno de confianza en la poderosa proteccion de María, refugio seguro de pecadores, se levanta, va en busca del confesor, le descubre el deplorable estado de su conciencia, y poderosamente ayudado con la proteccion de Maria, tuvo la dicha de convertirse con toda sinceridad, viniendo desde entonces á ser un modelo de piedad y de fervor.

ORACION.

¿Dónde estaria yo el dia de hoy ¡ó gloriosa María! si no hubierais tenido tanta caridad para conmigo? Vuestro Hijo con toda su misericordia ¿hubiera soportado por tan largo tiempo un criminal, cuyo corazon ulcerado con mil llagas asquerosas, ha provocado tantas veces la divina venganza, si vos no hubierais intercedido por mi? Por largo tiempo he estado como suspendido sobre el precipicio espantoso de la reprobacion: y vos, ¡ó amable María! habeis venido á socorrerme. ¿Qué no habeis hecho para detener el brazo justamente irritado que iba á descargar sobre mi para perderme? ¡Bendita sea para siempre la mano del Señor que os ha hecho tan poderosa y compasiva! Por ingrato que haya sido hasta aquí para con vos, ¡ó mi insigne bienhechora! os pido que

no me abandoneis. Antes bien, sed siempre mi abogada y protectora; y no negueis en 'ningun tiempo vuestra misericordia á aquel por quien Jesucristo no rehusó verter su sangre preciosísima. Sé muy bien que los méritos de esta divina sangre me serán aplicados, si vos intercedeis por mi: asi que de vos ¡ó Madre mia! espero mi salvacion, y que llevareis vuestra compasion hasta el punto de alcanzarme la gracia de que sea un dia coronado de honor y gloria en la felicidad eterna. Amen.



LECTURA**PARA EL DIA SESTO.****MARIA LLEVA AL CIELO A SUS VERDADEROS DEVOTOS.**

Quando nos hablan las divinas Escrituras de la felicidad reservada en el cielo á las almas que se hallen en estado de gracia al dejar el destierro de esta triste vida, usan de espresiones muy propias para escitar en nosotros un vivo deseo de gozarla. Así, ya nos dicen que es un reino que tiene Dios preparado desde el principio del mundo para sus escogidos, que brillarán en él como soles; ya, que serán inundados allí los santos en torrentes de delicias que los compensarán ampliamente de la violencia que se hubieren hecho para someterse á los preceptos del Evangelio; ya, que allí habrá tronos magní-

cos, coronas inmortales, y recompensas abundantes. Pero por otra parte, cuando las mismas escrituras nos hablan de los suplicios que esperan á los que mueren en desgracia y enemistad de Dios, se valen de espresiones capaces de causar horror y espanto á las conciencias mas endurecidas. Ya, nos dicen, que son fuegos devorantes que atormentan de mil modos, sin dar jamás la muerte á aquellas tristes víctimas; ya que son remordimientos perennes de conciencia por haberse condenado por su culpa, remordimientos crueles que no les dejarán un momento de reposo ó alivio, porque no habrá recuerdo alguno que pueda ni aun mitigarlos. En fin, allí habrá tambien gritos de desesperacion con los que cada cual lamentará y maldecirá su desgracia, sin poder conseguir el remedio mas mínimo.

De todos los cristianos que tienen fé, no hay ni uno solo que no desee las deli-

cias del cielo, y no tema las penas del infierno. Sin embargo, Jesucristo nos dice: que son muchos los llamados y pocos los escogidos: *Multi vocati, pauci vero electi*. Y aun dice tambien, que de aquellos mismos que se hagan alguna violencia por salvarse, solo un corto número entrará por la puerta estrecha que conduce á la vida, y todos los demás serán precipitados en los abismos de la reprobacion. ¿De cuáles de estos seremos nosotros? Lo ignoramos. Todo lo que sabemos es, que hemos merecido mil veces la condenacion, y casi nada hemos hecho que pueda asegurarnos de que nos hallamos ya reconciliados con Dios. Sin embargo, aunque no podamos saber, sin revelacion particular, si tendremos ó no la dicha de morir la muerte de los justos que asegura la recompensa del cielo, existe una señal consoladora, por la que podemos conjeturar con alguna probabi-

lidad, que seremos del número de los predestinados. Esta señal, segun los Santos Padres y teólogos, es la verdadera devocion á María; porque Dios no dá la gracia de esta devocion sino á aquellos que quiere que reinen con él en su reino: esto lo enseña San Bernardo de un modo bien terminante, cuando dice: que la devocion á María es un signo infalible de la salvacion eterna.

Habiendo dicho Jesucristo á sus Apóstoles lo difícil que era entrar en el cielo, le dijo San Pedro: *¿Pues quién se salvará? Lo que es imposible para los hombres,* le respondió el Salvador, *no lo es para Dios.*

Cuando consideramos los peligros á que estamos espuestos en la tierra, por causa de la multitud de escándalos que nos rodean; y cuando por otra parte reflexionamos sobre nuestra extrema flaqueza, esclamamos tambien con el Após-

tol San Pedro: ¿Y quién se salvará? Dionisio Cartujano, respondiendo á esta cuestion, dice: «¿Quereis saber quien se salvará? Aquel por quien haya rogado María.» María, en efecto, asiste tan particularmente, sobre todo en el artículo de la muerte, á los que la han honrado en la vida, que es imposible, dice San Buenaventura, con un gran número de otros Santos, que sus verdaderos siervos se condenen.

Yo sé que esta proposicion: *es imposible que los verdaderos siervos de María se condenen*, no ha sido del gusto de todos; pues ha habido en todos tiempos, quien se ha opuesto á ella; pero séanos permitido decir á los que la han combatido, y á los que osaren aun combatirla, que todas sus razones no pueden causarnos una impresion sólida, por ser nuestra creencia conforme a lo que enseña nuestra santa religion, estar fundada sobre

los mas auténticos testimonios de los Santos y doctores de la Iglesia, y confirmada con la experiencia de todos los dias.

Digamos, pues, y digámoslo sin temor alguno: *Que los verdaderos devotos de Maria no se condenarán*; porque una Madre tan tierna y compasiva como ella, jamás podrá consentir el verse separada de sus hijos: ella les ayudará mientras vivan, para que su conducta sea tal, que á la hora de la muerte puedan entrar en el reino que habita. La Iglesia, siempre gobernada por el Espíritu Santo, aplica á Maria estas palabras de la sabiduría. *En mi se encuentra toda la esperanza de la vida*; y estas otras: *Los que me alaban tendrán la vida eterna*. ¿Qué vida es esta de que habla el Espíritu Santo en estos textos? ¿No es aquella que no tiene que temer la muerte, aquella vida inmortal de que gozan los Santos en el reino de los cielos? Y poniendo la Iglesia en

la boca de Maria tan bellas promesas, ¿no nos hace ver con bastante claridad ser su modo de pensar que Maria asistirá tan particularmente á sus siervos que no los dejará hasta que los haya llevado al cielo? De aquí proviene ese cuidado y solicitud que ha desplegado siempre la Iglesia para mover y excitar á sus hijos á que se dirijan á Maria con súplicas y oraciones que les puedan merecer la asistencia de esta buena Madre para el momento de la muerte. Con este mismo fin ha compuesto esa oracion que se repite millones de veces todos los dias en todo el orbe católico: *Santa Maria Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.* ¿Para que esa gran solicitud de la Iglesia en implorar el socorro de Maria para el artículo de la muerte? Es porque está bien persuadida de que invocar á Maria, es estar seguro de su proteccion, y que con la

proteccion de María es imposible perderse.

La doctrina de los Santos Padres ha sido siempre conforme á lo que nos enseña la Iglesia, y no podian por lo mismo diferir de ella con respecto á este punto, á saber: *que es imposible que se condene un verdadero devoto de María*: esto lo vamos á probar con sus propias palabras. Y en primer lugar oigamos á San Anselmo, Arzobispo de Cantorberi, cuyo testimonio no será sospechoso, pues los hereges le llaman el primer teólogo: «Así como es imposible, dice, se salve el que no honra á María, así tambien es del todo imposible perezca aquel que se muestre digno siervo de esta augusta Reina.» Al sentir de este gran Santo que demuestra tan claramente que los verdaderos siervos de María no perecerán, hay que añadir el de San Hilario: «Aquel, dice, que se muestra verdadero siervo de María, no puede condenarse, aunque en lo pasado haya ofen-

dido gravemente á su Criador; » porque dice el venerable Raimundo Jordan, nuestra salvacion está en sus manos, y protege poderosamente á sus devotos contra los tres enemigos mas fuertes que son mundo, demonio y carne. Ella es, continúa el mismo, la Señora y Reina de todas las criaturas, y glorificará en el siglo futuro á los que la hayan glorificado en la tierra.» San Buenaventura, considerando el gran medio que tenemos en María para salvarnos, esclama: «Gran Reina, aquel que os honra y se encomienda á vuestra bondad, está muy lejos de perderse. Y tambien, aquellos que son amados de vos, ó Maria, gezan de una gran paz, y sus almas no irán jamás á las llamas eternas.»

Si alguno se admira de oír hablar así á los santos Padres, que se pregunte á sí mismo: Pero en fin, ¿qué es lo que se necesita para salvarse? Es necesario que el que no ha conservado la inocencia bau-

tismal, tenga un verdadero dolor de sus pecados, y reciba la absolucion de ellos por medio del sacramento de la penitencia; ó bien que si se halla en la imposibilidad de recibir este sacramento, haga un acto de perfecta contricion. Pues ahora bien; ¿quién se atreverá á negar que tenga María bastante poder para alcanzar estas gracias á sus devotos en el artículo de la muerte? Y si lo puede hacer, como no se puede dudar, ¿no lo hará, siendo como es la Reina de la misericordia, que no rehusa jamas su socorro á los que la invocan con sinceridad?

Sabemos muy bien que el hombre no se salva sino por la gracia de Dios; pero estas gracias están en las manos de María, y las distribuye á quien quiere, cuando quiere y del modo que quiere, como lo enseña San Bernardino de Sena. En fin yo os diré, oh María, con San Buena-ventura: *En vos he puesto la esperanza*

de mi salvacion, y no quedaré confundido.

Si todo lo que acabamos de decir no fuera verdadero, habria que tomar el partido de decir que lo que enseña la Iglesia y los santos no es mas que puro charlatanismo. Y ¿cuál es el cristiano tan perverso que se atreva á proferir tan horrible blasfemia contra la Iglesia y sus santos? Habria que decir tambien, que María es insensible á las necesidades de sus hijos, y que los abandona á su desgraciada suerte, en el momento en que mas necesitan de su auxilio. Y ¿quién osará hacer semejante ultraje á esta Madre compasiva, que con tanta misericordia ha socorrido siempre á los hombres, como lo atestiguan una infinidad de monumentos de que está lleno el mundo entero? Digamos, pues, y repitamos sin cesar: *que es imposible que no se salven los verdaderos siervos de Maria.* No desmayemos, ¡sirvamos á María con fidelidad, con amor

y confianza, y bien pronto nos veremos en el cielo!

Parece que no tendríamos necesidad de nuevas pruebas para demostrar una verdad tan evidente como esta, que María lleva al cielo á todos sus verdaderos devotos; sin embargo, diremos algunas cosas mas que alegrarán el corazón de los hijos de María, y les harán tener una firme confianza de que, por la misericordia é intercesion de esta benignísima Señora, llegarán á gozar un dia de los bienes celestiales.

Para que se salven los devotos de María, es necesario que esta Reina de misericordia los proteja en la hora de la muerte. Pues la esperiencia diaria prueba mejor que los mas elocuentes discursos, que esta caritativa Madre no deja jamás de asistir á sus hijos en su última hora, haciendo fácil y aun dulce la muerte á los unos, haciendo triunfar á otros

de los ataques del demonio, y llevando á todos al cielo.

Aunque la muerte esté acompañada, por lo ordinario, de grandes sustos y temores, por razon del juicio formidable y los destinos eternos que la siguen, sin embargo no es cosa rara ver á los devotos de María morir, no solamente con la paz que da el testimonio de una buena conciencia, sino tambien con dulce alegría. Un celoso siervo de nuestra augusta Reina dijo á un religioso que le asistia en sus últimos momentos: «Oh! cuánto me alegre ahora de haber sido devoto de María! El gozo que siento al morir es tan grande, que no tengo palabras para expresarlo!» El gran teólogo Suarez tenia tanta devocion á María, que acostumbraba decir, daria por el mérito de una *Ave Maria* todas sus obras impresas, que tanto trabajo le habian costado. Y Maria que no se deja vencer en generosidad, le

alcanzó tan dichosa muerte, que al haber de espirar, dijo: No creia que era tan dulce el morir. San Luis Gonzaga, que tenia tan tierna devocion á la Santísima Vírgen, como todo el mundo sabe, exclamó poco antes de morir: ¡Nos vamos, y nos vamos con alegria! Y ¿á dónde? al cielo! al cielo!

¡Que el deseo de acabar nuestra vida con una muerte semejante á la de estos Santos, nos mueva y escite á tener una verdadera devocion á **María**! Si así lo hiciéremos, no dudemos que esta tierna Madre hará con nosotros, lo que ha hecho con otra multitud de hijos suyos. ¡Oh! qué consuelo será el nuestro al experimentar en aquel momento los preciosos efectos de vuestra proteccion ó amable **Madre**! Oh! cómo nos alegraremos entonces de haberos amado con un corazón sincero, y haber puesto en vos toda nuestra confianza!



Es necesario confesar que no todos los devotos de María experimentan en la hora de su muerte esta calma y alegría. El Señor, que tiene designios particulares sobre ciertas almas, permite muchas veces al demonio que las tienta, y aun cruelmente, en su última hora. Y así se han visto grandes Santos que han sufrido fuertes ataques en su muerte. ¡Ah! qué grande necesidad tenemos del socorro de esta poderosa Virgen en aquel último momento que ha de decidir de nuestra eterna suerte! Viendo el demonio que la salvación de un alma depende del momento de la muerte, emplea toda su malicia infernal, para perderla: y así, no hay tentación de que no se valga para seducirla entonces. Si un demonio por sí solo no puede salir con su intento, llama en su ayuda á una multitud de espíritus infernales tan malos ó peores que él. Pero por grandes y fuertes que sean las tentaciones con que

combata al pobre moribundo, todos sus esfuerzos serán impotentes contra los devotos de María. Se cuenta de un santo religioso que hallándose á punto de morir, rodearon su lecho una multitud de demonios para tentarle, y que hicieron todos los esfuerzos posibles por perderle; pero María, á quien él habia tenido una tierna devoción, vino prontamente á socorrerle. Apenas se acercó esta divina Señora, los demonios huyeron todos confusos, y se les oyó gritar: «Vámonos de aquí, que no podemos nada contra este hombre, porque le protege la que no tiene mancha alguna.» ¡O amable María! yo espero que así me protegeréis á mí, y entonces no temeré nada, aunque todo el infierno se desencadene contra mí.

Muchas veces sucede que esta tierna Madre no ahuyenta estos crueles enemigos al principio de la tentación, porque se está como complaciendo en ver pelear á

sus hijos, y alcanzar una victoria que ha de aumentar sus méritos, mediante las gracias eficaces que ella les obtiene. Mientras tanto, prepara el lugar que han de ocupar en las celestes mansiones, y dispone las coronas, que ella les ha de poner en la cabeza, como recompensa debida al triunfo que han logrado sobre el infierno. Hé aquí lo que hace María, mientras dura el combate; pero cuando ha llegado el momento de terminarle, esta ilustre guerrera, como la llama San Bernardo, lanza sobre la tropa infernal una mirada, que, precipitando todos aquellos demonios en los mas profundos abismos, llena de alegría y consolacion el alma de sus siervos, haciéndoles gozar de antemano parte de las delicias que les esperan en el cielo. Cuando San Andrés Avelino llegó á punto de morir, mas de diez mil demonios rodearon su lecho, resueltos á perderle. Fue tan ruda la guerra que tuvo que sos-

tener contra el infierno, que se le veia temblar en todos sus miembros, y derramar abundantes lágrimas. Por dicha suya, no se olvidó, en tan triste extremo, de llamar en su socorro á su buena Madre. A cada paso se le veia volver los ojos hácia una imágen de la Santísima Vtrgen, como pidiéndola su asistencia. Despues de una larga lucha, consiguió, por intercession de María, una gloriosa victoria, que le mereció el favor insigne de morir en los brazos de su poderosa bienhechora. María, á lo que se cree, se le apareció entonces, y llevó su alma al cielo. Con razon ha dicho el piadoso cardenal Belarmino: «¡Qué dicha la de estar bajo la proteccion de tal Madre! ¿Quién podrá jamás arrancar los hijos de María de su regazo? ¿Qué pasion, qué tentacion, por furiosa que sea, podrá vencerlos?

Todos estos ejemplos, juntos á las razones que hemos alegado, demuestran con

toda evidencia que por grandes pecadores que hayamos sido, podemos esperar con entera confianza tener una santa muerte, y una sentencia de bendicion, si procuramos ser verdaderos siervos de María; porque, dice San Gerónimo á la Virgen Eustoquia, «María no se contenta con socorrer á sus hijos en la hora de la muerte, sino que ademas, sale al encuentro de sus almas, las recibe benignamente, las presenta á su divino Hijo, y las alcanza una sentencia favorable.» Un hijo de Santa Brígida llamado Cárlos experimentó esto por su buena dicha. Este Señor que habia abrazado la carrera militar, murió en la guerra; estas circunstancias pusieron á su Madre en grande temor de su salvacion, y no cesaba de llorar y gemir delante de Dios. María, compadecida de esta Madre afligida, le reveló, para consolarla, que ella misma habia asistido á

su hijo en su muerte, le habia preservado de los ataques del demonio, le habia sugerido los actos de religion que son necesarios en aquel momento, le habia favorecido en el tribunal de su divino Hijo, y que por su proteccion, se hallaba en el número de los Santos. ¡Oh María! Con razon ha dicho un siervo vuestro: «Si María está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?»

No queremos concluir esta lectura, sin exhortar y animar á aquellos mismos que en su vida han sido negligentes en la devocion de la Santisima Vírgen, á que recurran á ella en la hora de la muerte. María es tan benigna, y está tan decidida á no negarse jamas á cuantos la invoquen con sinceridad, que no puede dejar de oír las súplicas de aquellos que en el momento de su muerte, imploran su clemencia, aunque no hayan hecho en toda su vida mas que ultrajar á su Hijo. Esta

verdad se halla confirmada por un número prodigioso de milagros, de los que bastará referir uno solo. Se lee en la vida de una Santa religiosa llamada Catalina de San Agustín, que una desgraciada mujer, llamada María, tenía una vida tan abominable y escandalosa, que los vecinos del pueblo en que vivía, se vieron precisados a echarla fuera de la población. Esta gran pecadora se retiró á una cueba, y allí empezó Dios á castigarla por sus desordenes con una horrible enfermedad, que en poco tiempo redujo su cuerpo á una podredumbre, de la que no tardó en morir, abandonada de todos, y sin sacramentos. ¡Que desgracia! ¿qué se podrá pensar de su salvacion? Bendigamos, y sin cesar exaltemos la inmensa misericordia de María, que está siempre pronta y dispuesta para volar al socorro de los que la invocan, aunque sean los mayores pecadores del mundo. Cuatro años despues,

apareció esta infortunada á la religiosa Catalina, que la habia conocido y la dijo: «Yo me he salvado por la misericordia de la Santísima Virgen, á quien invoqué en la hora de mi muerte; y esta benignísima Señora me alcanzó un verdadero dolor de mis pecados, por lo que me libré de los fuegos eternos; pero hace cuatro años que padezco en el purgatorio, de donde saldria bien pronto si quisieras rogar á Dios por mi en tus oraciones. La religiosa mandó celebrar varias veces el santo sacrificio de la Misa por esta alma que no mucho despues, se le apareció de nuevo hermosa y resplandeciente; le dió las gracias por haberla abreviado sus penas, y le prometió que no se olvidaria de ella delante de Dios.

Quizá dirá alguno: si para salvarse, basta invocar á María en el artículo de la muerte, ¿á que fin tener por toda la vida una devocion que molesta, y hace renun-

ciar á tantos placeres? Mas sepan los que discurren de este modo, que con tan perversos sentimientos no podrán merecer la proteccion de María para el último momento que decidirá de su suerte eterna; y como es Dios quien pone en el corazón de los que quiere salvar, los sentimientos propios para merecer la proteccion de María, es casi cierto que no concederá esta gracia á los que se sirvan de la confianza que inspira la bondad de esta Madre de misericordia, para pecar con mayor libertad.

Visto, pues, que la Santísima Virgen se muestra tan favorable, aun con los mayores pecadores que imploran con sinceridad su auxilio en la hora de la muerte, no se podrá exhortar bastantemente á los que asisten á los enfermos, sobre todo cuando están en peligro de muerte, á que les hablen de la gran misericordia de María, y del deseo ardiente que tiene es-

ta tierna Madre de ayudarlos para que se salven. Con este santo celo, han logrado los verdaderos siervos de Maria impedir que un gran número de almas cayesen en los abismos del infierno, en el momento en que estaban ya para ser precipitadas en ellos. ¡Qué actos de caridad! ¿lo hubo jamás mas meritorio? Yo estoy casi persuadido de que Maria, por imitar la misericordia de su divino Hijo, alcanza á un gran número de pecadores, que imploran su socorro en el artículo de la muerte, verdadero dolor de sus pecados, y que despues de haberles procurado la gracia de recibir santamente los últimos sacramentos, les hace oír en lo íntimo de sus corazones estas consoladoras palabras que dijo Jesucristo al buen ladrón: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Este acto de misericordia, de compasión, de ternura y de amor os pido ¡oh

amable soberanal para mi último momento. Sé muy bien que no merezco tan insigne favor ; si yo lo mereciera, no me dariais sino lo que me era debido: y ¿en dónde estaria entonces la misericordia? Espero que, por un puro efecto de vuestra caridad de Madre, me alcanzareis de vuestro querido Hijo las disposiciones necesarias para vivir y morir en su santo amor, y que no me privareis del consuelo de acabar mi vida, no solamente en gracia de Dios, sino tambien con tales disposiciones, que, no teniendo nada que expiar en el purgatorio, entre sin tardanza en el cielo, para que tenga lleno cumplimiento esta preciosa promesa que, espero, hareis en mi interior en mi último momento: Hijo mio, hoy estarás conmigo en el paraiso ; *hodie mecum eris in paradiso*. ¡Oh! ¡qué glorioso será para vos, Madre mia, haber hecho de tan abo-

minable pecador un santo en tan poco tiempo!

EJEMPLO.

San Estanislao de Kostka, de la compañía de Jesus, uno de los mas fieles siervos de Maria, oyó el primer dia del mes de agosto un discurso en que se exhortaba á todos los novicios de la compañía á que viviesen cada dia, como si hubiera de ser el último de su vida. San Estanislao dijo á sus compañeros, al salir de la instruccion, que lo que se habia dicho en el sermon habia sido para él, y que moriria en aquel mismo mes. El gran deseo que tenia de ir cuanto antes á gozar de la felicidad de los santos, le hizo escribir con admirable simplicidad una carta á la Santísima Virgen, suplicándola le alcanzase la gracia de ir á celebrar en el cielo la próxima fiesta de su gloriosa Asun-

cion. El 10 de agosto puso asta carta sobre su corazon, y fué á comulgar, figurándose que iba a ponerla en las manos de Maria al tiempo de hacerlo. Al recibir la hostia, le pareció que oia una voz que le decia en lo íntimo del corazon: Hijo mio, tu súplica ha sido oida. Aquel mismo dia le dió una calentura, lo cual le hizo mirar como cierto que se acercaba su muerte, y así, aseguró que para el dia de la Asuncion estaria en el cielo. Sin embargo, la enfermedad no se presentó alarmante hasta el dia 14, en que se declaró mortal: y el santo novicio, viendo que se acercaba su fin, recibió con devocion angélica los últimos sacramentos. La alegría que inundaba su alma era tan grande, que se manifestaba visiblemente en su cuerpo. Su enfermedad no le impedía pensar en Maria, y besaba con frecuencia la imágen de la Santísima Virgen que tenia en sus manos. Habiéndose aper-

cibido un Padre de que tenia puesto el rosario al rededor del brazo, le dijo: Estanislao, ¿qué significa ese rosario? pues segun se vé. no está V. en estado de poder rezar. Es verdad, Padre, respondió el enfermo con una sonrisa; pero con todo me sirve de consuelo el mirarle, porque me hace acordar de mi buena Madre. «Ah! hermano mio respondió el Padre, enternecido con estas palabras, ¡qué dicha vais á tener, cuando llegueis á ver á esta amorosa Madre en el cielo, donde os espera, para haceros participante de su gloria!» A eso de la media noche del dia 15 de agosto, despues de haberse despedido Estanislao de sus compañeros, hizo unos actos de contrición y de amor de Dios; en seguida entró en un profundo recogimiento, durante el cual se le apareció la Madre de Dios, acompañada de una multitud de Vírgenes, como él mismo lo dijo en aquella hora, y entregó su alma

en las manos de aquella que él habia llamado tantas veces con el dulce nombre de Madre. He ahí como se cumplió, por la misericordia de María, la prediccion que habia hecho el jóven Estanislao, de que iria á celebrar con los Santos en el cielo el aniversario de la coronacion de la Santísima Virgen.

ORACION.

¡Oh mi dulce Soberana! la memoria de la muerte, que causa tanto espanto al mayor numero de los cristianos, es para mí al contrario, despues que he comenzado á servirlos, la causa de una dulce alegria, porque he aprendido, leyendo las obras de los Santos, que no dejais de llevar al cielo á cuantos os han honrado en la tierra. Es verdad que no os amo cuanto deberia hacerlo, pero me parece que os amo, Madre mia, cuanto puedo,

Vos sabeis, ¡oh María! que solo pronunciar vuestro santo nombre hace dar saltos de alegría á mi corazon, y el pensamiento de que os he de ver un dia en vuestra gloria, me llena de tanto gozo, que me hace suspirar vivamente por esa muerte dichosa que me ha de procurar tanta dicha: ¡Oh Vírgen amable! desde lo alto del cielo, mirad mis manos levantadas hácia vos para suplicaros vengais cuanto antes á sacarme del lugar de mi destierro; escuchad los gemidos de mi corazon, que no pudiendo disfrutar gusto alguno en este valle de lágrimas, arde en vivas ansias de pasar á la patria celestial. Como sé, Madre mia, que estais siempre dispuesta á oír favorablemente á vuestros hijos, quiero pedirós una gracia, que os hará ver la grande confianza que tengo en vos. Esta gracia es, que no solamente me obtengais el que vaya al cielo, sino tambien que me alcanceis de vuestro Hijo que

muera con tan buenas disposiciones que no teniendo nada que purificar en el purgatorio, sea recibido al salir de esta vida, sin obstáculo en el paraíso. Esta súplica os la hago con tanta mayor confianza, cuanto la misma Iglesia me mueve á hacerlo con esta oracion que pone en mis labios: *Cuando corpus morietur, fac ut animæ donetur paradisi gloria.* ¡Oh Maria! cuando mi cuerpo deje de vivir, haced que mi alma sea recibida en el paraíso. Esta gracia, la mas preciosa de todas las gracias, la espero de vos, Soberana mia, y contando con la inmensidad de vuestra misericordia, espero que no me verá defraudado en mi confianza. Amen.

LECTURA

PARA EL DIA SETIMO.

DEVOCION A MARIA.

Si no fuera Jesucristo el fin último de nuestras devociones, por santas que pareciesen, estas serian falsas y engañosas, pues nos separarían de este Dios Salvador, que es el principio y fin de todas las cosas; y no podríamos entonces esperar otra suerte que la del sarmiento, que, una vez separado de la vid á que ha estado unido, no es bueno mas que para el fuego. Si la Iglesia y los santos se esfuerzan por movernos á la devocion de María, es para conducirnos con mas seguridad al Hijo por el camino de la Madre, segun aquellas célebres palabras de San Bernardo: *Ad Jesum per Mariam*: vamos á Jesus, pero

vayamos por María. De esto se infiere ya claramente, que la devocion á la Santísima Vírgen, lejos de perjudicar al culto que debemos dar á Jesucristo, no hace mas que perfeccionarle. No es, pues, difícil comprender que la gloria de Jesucristo, el honor de Maria y nuestro propio interés exigen que nos dediquemos á esta devocion con todas nuestras fuerzas.

Si atendemos á que la devocion á María es una devocion admitida y enseñada ya por Jesucristo y sus Apóstoles, ya por la Iglesia y por todos los Santos, comprenderemos fácilmente lo muy conveniente y puesto en razon que es abrazarla con toda sinceridad. Y si consideramos despues, que Dios, como lo enseñan los mayores Santos, dispensa ordinariamente sus gracias á los hombres por manos de María, conoceremos que nos es de la mayor utilidad hacernos propicia á María por medio de una devocion verdadera y bien

entendida, si queremos salvarnos. A sólo Dios, es verdad, pertenece el honor y la gloria; pero es tambien muy cierto que es voluntad suya, se dé honor á las criaturas que él ama, y se reverencien estas á proporcion que él las eleva.

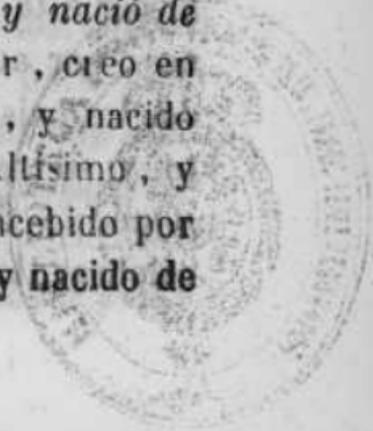
Siendo, pues, María la criatura que ha sido mas elevada y glorificada por el Señor, tiene un derecho indudable á ser honrada y venerada por nosotros; y esto es tan cierto, que ni aun el mismo Jesucristo, á pesar de ser como Dios infinitamente superior á su Santísima Madre, quiso dispensarse en ofrecerla sus homenajes, como nos lo prueban la obediencia y sumision que le tuvo por el espacio de treinta años que vivió con ella en Nazaret.

Los Apóstoles, á imitacion de su divino Maestro, tuvieron tambien la mas sincera devocion á María; y no solamente la honraron como Madre de Dios, sino

que predicaron la necesidad de profesarle devoción por cuantas partes anunciaron el Evangelio, ganando tantos siervos á María, cuantos adoradores adquirieron á Jesucristo.

No quiero dejar de hacer saber que ciertos hombres, en quienes sin duda el demonio había instilado su veneno infernal, para hacer perder la devoción á María, tuvieron la osadía de enseñar que los Apóstoles habían guardado un profundo silencio acerca de la Santísima Virgen; pero se les ha respondido: «No puede ser mas manifiesto vuestro error, ó hombres de mentira. Entre las manos tenemos el mas auténtico monumento de la enseñanza doctrinal de los Apóstoles: quiero decir, el símbolo de la fé compuesto por ellos mismos, que lleva su nombre, y que rezamos todos los dias. En esta corta esposicion de los puntos fundamentales del cristianismo, no pudieron los Apóstoles

decir todo cuanto es objeto de nuestra fé; algunos puntos importantes se omitieron en él. Pero ¿se omitió en él á María? Oh! no; ella tiene allí su lugar; ¿y qué lugar? Ah! ¿quién no quedará arrebatado de admiracion? Su nombre se halla en el símbolo junto á los nombres adorables de las tres divinas Personas. María aparece allí entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en cualidad de hija, de madre y de esposa. ¿Es eso verdad? juzgad vosotros mismos, y para convenceros pesad bien estas palabras: *Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra; y en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor, que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen*; es decir, creo en un Dios, engendrado de Dios, y nacido de María, Hijo único del Altísimo, y verdadero Hijo de María; concebido por el divino Espíritu, concebido y nacido de



María. Hé ahí lo que los Apóstoles enseñaron y predicaron en todo el mundo. Luego la impostura queda descubierta. ¿Nos vendrán á decir despues de esto, que los Apóstoles no hablaron de María?

Los Apóstoles, al formar la Santa Iglesia, le trasmitieron, como una rica herencia, la devocion á la Santísima Virgen, que ellos habian recibido de su divino Maestro. Y esta santa Esposa de Jesucristo, para perpetuar una práctica tan útil y saludable, ha exortado en todos tiempos á los fieles, á que tengan la mayor devocion á esta augusta Reina. En efecto, ¿qué no ha hecho la Iglesia en el espacio de diez y ocho siglos por establecer esta devocion en todos los corazones, por aumentarla y estenderla en todos los paises del mundo en que Jesucristo y su religion santa son conocidos? ¿Qué de fiestas no ha establecido para celebrar los misterios de su santa vida,

como celebra los diversos misterios de la vida de Jesucristo? ¿Se encuentra uno solo, desde su Inmaculada Concepcion, hasta su gloriosa Asuncion, que haya sido olvidado? Ah! ¡cuán tiernos, y cuán llenos de uncion están los magníficos elogios y títulos que le dá la iglesia! Cada uno de estos es una predicación elocuente y poderosa para atraer los fieles á los pies de sus altares. Unos hacen conocer su sublime dignidad, como los de *Madre del Criador, Madre del Salvador*; otros designan sus admirables grandezas, como los de *Reina del cielo, Reina de los Angeles, Reina de todos los Santos*; estos anuncian su gran poder, como los de *Virgen poderosa, Auxilio de los cristianos*; aquellos publican su gran bondad para con los hombres, como los de *Madre de misericordia, Virgen clemente, Refugio de pecadores*.

Pero no bastaba á la Iglesia mover y ex-

citar los fieles á la devocion de María; ella misma debia darles el ejemplo, y esto es lo que ha hecho siempre. Mirando á esta sùblime Vírgen como dispensadora de todas las gracias, le pide para sí misma y para sus miembros los dones mas estimables. *Rompe nuestras cadenas, le dice, sácanos de la ceguedad del pecado; libranos de nuestros males, alcánzanos toda suerte de bienes.* (*) Siempre solicita la Iglesia por la salvacion de sus hijos, quiere que los ministros que se ordenan para el servicio del altar, y á los cuales confia la salud de las almas, imploren en todas las santas funciones de su ministerio la proteccion de la augusta Madre de Dios; que la invoquen en el altar, para que, el sacrificio que se ofrece en él, produzca los mas

(*) Solve vincla reis,
 Profer lumen cæcis:
 Mala nostra pelle,
 Bona cuncta posce.

grandes efectos de santificacion en las almas; que la invoquen en el tribunal de la penitencia, para que el alma del pecador sea del todo purificada en el baño saludable de la sangre de Jesucristo; que la invoquen en el púlpito, á fin de que, por su intercesion, la palabra de Dios convierta los pecadores, avive á los tibios y perfeccione á los justos; en una palabra, abranse, dice un devoto autor, los rituales y pontificales que sirven para las mas augustas y sagradas funciones, como bendiciones, consagraciones, administracion de sacramentos, y casi en todas las partes se hallará el nombre de María, la invocacion de María, la intercesion de María. De modo que parece que asi como el Padre Eterno ha querido que todo cuanto le pide la Iglesia, sea por los méritos de su Hijo, asi tambien el Hijo ha querido que nuestras súplicas le fuesen presentadas por las manos de su santa Madre.

Tal es el celo que ha mostrado la santa Iglesia por la devocion de María: y este celo le ha comunicado en todos tiempos á sus pastores, á fin de que con su doctrina y ejemplo, estableciesen en el corazon de todos los fieles confiados á su solicitud pastoral, la verdadera devocion de María: y estas miras é intencion de la Iglesia han sido tan perfectamente cumplidas, que los escritos de los santos Padres están llenos de los mas bellos elogios de la Madre de Dios; y las historias mas auténticas nos demuestran que, desde el nacimiento del cristianismo, la devocion de María ha sido no solamente la devocion del pueblo crédulo y simple, como se quisiera hacer creer, sino tambien la de las personas mas ilustres por su ciencia y santidad, y por el alto rango que las elevaba sobre el comun de los demas hombres. Así fué como empezó la devocion á María; así fué como se estendió por todo el

mundo; así es como se ha perpetuado hasta nosotros, y se perpetuará hasta el fin del mundo, apesar de todos los esfuerzos del infierno y de la impiedad; porque el culto que se da á la Madre está esencialmente unido al que se da al Hijo; y como el culto que se da al Hijo subsistirá hasta la destruccion del Universo, lo mismo hay que decir del de la Madre.

Es verdad que la devocion á Maria, atravesando los siglos, ha sido atacada no pocas veces en su marcha; pero siempre victoriosa de todos sus enemigos, no ha perdido nada de su antiguo esplendor; y esto se demuestra por el celo con que, aun en nuestros dias, con estar la fé tan muerta, se invoca á Maria, se implora el socorro de María. ¿Se encuentra en todo el mundo católico un solo lugar en que deje de tener nuestra augusta Reina sus devotos? ¿Hay una sola iglesia en que deje de existir al menos un altar consagrado en su

honor? ¿Se han visto jamas como el dia de hoy tantas cofradias erigidas para darle culto, ni tantos santuarios levantados bajo su invocacion? ¿A quién se recurre en las calamidades públicas? ¿Hiere algun azote cruel á un reino á una provincia? ¡Con qué apresuramiento se corre á postarse á los pies de los altares de María! ¡Qué celo entonces por hacer procesiones en su honor, llevando su imagen con el mayor respeto y ternura para solicitar la exencion del castigo! ¿Hay una sola necesidad particular para la que no imploren los verdaderos fieles su proteccion? ¡Qué de visitas, que de súplicas, que de novenas, qué de misas en sus altares, para salir bien de un negocio, alcanzar la salud de un enfermo, vencer una pasion, adquirir una virtud, lograr una santa muerte! ¡Con qué celo no se celebran sus fiestas! ¡Con qué armonía de voces escogidas se cantan á los pies de esta augusta Sobera-

na , ya las *letanias* , donde se contienen sus mas gloriosos títulos; ya la *Salve* , cuyas palabras excitan en gran manera á la confianza; ya el *Sub tuum præsidium* , con el cual cada uno quiere ponerse bajo su amparo ; ya otra multitud de cánticos sagrados que con la belleza de las expresiones , unidas á la melodía y dulzura del canto , presentan una viva imágen de los conciertos melodiosos con que los Angeles y Santos celebran en el cielo la gloria de su reinal ¡Y con qué viveza de espresiones se podrá pintar el entusiasmo con que se santifica el mas hermoso mes del año , que se ha consagrado todo entero á María? ¡Con qué santa actividad y esmero se buscan en la naturaleza sus mas hermosas flores , para decorar con ellas los altares de María! ¡Con qué gusto las manos industriosas de las vírgenes consagradas á la Reina de las vírgenes disponen y colocan esas flores , cuya variedad y si-

metría , al mismo tiempo que encantan la vista , regocijan el corazon! las mas hermosas se reservan para coronar á María. De modo que todo encanta, en este hermoso mes, en los altares de María. Así, ¡con que celo se viene al templo todos los dias á meditar sus virtudes, á implorar su proteccion! ¡Cuántas gracias se alcanzan allí!

Viendo, pues, que desde el nacimiento del cristianismo hasta nuestros dias, se ha dado siempre honor á María , se ha invocado á María , ¿no nos sentiremos nosotros, por indiferentes que hayamos estado hasta aquí con respecto á esta devocion, animados de un sincero deseo de consagrarnos al servicio de esta ilustre Reina; sobre todo, sí á todos estos motivos añadimos lo que enseñan varios Santos no menos respetables por su ciencia que por su santidad, sobre que ordinariamente nadie se salva sin su asisten-

cia? Un gran siervo de María, queriendo excitar la devocion de la Madre de Dios, habla así: «Es doctrina comun de los Santos que por lo regular ninguno se salva sin la asistencia de María. Escuchad á San Bernardo: «habiendo Dios encerrado, dice, en el seno de esta Virgen todo el precio de nuestra redencion, no tenemos esperanza, ni gracia, ni salvacion sino por ella. San Anselmo no teme afirmar que cualquiera que es abandonado de María, perecerá infaliblemente. ¿Por qué se llama á María puerta del cielo? «Porque nadie, dice San Buenaventura, suele entrar en aquella mansion celestial, si no pasa por María que es su puerta.» San German se dirige á María en estos términos: «Oh Virgen todopoderosa y llena de gracia, ¿quién es el que se suele salvar sin vuestra proteccion? Ricardo de San Lorenzo observa que los Cristianos pueden decir á su Reina con mas razon que los Egip-

cios decian á José: «Nuestra salvacion está en tus manos.» El ilustre Bossuet, gloria del episcopado francés, no ha hecho mas que repetir el language de toda la tradicion, cuando en el sermon de la Natividad de María ha dicho: que en virtud de un decreto inmutable de la divina providencia, María contribuirá eternamente á todas las operaciones de la gracia con respecto á la salvacion de los hombres. Porque así como Jesucristo no ha querido darse á nosotros sino por María, así tampoco quiere recibirnos en su santo paraiso, sino en cuanto vayamos á él por María.

El demonio sabe muy bien que, segun se ha dicho, sin la devocion á María nadie suele salvarse. Así, ¡qué de esfuerzos no hace para destruirla! ¡Ah! ¡cuanto nos importa estar bien precavidos contra los medios de que se vale para seducirnos! ¡Oh María! descubridnos los lazos que sin

cesar nos arma este espíritu seductor, y no permitais jamás que dejemos de ser siervos é hijos vuestros.

Y ¿como podriamos consentir nosotros el separarnos de vos, que sois la vida de nuestras almas, el consuelo y dulzura de nuestros corazones, la esperanza de nuestra felicidad eterna? *vita, dulcedo, spes nostra.*

No pocas veces ha intentado esta bestia infernal robar á la Iglesia la devocion á Maria, haciendo que los hereges negasen sus gloriosos privilegios, que son como el fundamento sobre que aquella descansa. Como estos medios no le han salido bien, se vale ahora de otros mas especiosos y seductores, para hacerla perder á cada cristiano en particular. Para salir con su detestable designio, se sirve de la ignorancia, ó del celo de aquellos mismos que tienen algunas prácticas de religion. Esos hombres enemigos echan en cara á

los fieles que caen en excesos con su devocion á Maria. ¿Por qué, dicen, recurrir con tanta frecuencia á la Santísima Virgen? ¿No vale mas dirigirse á Dios? ¿Y no es de temer que por querer contentar demasiado á la Madre, se desagrade al Hijo? Tal es el lazo que se tiende á las almas sencillas, y que hace tantas víctimas. ¡Oh vosotros, quien quiera que seais, que os gloriais de llamaros hijos de María, tened horror al language de esos hombres perversos, animados de Satanás, porque si no os causará la muerte. Este language es tanto mas seductor, quanto parece mas conforme á la exacta verdad. Si nosotros diéramos á María el honor que es debido á solo Dios, seriamos sin duda alguna dignos de reprehension y vituperio, y la Iglesia no dejaria de lanzar contra nosotros sus anatemas, tratándonos como á aquellos hereges (*los coliridianos*) que arrojó fuera de su gremio,

porque pretendieron poner á Maria en igual rango y darla el mismo culto que á las tres divinas personas de la adorable Trinidad. Vosotros deberiais saber, ¡oh hombres ciegos y encaprichados! que Maria desecha con horror el culto que no es debido mas que á solo Dios, y que seria incurrir en su desgracia, adorarla como una divinidad. Por lo que toca á nosotros, hijos mejor instruidos y mas dóciles, establecemos una diferencia esencial entre el culto del Hijo y el de la Madre; y asi, no tenemos que temer el que nuestra devocion para con Maria haya de venir á parar en excesiva: al contrario, lo que sentimos es no poderla honrar cuanto se merece, y no recurrir con bastante fervor á su poderosa proteccion.

Si se quiere saber las poderosas razones que tenemos para dirigirnos con frecuencia á Maria, las pondremos aquí.

- 1.º Nos dirigimos frecuentemente á Ma-

ria, á fin de poder, por medio de ella, glorificar mas dignamente al Señor. Ah! qué nuestras súplicas le son mucho mas agradables, cuando le son ofrecidas por esta admirable Vírgen, objeto de sus complacencias! Por lo demás, nuestra devocion á Maria no puede ser sospechosa, pues está demostrado, que no hay una sola parte en el culto que le damos, que no se refiera á Dios. Y en efecto, si exaltamos las grandezas de Maria, nuestras alabanzas se refieren al mismo Dios. Esta Vírgen fidelísima, sin retener nada de los homenages que le dirigimos, se los ofrece á Dios, en agradecimiento de los grandes beneficios con que la ha colmado. ¿No nos ha enseñado ella misma á pensar así cuando, oyéndose llamar por su prima Santa Isabel, bendita entre todas las mugeres, se apresuró á bendicir al Señor y darle la gloria por todo lo que había de grande en ella? Con razon dice el sabio y devoto

Gerson, que la alabanza de la Madre es la alabanza del Hijo. Si pedimos á Maria nos alcance alguna gracia, nuestro culto se refiere tambien á Dios, porque, como lo nota un juicioso autor, Maria se postra á los pies del trono del Señor, en el momento mismo en que nosotros nos postramos al pie de sus altares, pidiendo para nosotros lo que nosotros pedimos por medio de ella. Júzguese por aquí si la devocion que tenemos á la Madre, puede desagradar al Hijo: 2.º Nos dirigimos con frecuencia á Maria, porque Jesucristo nos ha puesto en esta dulce necesidad, dándonosla por Madre. Aun mas, este divino Salvador ha puesto en las manos de su divina Madre las gracias que ha resuelto concedernos, á fin de ponernos en la necesidad de recurrir á ella. Dice San Bernardo que, para que honremos á Maria con devocion y tierno afecto, ha reunido Dios en ella la plenitud de todos

los bienes, á fin de que todo cuanto se halla en nosotros de esperanza, de gracia y de salvacion, reconozcamos que todo lo hemos recibido por Maria. 3.º Recurrimos con frecuencia á Maria, porque los santos, y los mayores santos nos exhortan á hacerlo así con su ejemplo y doctrina, y porque la experiencia de todos los dias nos enseña, que los verdaderos devotos de Maria son los que sirven á Dios con sinceridad y perseverancia. ¡Qué! ¿nos habrá querido engañar San Bernardo cuando ha dicho que imploremos el socorro de Maria en todas nuestras necesidades; que vayamos á Jesus, pero que vayamos por Maria; que busquemos la gracia de la salvacion, pero que la busquemos por Maria? ¿Nos hubiera podido seducir mejor que con estas palabras, que no pueden haber sido dictadas sino por un corazon encendido en amor de Maria? «Honremos, dice, a la Virgen Ma-

ria con toda la amplitud de nuestros corazones , con toda la afeccion de nuestras entrañas, con todo nuestro poder y con todos nuestros deseos, porque tal es la voluntad de aquel que quiere que todo nos venga por Maria.» ¿Nos habrá querido engañar San Buenaventura , enseñándonos , que no se nos dá ninguna gracia sino por Maria? ¿Habrá querido hacer lo mismo San Antonino cuando dice que, pedir sin Maria , es querer volar sin tener alas? ¿Habrá querido engañarnos Santo Tomás cuando enseña que, los cristianos son conducidos al puerto de la gloria eterna por Maria, como por la estrella del mar? Hé ahí testimonios bien auténticos y terminantes que nos dicen, que recurramos sin cesar á Maria. Y cuántos mas, si fuera necesario , no encontraria yo en las patéticas exhortaciones que los Santos Padres dirigen á los fieles, para moverlos á implorar contí-

nuamente la proteccion de Maria! Pues que , en vista de lo dicho, nos es necesario tomar un partido , ¿á quién daremos la preferencia? ¿á esos grandes santos , á esos amigos de Dios, que nos exhortan á la devocion de Maria, para confirmarnos en el amor de Jesus; ó bien á esos hombres, ó cruelmente envidiosos , ó néciamente obcecados, ó revestidos de un falso celo , que , bajo pretexto de hacernos practicar mejor la piedad, nos la harian perder enteramente , si siguiéramos los pérfidos consejos que nos dan, de que no recurramos con tanto celo y con tanta frecuencia á Maria? Hijos de María, afianzémonos mas y mas en la devocion de nuestra Santisima Madre ; y, animados de los sentimientos de San Ildefonso, digámosle todos y cada uno de nosotros con toda la sinceridad de nuestro corazon : «Ámeos yo, oh Maria, cuanto pueda amaros; alábeos yo cuanto pueda alá-

baros; sirvaos yo cuanto pueda serviros... Postrado humildemente delante de vos, os suplico me alcanceis que sea purificado de todos los pecados de mi vida. Dignaos hacerme gustar la muchedumbre de las dulzuras de vuestro Hijo; y alcanzadme la gracia de unirme con todo mi corazon á vuestro Hijo como á mi Criador, y á vos como á la Madre de mi Criador; á vuestro Hijo como á mi Redentor, y á vos como á la causa de mi redencion. Porque si ha sido mi Salvador, es porque se hizo Hijo vuestro; y si pagó el precio de mi rescate, es porque tomó vuestra carne mediante la Encarnacion.

Así es como nos debemos unir inviolablemente á María. ¡Ay de nosotros! si, por artificio del demonio, ó por malicia de los hombres, ó por inconstancia de nuestro corazon, nos disgustamos y dejamos su servicio! La experiencia, por desgracia, nos enseña demasiado, que enfriar

se en la devocion de María, es lo mismo que abandonar el camino de la virtud, y tomar el camino que conduce á la reprobacion. Convenzámonos de esta verdad con el ejemplo siguiente:

Se refiere de un religioso que habia llegado á tan eminente santidad, que en vida le llamaban el Santo; eran tantos los milagros que obraba, que se habia hecho ya objeto de la admiracion de todos. Su devocion para con la Santísima Vírgen era tan grande, que sucedia con frecuencia, que al pasar por delante de un cuadro de Nuestra Señora, se levantaba su cuerpo de la tierra, é iba á unirse con la imágen de María. Pero, habiendo perdido poco á poco la devocion á la Santísima Vírgen, se entivió al mismo tiempo en el amor de Dios: y llegó á tal punto su desventura, que dejó el estado religioso, se volvió al mundo, y se abandonó á una vida tan criminal, que pereció miserablemente en

manos de la justicia humana. Tal fué el triste fin de aquel que el cielo habia colmado de bendiciones. Mientras sirvió con fidelidad á María, fué un santo; pero apenas abandonó su devocion , vino á ser un réprobo. ¿ Dónde estará ahora ? ¿ Dónde puede estar, despues de semejante muerte? Ahora conoce , pero ¡ ay ! demasiado tarde, la desgracia que es, dejar á María.

¡Cuántos habrá que al leer esto, darán profundos suspiros, pensando en cuan triste estado se hallan con respecto á su salvacion, despues que se han resfriado en la devocion á María! Cada uno quizá se diré á sí mismo : Oh ! qué hermosos eran los dias que yo pasaba en otro tiempo en el servicio de María! ¡Qué alegría tan grande experimentaba cuando , postrado al pie de sus altares, imploraba su proteccion! Entonces , frecuentaba con fervor lo santos sacramentos , y recibia en ellos abundantes consolaciones. Mi alma , llena

de calma y tranquilidad, disfrutaba de una paz que nada podia turbar; no temia la muerte, porque tenia confianza de que, al dejar esta vida, seria recibido en el cielo por la misericordia de María. Pero despues que he dejado su servicio, en qué triste estado he caido! ¡cuán crueles remordimientos de conciencia experimento que no me dejan un momento de reposo! ¡Qué de sobresaltos inquietan mi pobre alma! Yo avanzo ¡ay! yo avanzo á grandes pasos hácia el sepulcro; hoy ó mañana puedo dejar de vivir; no interesándose ya María por mí, ¿quién me defenderá delante del Soberano Juez? ¡Qué de desgracias ¡ay! qué de desgracias me esperan si difiero por un solo instante, volver á la devocion de María, con mas celo y constancia que en el tiempo pasado!

Repitámoslo otra vez; hé ahí á dónde se viéne á parar una vez que uno se ha alejado de María. Queriendo hacer ver

San Bernardo los males en que caería el género humano si dejase de honrar á María, esclama: «Quitad este sol que ilumina el mundo, ¿á dónde está ya el dia? Quitad á María, que es la estrella de este vasto y dilatado mar en que navegamos, ¿qué nos espera, sino ser envueltos en una niebla oscura, caer en las sombras de la muerte, y quedar sumergidos en las mas espantosas tinieblas?» Segun este gran Santo, la devocion á María nos es tan necesaria para vivir cristianamente, como es necesario el sol á la tierra para alumbrarla. ¡Oh! con razon decia S. German: «que asi como el cuerpo no puede vivir sin respirar, tampoco el alma puede vivir sin la devocion á María, por la cual se alcanza y se conserva la vida de la gracia.» «Sí, añade S. Buenaventura, la devocion á María es tan necesaria á los que quieren perseverar en gracia de Dios, como la nodriza es necesaria á un niño que

acaba de nacer.» De aquí es que este Santo doctor nos exhorta á que no entibie-
mos jamás en la devocion á **María**; di-
ciéndonos á todos, con aquella ternura
que le inspiraba el grande amor que tenia
á esta Soberana: «Hijos cristianos, asios
al manto de **María**, y no la dejeis ir sin
que os haya dado su bendicion en el cielo.»

¡Oh grandes santos! resueltos estamos
á seguir los saludables consejos que nos
dais, de honrar á **María** con todo el afecto
de nuestro corazon, hasta nuestro úl-
timo suspiro. Dignaos suplicar á la mis-
ma **María** nos alcance de su divino Hijo
la gracia de que en toda nuestra conduc-
ta nos portemos como hijos dignos de tal
Madre, á fin de que, mediante su protec-
cion, sirvamos á **Dios** con todo el fervor
que exige de nosotros, y merezcamos par-
ticipar un dia con vosotros de las delicias
inefables que se gozan eternamente con
la compañía de **Jesus** y **María**.

EJEMPLO.

Se lee en las vidas de los Padres del desierto el caso siguiente: Un santo solitario tenia en su celda una imágen de la Santísima Virgen, delante de la cual ofrecia todos los dias sus homenages á la Madre de Dios. Este solitario se ausentaba algunas veces por uno ó dos meses para ir á visitar á otros solitarios y edificarse con su conversacion; pero antes de salir de su celda no dejaba jamás de encomendarse á María; y despues, encendiendo una vela delante de la sagrada imágen, decia á su buena madre con la simplicidad de un niño: «Madre mia, tened cuidado de esta vela, y haced que á mi vuelta la encuentre encendida.» No pocas veces le sucedió experimentar en su viaje la proteccion de María de un modo milagroso; pero lo mas prodigioso era que á

su vuelta encontraba la luz encendida sin que se hubiese consumido la vela á pesar de haber estado ardiendo por espacio de dos meses. Esto nos hace ver lo mucho que agrada á María que se le tenga una devocion llena de confianza.

ORACION.

El consuelo que siento en ser devoto vuestro, ó mi augusta Reina, es tan grande, que pongo en el número de mis mas dichosos dias aquel en que empecé á conoceros y amaros. Es una obligacion para mí manifestar el convencimiento que tengo profundamente grabado en mi alma, de que con vuestra devocion, ¡oh María! se nos dan en abundancia toda clase de bienes. ¡Cuántas bocas publican esta verdad! ¡Cuántos libros las anuncian! ¡Cómo puede ser que apesar de todo esto, haya tantos Cristianos que no quieran dedicarse

á vuestro culto? ¡Oh! Cuán enemigos son de su bien, los que no cuidan de invocarnos en todas las necesidades de su vida! ¡Qué no me sea dado, oh amada Madre mia, iluminar á esos ciegos, y convencerlos de que su propio interés, para con el tiempo y para con la eternidad, exige que se consagren eternamente á vuestro servicio! Compadecido de su deplorable estado, os pido, oh María, les alcanceis la gracia de que mediten con fruto estas pocas palabras. ¡Ay de aquellos que miran con indiferencia la devocion á María! ¡Ay de ellos durante su vida, porque será sin consuelo y sin fruto! ¡Ay de ellos á su muerte, porque estará acompañada, segun aparece, de la impenitencia final! Pero sobre todo ¡ay de ellos durante la eternidad, porque tendrán una eternidad de tormentos! Por lo que á mi toca, oh María, á fin de evitar todas esas desgracias, os serviré con la mayor fidelidad todos los

dias de mi vida, y me uniré tan fuertemente á vos con los lazos del amor, que nada será capaz de separarme, ni en el tiempo, ni en la eternidad, donde, con vos, espero gozar de la amable presencia de vuestro Hijo. Amen.

LECTURA**PARA EL DIA OCTAVO.**

**DE LAS GRANDES VENTAJAS QUE NOS
TRAE LA DEVOCION A MARIA.**

Las ventajas que se nos siguen de la devocion á María son tan grandes, que bastará exponerlas para mover á todos los hombres á que se consagren con santo ardor al culto de esta augusta Soberana. Aunque no tuvieramos nada que esperar de los servicios que hiciéramos á María,

no por eso dejariámos de estar obligados á ofrecerle nuestros homenajes, por razon de su sublime dignidad, y de las relaciones que tiene con Dios. Pero como los hombres se dejan ganar mas facilmente cuando hay motivos de interés, no será inútil el que nos convenzamos, de que nuestro mayor bien exige que tengamos á María la mas sincera devocion. En efecto, la devocion á María nos es muy ventajosa, ya seamos pecadores, ya justos.

1.º Como pecadores, nos hemos puesto en estado de rebeldia contra las tres divinas Personas: contra Dios Padre, que no ve en nosotros mas que objetos de maldicion, despues que, por el pecado, hemos borrado y degradado su imagen, á cuya semejanza nos habia criado: contra Dios Hijo, que no ve en nosotros mas que sacrilegos, despues que, por el pecado, le hemos crucificado de nuevo, y conculcado la sangre adorable que habia derramado

por nosotros con tanto amor; contra Dios y Espíritu Santo, que no ve en nosotros mas que perjuros, despues que, por el pecado, le hemos echado de nuestros corazones como de un templo que tantas veces le habiamos consagrado. ¿Quién no ve cuánto nos interesa salir de tan lamentable estado, reconciliándonos con las tres divinas Personas? Mas ¿quién podrá obrar mejor esta reconciliacion que María, que es nuestra Abogada? ¿y cómo lo hará, si no la tenemos una verdadera devocion?

2.º Como pecadores, nos hallamos en gran desconsuelo. Si conservamos la fé, ¿podemos no temblar, leyendo en los santos evangelios los espantosos tormentos que tiene Dios preparados á los que quebrantan sus mandamientos? Si el que ha conservado la inocencia se llena de espanto á vista de aquella justicia inexorable que encuentra manchas aun en las almas mas puras, ¿cuánto no debe temer el que ha

cometido tantos pecados? ¿No es este motivo suficiente para vivir en sumo desconsuelo y afliccion? Luego necesita de consuelo; y ¿quién podrá dárselo mejor que María, tan justamente llamada, Consoladora de afligidos? *Consolatrix afflictorum*. Y ¿no nos moverá esta consideracion á tener una verdadera devocion á Maria, á fin de que se digne emplear los medios mas convenientes para volvernos á la gracia de su divino Hijo, y con esto, procurarnos aquella paz sin la cual es imposible gustar el consuelo que se siente con la dulce esperanza de la felicidad eterna?

3.º Como pecadores, hemos caido en tal estado de corrupcion y abominacion, que podemos decir á Dios con no menos razon que David: La necesidad que me movió á pecar ha hecho en mi alma zicatrices que la han llenado de podredumbre y corrupcion *Putruerunt et corruptæ*

sunt cicatrices meæ á faciæ insipientiæ.

¿Qué cosa hay en el mundo que deba desear tanto el cristiano, como verse curado de esas inmundas llagas que le hacen objeto de horror á los ojos de Dios, de los Angeles y de los Santos? Y ¿quién podrá obtenerle esta curacion plena y perfecta mejor que María, tan justamente llamada, salud de los enfermos, *Salus infirmorum*? Esta tierna Madre está siempre dispuesta á aplicar á nuestras enfermedades espirituales el mas eficaz remedio: la preciosa sangre de su Hijo, que tiene á su disposicion. Pero, ¿podemos nosotros esperar que sus manos virginales apliquen á nuestras llagas aquel bálsamo sagrado que cura todos los males, si no le tenemos una devocion tierna y afectuosa?

4.º Como pecadores, nos hemos espuesto a ser combatidos por terribles y frecuentes tentaciones. Cuanto mas hemos pecado, tanto mas imperio hemos

dado al demonio sobre nosotros; y como el mayor deseo de este cruel enemigo de nuestras almas es, vernos un dia asociados á sus tormentos, se vale de cuantos medios le puede inspirar su malicia infernal para perdernos. Y ¿como podremos resistir á sus esfuerzos, si no somos socorridos? Es verdad, que María, despues que quebrantó bajo de sus pies la cabeza erguida de esta maldita serpiente, ejerce sobre ella un imperio absoluto, en cuya virtud libra á sus hijos de todo peligro, precipitando en lo mas profundo de los abismos á los demonios que los tientan. Por esto se le ha dado el nombre consolador de *Ausilio de los cristianos*, *Auxilium christianorum*. Pero ¿podemos esperar que use de su poder en favor nuestro, si no recurrimos á ella? ¡Ah! cuánto nos importa invocar con frecuencia á esta poderosa Reina, si queremos triunfar de las tentaciones de Satanás!

5.º En fin, como pecadores nos hemos puesto en peligro de morir como réprobos. ¡Y ¡qué desgracia la nuestra, si, despues de una vida tan fecunda en aflicciones y tan llena de trabajos, pasamos de esta tierra de peregrinacion á la eternidad de tormentos que Dios, en su justicia, tiene preparados para los que mueran privados de su gracia! Solo pensar esto nos estremece; pero ¿quién podrá preservarnos de tan espantoso destino? Sin duda que María, en virtud del inmenso poder que Dios le ha dado; pues, como ya hemos visto, esta Madre compasiiva protege tan particularmente á sus hijos; que es como imposible que se pierdan. Pero si nos hemos descuidado en honrar, durante nuestra vida, á esta poderosa protectora, ¿nuestra indiferencia para con su culto será un buen motivo para moverla á que nos proteja? ¡Ah! Repitémoslo otra vez, ¡qué desgracia morir sin haberse

granjeado la proteccion de María, para aquella hora que ha de ser el principio de una felicidad ó infelicidad eterna! De lo dicho se ve claramente, que la devocion á María nos es muy útil y ventajosa como pecadores, para reconciliarnos con Dios, por habernos hecho sus enemigos; para recuperar la paz del corazon, único bien deseable en esta vida; para alcanzar la cura de nuestras almas mortalmente heridas por el pecado; para vencer las tentaciones del demonio, y para tener una buena muerte. Ahora haremos ver que la devocion á María nos es tambien muy ventajosa, aunque seamos justos.

Por santa que haya sido nuestra vida, por sólidas que sean las virtudes que hayamos adquirido, por grandes que sean las recompensas que hayamos podido merecer con nuestras penitencias, buenas obras y demás ejercicios de la vida cristiana, no por eso estamos seguros de mo-

rir la muerte de los justos. *El que cree que está sólidamente fundado en la virtud, mire no caiga*, dice San Pablo. *El espíritu está pronto*, ha dicho tambien Jesucristo, *pero la carne está flaca*. La experiencia cotidiana nos prueba demasiadamente, que las mas sólidas virtudes no están al abrigo de los peligros; porque el Señor, para asegurarse de la fidelidad de sus siervos, permite muchas veces que sean probadas de varios modos. Mas lo que él permite con miras misericordiosas, para hacernos merecer una rica corona, viene á ser no pocas veces, por nuestra malicia ó flaqueza, un motivo de reprobacion. Uno de los medios mas seguros para conservarse, y aun avanzar en la virtud durante el tiempo de prueba, es la devocion á María; porque esta tierna Madre no permitirá, como nos lo aseguran los Santos, que se pierdan sus hijos, mientras ellos recurran á su pro-

teccion. San Felipe Neri estaba tan persuadido de esto, que continuamente decia á sus penitentes: «Hijos, si quereis morir en el amor de Dios, perseverad en la devocion á María.» Un gran siervo de nuestra augusta Reina, el Beato Alano, fué un dia asaltado de tan violenta tentacion, que se puso en peligro de sucumbir á ella y perderse, por no haberse encomendado á María. Hallándose en este peligro, se le apareció esta amable pretectora, y le reprendió porque no la habia llamado en su socorro, diciéndole: «Si me hubieras invocado al principio de la tentacion, no te hubieras visto en tanto peligro.» ¡Oh María! yo tomaré para mí tan preciosa leccion, y así en todas mis necesidades recurriré á vos sin tardanza, y espero que ni una sola vez dejareis de protejerme.

Pero sobre todo, lo que nos debe hacer comprender las grandes ventajas que

se nos seguirán de ser devotos de **María**,
es el considerar los grandes bienes con
que enriquece nuestras almas. En efecto,
la devoción á **María** atrae sobre los que
la profesan tantos tesoros de gracias, que
no es difícil concebir que las mas precio-
sas bendiciones del cielo están reservadas
para los verdaderos siervos de esta augusta
Reina. Queriendo hacer ver un devoto
predicador la diferencia que hay entre los
que honran verdaderamente á **María**, y
los que miran con indiferencia su culto,
dice: ¿A qué compararé yo el hijo de **Ma-
ría**? Yo le compararé á un hermoso dia
de la primavera, en que el cielo claro y
despejado deja al sol la libertad de lanzar
sus rayos dorados sobre la superficie del
globo, y de derramar sobre la tierra el
calor vivificante que la anima y fecundi-
za; le compararé á uno de esos hermosos
dias, en que los árboles, vestidos de ver-
de follaje y cubiertos de flores, alegran

con la esperanza de una cosecha abundante; la compararé á uno de esos hermosos dias, en que esas pepueñas criaturas que Dios ha criado para ser los habitantes de los aires, con sus cantos melodiosos traen á la memoria del que sabe meditar, los dulces conciertos que dan los Angeles en la Jerusalem celestial; en una palabra, yo le compararé á uno de esos hermosos dias, en que todo alegra y nada contrista. Mientras que el que no honra á María, es semejante á un dia de invierno, en que la tierra, cubierta de espesa niebla, no anuncia mas que melancolía y tristeza; en que los árboles, despojados de todo su adorno, no presentan mas que la imágen de la muerte. Tal es, y aun mas grande, la diferencia que se encuentra entre el devoto de María y el que no lo es. ¡Cuánta verdad es, ó María, que vos derramais mil secretas consolaciones en los corazones de los que os aman! Sí.

vos los saciais y embriagais con tantas dulzuras, que ni ellos mismos pueden expresar lo que sienten. Para convencerse de esto, bastará considerar el tierno afecto con que San Bernardino de Sena habla á María: «Dios me es testigo, dice, que si algunas veces me sucede poderme ocupar enteramente de las grandezas de María, aunque no sea mas que por el espacio de una hora, me veo penetrado de tan dulce alegría, y estoy como sumergido en tan profundas delicias, que, menospreciando las vanidades de este mundo, nada desearia yo con tanto ardor, como volar al instante al cielo, si me fuera posible.» Hé ahí como María llena de gozo los corazones de los que se muestran sus verdaderos hijos. Tal vez nosotros mismos hemos recibido en alguna ocasion parte de esos favores; pues para mostrarle nuestro agradecimiento, digámosle con San Gregorio de Neocesarea: «¡Seais bendita,

ó aurora del sol de justicia, flor incomparable, prado odorífero, viña siempre florida, que llenais de gozo las almas de los que os honran y aman! Sí, María, seais por siempre bendita!»

Los santos y devotos siervos de María han inventado mil nombres figurativos, muy propios para significar lo que hace esta tierna Madre por sus hijos.

1.º Lllaman á María la *divina pastora*, y este nombre le conviene muy bien, pues dirigió con tanta perfeccion á Jesus, su amado Hijo, que ha sido llamado *Cordero de Dios*. Pero ¿se podrá llamar pastora esta tierna Madre, con respecto á los hombres? Ciertamente que sí, pues lleva sus hijos á los buenos pastos de la salvacion, para que se nutran allí con los tesoros de la gracia. Y así como una pastora cuida mas particularmente de algunas ovejas de su rebaño, así María cuida de un modo mas especial de aquellos hi-

jos que le son mas afectos ; los consuela en sus aflicciones ; los hace descansar en su regazo ; los acaricia ; los anima , y no hay bien que no les haga. ¡Oh María, divina pastora , a gran dicha tenemos ponernos bajo vuestra cayada ! ¡Miradnos desde ahora como á ovejas vuestras ; apacentadnos , apacentadnos en los fértiles pastos del amor divino !

2.º Los santos y devotos de Maria le dan tambien el nombre de *bella Jardinera*. Esta prudente jardinera no coloca en su jardin mas que plantas escogidas que ella misma cultiva y riega con sus propias manos , para hacerlas producir en abundancia flores y frutos : y á fin de que los animales no entren en el jardin y le destruyan , le ha vallado con una elevada cerca , *hortus conclusus*. La fuente del jardin está sellada , para que no inficionen las serpientes con su aliento emponzoñado sus aguas saludables , *fons signa-*

tus. No es difícil entender lo que se quiere decir con esta comparación. Este jardín significa la devoción á Maria; en él sus verdaderos hijos, como otras tantas plantas espirituales, están tan bien protegidos y resguardados, que nada tienen que temer de los enemigos de su salvación; tan bien cuidados y regados con las aguas saludables que saltan hasta la vida eterna, que no pueden dejar de dar abundante fruto para la bienaventuranza celestial.

A los devotos de Maria se les pueden aplicar aquellas palabras que el Profeta Jeremías dice de los que ponen su confianza en Dios: *Que son semejantes á los árboles plantados á la orilla de las aguas, los cuales, por estenderse sus raíces hácia el agua que las humedece, no tienen que temer del calor del estio: así es que, en todo tiempo, conservan verde su follage; sin que la sequedad pueda perjudicarles,*

ni impedirles que den fruto en todo tiempo.

Un devoto autor hace una admirable esplicacion de aquellas palabras de la Escritura: *Quasi plantatio rosæ in Jericho*; y aplicándolas á los verdaderos siervos de Maria, les dice: *vosotros sois como una plantacion de rosas en Jericó.* Porque así como el sitio mas delicioso de un jardin es el que está plantado de rosales, á causa del hermoso efecto que producen, y del suave olor que exhalan las rosas, así tambien los hijos de Maria son los que, entre todos los cristianos, hermosean y hacen mas vistoso el jardin del Señor, que es la Santa Iglesia, y los que mas la embalsaman con el suave olor de sus virtudes. Escuchad, y llenos de gozo, oh hijos de Maria: los que no sirven á esta Reina, son como agudas espinas que punzan y lastiman; pero vosotros, que poneis vuestra dicha en venerarla, sois co-

mo hermosas rosas que recrean admirablemente á esta dulce Virgen.

3.º Tambien se puede comparar Maria al pelicano. El pelicano es un ave que , segun dicen , se hace una incision debajo de un ala , para alimentar sus hijos con su sangre. Así tambien, esta amable Madre abre su seno á sus hijos, para comunicarles con abundancia las gracias de que está llena : y es tal la fuerza y vigor que reciben con este socorro de Maria , que ya no temen las criaturas; ni pierden un solo instante la paz de sus almas , porque saben que esta amorosa Madre vela continuamente sobre sus hijos.

Es tan grande la confianza que algunos devotos de Maria tienen en ella, que ni aun casi temen ya nada por su salvacion: imitando en esto á varios santos que pusieron su salvacion en las manos de Maria , no dudando que esta Virgen

fidelísima haria , la alcanzasen como lo deseaban : y era tal su confianza que aseguraban, que una vez que no dejasen de invocar á Maria , estaban tan seguros de ir al cielo, como si ya estuviesen en él. Aun mas , no solamente estuvieron como ciertos y seguros los devotos de Maria de ir al cielo, sino que además esperaban encontrar en él una rica corona. Hé aqui el motivo y fundamento de tan dulce esperanza. Como estos santos sentian un vivo deseo de conseguir los bienes eternos, buscaron el mejor medio posible para aumentar las riquezas que tiene Dios reservadas para sus escogidos en la patria celestial. Inspirados, sin duda, por el Espíritu Santo , pensaron que no podian hacer mejor cosa que ofrecer á Dios sus acciones por manos de Maria , bien persuadidos de que , siendo presentadas sus oraciones y obras buenas, por manos tan puras , no dejarian de ser muy agrada-

bles á Dios , y tener grande recompensa, por imperfectas que fuesen en sí mismas. Así se esplica á este propósito un gran siervo de Maria. «Esta benéfica Madre, dice, despues de haber recibido las buenas obras que le presentan sus hijos, las purifica, hermosea y hace que sean recibidas por su Hijo.» Las purifica de todas las manchas que tengan; porque es muy raro que nuestras acciones, aun las mas santas, no estén dañadas por algun pensamiento de amor propio. ¡Ay de la vida mas santa, dice San Agustin, si vos, Dios mio, la examinais sin misericordia! Y si esto es así de las acciones virtuosas de los santos, ¿qué será de las nuestras? Los hijos, pues, de Maria, recurriendo á este secreto conocido de pocos, ponen sus acciones en manos de su buena Madre; y como estas manos virginales purifican cuanto tocan , apenas las acciones de sus hijos se hallan entre ellas, pierden todo

lo que pudiera hacerlas inacceptables, y quedan en estado de poderlas presentar y ser recibidas de su hijo. Aun hace mas esta Madre compasiva; pues no contenta con purificar lo que haya de imperfecto en las acciones que le presentan sus hijos, lleva su bondad hasta adornarlas con sus propios méritos y virtudes. ¡Oh cuán bellas y cuán preciosas son entonces á los ojos de Jesucristo, á quien ella las ofrece! Para que esto se entienda mejor, nos valdremos de una comparacion que lo aclarará bien.

Un pobre labrador desea grangearse la voluntad y estima del Rey. Para lograrlo quiere hacerle un presente; pero no tiene otra cosa que ofrecerle, mas que una manzana. El conoce muy bien que ofrenda tan mezquina no es digna de la magestad real. ¿Qué hará en este caso? Ved aquí lo que hará. El ha oido decir, que la Reina está pronta y dispuesta á favorecer á

todos los que recurran á ella , pidiendola su proteccion : con esto , va á verla , y la suplica que presente ella misma la manzana al Rey. La Reina, para realzar el precio del regalo, toma la manzana, la pone en una salvilla de oro, y con sus propias manos la presenta al Rey de parte del pobre labrador. El Rey, por la pieza de oro, y mucho mas por atencion á la Reina, recibe con gusto el regalo, favorece al pobre labrador y le llena de bienes.

De este modo, Maria, despues de haber purificado y hermosteado con sus propios meritos las acciones de sus hijos, las presenta con sus benditas manos á su divino Hijo; y nuestro benigno Salvador, por atencion á su santa Madre, las recibe con gran satisfaccion, y señala á cada una de ellas una rica recompensa. Tal es el principio en que fundan los hijos de María la gran confianza de que hallarán, á su muerte, grandes riquezas en el cielo. ¿No de-

beria bastar esta sola consideracion para hacer conocer á los cristianos las grandes ventajas que acarrea la devocion á María, y para moverlos á ofrecer sus acciones por medio de sus santísimas manos? En verdad que hay pocas almas que conozcan este gran secreto de enriquecerse en poco tiempo para la eternidad. ¡Dichosos los que la pongan en práctica! ¡Qué hermosa, qué rica, qué brillante corona les espera en el cielo!

Despues de haber considerado los inmensos bienes que nos acarrea la devocion á María, ¿podremos no deplorar la triste suerte de tantas almas que, por no conocer á María, se ven privadas de las inestimables ventajas que se siguen del culto que se dá á esta augusta Soberana? ¡Qué no nos sea dado poder instruir á los que, imbuidos en las falsas doctrinas de la heregía, cierran con obstinacion sus corazones á todo sentimiento de devocion

para con la amabilísima Madre de nuestro Redentor! Si al menos quisieran , en medio de las dudas que los agitan, empezar á invocar á María, aunque no fuera mas que con la salutacion angélica , repetida tres, ó cuatro veces al dia, con verdadero deseo de instruirse y seguir la verdad desde el momento en que se les manifestase, oh! y como esta Madre de misericordia, satisfecha con este primer paso, les alcanzaría de su querido Hijo uno de esos rayos de luz que disipan el error , y dan bastante fuerza para hacer entrar con generoso esfuerzo en el camino, fuera del cual se busca en vano la verdadera felicidad. ¡Cuántos fervorosos cristianos, que habian nacido fuera de la verdadera Iglesia , son el dia de hoy, por su piedad, la glória de la religion! Si les preguntais la causa de su conversion, os responderán sin vacilar, que se la deben á María. Pero lo que hay mas digno de admiracion es, que esos hombres , que ante

de su conversion, no podían oír hablar de María, porque no creían en su poder y valimiento para con Dios, ni en su gran misericordia para con los hombres, son ahora los mas celosos devotos de esta tierna Madre. Vos, Dios mio, lo permitis así, para que su ejemplo mueva á los que viven en el error, a que se valgan de los mismos medios para llegar al mismo fin.

Mas no derramemos nuestras lágrimas solamente por los que viven en la heregia. ¿No deberemos gemir tambien por la triste suerte de los que, profesando la verdadera fé, viven sin tener devocion á María? Todos los dias ven los fieles postrados á sus altares; oyen referir la multitud de milagros obrados en favor de los que la invocan, y con todo, no salen de su culpable indiferencia. Y ¿que resulta de ahí? Que su vida por lo ordinario no es mas que un tejido de pecados. Sin tener en cuenta los preceptos de Dios y de su Igle-

sia, pasan su vida en un total olvido de lo que debería obrar su salvacion.

¡O almas infortunadas, no endurezcáis por mas tiempo vuestros corazones, dejad el camino de la iniquidad! Recurrid sin dilacion á María, y esta amorosa Madre volverá á vosotros sus ojos misericordiosos, os reconciliará con su Hijo, hará que experimenteis los efectos admirables de su proteccion, y bien pronto vuestra alma será inundada de tan dulce alegría, que no podreis menos de publicar, cuan grandes y preciosas ventajas trae consigo la devocion á María.

Por lo que hace á vosotras, almas fervorosas, que os gloriais de estar consagradas á María, y tantas veces habeis probado cuán dulce es honrar á esta tierna Madre, gozaos, gozaos en vuestra dicha; fortificaos mas y mas en la verdadera devocion de María. Perseverad algunos dias mas, é

¡reis á gozar en la felicidad eterna del dulce fruto de vuestra devocion.

EJEMPLO.

El ejemplo siguiente nos hará ver cuán dichosa es la muerte de los que han sido fieles siervos de María; y por el contrario, cuán desgraciada la de los que no han honrado á esta augusta Reina.

Habiendo sido llamado un cura de un pueblo para que fuese á asistir á un hombre rico que se estaba muriendo, voló allá al instante. El enfermo vivía en una hermosa casa, y la habitacion estaba magníficamente amueblada; una multitud de parientes, amigos y criados le hacian compañía, y servian con el mayor esmero; pero, ¡cosa horrible! el ministro del Señor vió una multitud de demonios que, en figura de perros negros, esperaban el alma del rico moribundo para llevarla al infierno, como

lo hicieron ; porque el infeliz murió en estado de pecado mortal. Si hubiera sido devoto de Maria en su vida, esta buena Madre le hubiese asistido en su muerte, hubiese echado de su lado á los demonios, le hubiese alcanzado la gracia de recibir dignamente los últimos sacramentos, y hubiese llevado su alma al cielo ; pero por haber desconocido este poderoso socorro de los cristianos, vivió mal, y murió peor, pues murió réprobo. ¡Qué suerte tan funesta! Mientras que el Sacerdote hacia todo lo posible para arrancar aquella alma de las garras de Satanás, vinieron á avisarle, que fuese pronto á administrar los últimos Sacramentos á una pobre muger que se estaba muriendo; el cura, por no abandonar aquel rico que se hallaba con tanta necesidad, encargó á otro sacerdote que fuese á asistir á aquella pobre muger. Este fué prontamente á casa de la moribunda; allí no se veian mue-

bles preciosos, ni criados, pues la pobre enferma no tenia por cama mas que un poco de paja. Mas su miserable habitacion estaba llena de claridad; y junto á la enferma estaba sentada la Madre de Dios, limpiándole el sudor de la frente con un paño muy fino. El Sacerdote, viendo á la Santísima Virgen, no se atrevia a entrar; pero María le hizo una seña de que entrase, y le mandó sentar junto á su sierva para que la confesase. Concluida la confesion, le administró el Viatico, y poco despues, espiró dichosamente en los brazos de María. (S. Alfonso de Ligorio.)

ORACION.

Oh María! Desde lo alto del cielo, donde morais circundada de gloria, echad una mirada miserisordiosa sobre el mas pequeño de vuestros hijos, que postrado á vuestros pies, implora vuestra proteccion.

Animado de un vivo deseo de dirigiros alguna oracion que me granjee para siempre el afecto de vuestro corazon, os diré con uno de vuestros mayores siervos: ¡Oh Señora mia! vos que sois el mayor consuelo que recibo de Dios; vos que sois el único rocío celestial que me refrigera en mis penas; vos que haceis caer en mi corazon la divina lluvia, cuando se halla en sequedad; vos que sois la luz de mi alma, cuando se ve rodeada de tinieblas; vos que sois mi tesoro en mi pobreza, medicina en mis enfermedades, y consuelo en mis lágrimas, hacedme digno de participar en el cielo del regocijo inefable que teneis de gozar de la compañía de vuestro divino Hijo. Sí, Señora mia, mi refugio, mi vida, mi socorro, mi esperanza, mi fuerza y mi dicha; concededme la gracia de que participe en el cielo de los dones eternos é incomprensibles de Dios. Amen.

LECTURA**PARA EL DIA NOVENO.****EN QUE CONSISTE LA VERDADERA
DEVOCION A MARIA.**

Por lo que se ha dicho en la lectura anterior, parece debemos quedar bien convencidos de que la devocion á la Santísima Virgen lleva al cielo y asegura en él grandes tesoros á los que la profesan. Sin embargo, no debemos ignorar que así como hay una devocion santa para con María, que es un fecundo manantial de toda suerte de bendiciones para el alma y para el cuerpo, para esta vida y para la otra; tambien existe otra vana é ilusoria, que no da esperanza alguna para la eternidad, porque no siendo accepta á María, no puede recompensarla. Es, pues, de su-

ma importancia saber en qué consiste la verdadera devocion de María, para abrazarla con santo celo; y conocer la falsa, para evitarla con todo cuidado. Tres son los actos que caracterizan la verdadera devocion de María, y la ponen a cubierto de toda ilusion: estos tres actos, que son el respeto, la confianza y el amor, bien practicados, conducen á la imitacion de sus virtudes, que es el fruto que se debe sacar de esta devocion.

I. *Respeto que debemos tener á María.* El respeto que se le debe á una persona, es proporcionado al rango que ocupa. Todos saben que mas se honra y se respeta á un Rey y á una Reina, que á un hombre y a una muger del comun del pueblo. Estando María elevada por razon de su eminente dignidad de Madre de Dios, y Reina del cielo y de la tierra, sobre todo lo mas grande y encumbrado que hay despues de Dios, no se puede du-

dar que le debemos tener un respeto que exceda infinitamente, no digo al respeto que se debe tener á los mayores reyes de la tierra, sino aun al que debemos tener á los Angeles y mayores Santos del cielo.

Considerad el respeto con que uno de los primeros Arcangeles se presenta á María, al venirla á preguntar de parte de Dios, si quiere consentir en ser Madre del Redentor prometido á los hombres. Mirad como se inclina delante de ella. ¡Con qué palabras tan humildes la saluda! ¡Qué alabanzas le da! Y ¿es de maravillar que los Angeles y Santos tengan tan gran respeto á María, cuando vemos que no se desdénó el mismo Hijo de Dios de humillarse hasta el extremo de obedecerla y servirle? Y si los Angeles y Santos, en su estado de gloria se abaten y se inclinan profundamente ante su augusta Reina, ¡con cuánta mas razon debemos respetarla nosotros que nos hallamos en un esta-

do de humillacion! Mirémonos como pura nada en su presencia, sobre todo cuando nos ponemos á sus pies para esponerle nuestras súplicas: todo en nosotros debe hacer ver entonces el respeto que le tenemos: nuestro corazon, con sentimientos humildes y sumisos; nuestro cuerpo, con una postura modesta y devota. Que el respeto que tengamos grabado en lo íntimo de nuestro corazon para con esta Reina del mundo, nos escite á celebrar con santo celo sus fiestas, y nos dé animo para publicar, segun nuestra posibilidad, sus alabanzas y grandezas. Aun no basta esto: el respeto que tengamos á María, nos debe impulsar á declararnos altamente por sus devotos siervos. Y bajo este título, debemos, como nos exhorta un devoto autor, darle un culto exterior que la honre delante de los hombres. Y ¿qué cosa nos podrá impedir declararnos públicamente por María? Dios la ha eleva-

do á lo mas alto de los cielos; la ha coronado con sus propias manos, y ha hecho célebre su nombre por toda la tierra; ha prodigado los milagros para atraerle la veneracion de los pueblos, y ¿no la honrariamos nosotros mas que en las tinieblas? ¿y nos averguzariamos de servirla? ¡Ah! cuán indigna seria semejante cobardía por parte de un siervo de esta augusta Reina! Desterremos, pues, de nosotros todo temor; arrodillémonos públicamente al pie de sus altares; y para dar pruebas nada equívocas de nuestra consagracion á María, entremos, si no lo hemos hecho ya, en alguna de las cofradías erigidas en su honor, como la del Rosario, la del escapulario del Cármén, ó cualquiera otra á que nos sintamos movidos interiormente. Que desde este momento llevemos siempre con nosotros el rosario y el escapulario, como armas poderosas contra el espíritu de tinieblas,

que ha puesto María en nuestras manos para vencerle. Al respeto juntemos la confianza.

II. *Confianza que debemos tener en Maria.* Si la sublime elevacion de Maria exige nuestro respeto, la extrema bondad con que se sirve de su valimiento para favorecernos, debe animar nuestra confianza.

Para que no pongamos en vano nuestra confianza en una persona, nos debemos asegurar de antemano de que posee dos cualidades; la primera, que nos puede conceder todo lo que le pidamos; la segunda, que tendrá el mayor gusto en satisfacer nuestros deseos. La Santísima Virgen posee estas dos cualidades en supremo grado: de aqui es, que podemos recurrir á Maria en todas nuestras necesidades, bien persuadidos de que seremos oidos, si lo que pedimos nos es conveniente. ¿De dónde viene, oh Maria,

que todo el mundo vá á post:arse á vuestros pies, sin temor de ser desatendido ó desoido , y recurre á vos como á puerto de salvacion? Es porque vos mostrais continuamente con los innumerables beneficios que concedéis, que sois la dulzura misma para compadeceros de nuestras miserias , y que no usais de vuestro poder mas que para socorrernos. Lo único que debemos temer en las súplicas que dirigimos á Maria, es la falta de confianza; porque pensar que no escuchará nuestras oraciones á causa de nuestra indignidad, es hacer injuria á su misericordia, la cual, para alcanzarnos favores, no mira á nuestros méritos , sino á nuestras necesidades. Pensar que no oirá nuestras peticiones por razon de que la gracia que pedimos es demasiado grande , es hacer injuria á su poder, y limitar el valimiento que tiene con Dios para hacer bien á los hombres. San Bernardo , exhortando

á sus religiosos á que tuviesen una grande confianza en Maria, les dice: «Hijos míos, recurrid con confianza á Maria; porque no encontrareis en ella mas que dulzura. Ella es la escala del cielo, por la cual bajó Dios á los pecadores, para hacer subir los pecadores á Dios; ella es mi grande confianza, y el único apoyo de mi esperanza.» Estaba tan persuadido este santo de que Maria no se niega jamás á los que la invocan con confianza, que se atreve á decirla: «Yo consiento, el que no able, ó Virgen Santa, de vuestra misericordia aquel que, habiéndoos invocado, no haya sido oído.»

Tal vez alguno, al leer esto, se sentirá tentado á decir: pues yo la he invocado en varias ocasiones, y no he sido oído: yo le he pedido la salud de un enfermo, y sin embargo murió; yo le he pedido me libre de una tentacion, y no me veo libre de ella; le he pedido la conversion de un pe-

cador, y aun no se ha convertido; ¿cómo, pues, se asegura que puede uno estar cierto de ser oído, cuando se pide alguna gracia por medio de María? Séame permitido responder, para reparar el ultrage que, con semejantes quejas, se hace á la misericordia de María. Decis que Maria no os ha oído; pero ¿no será eso porque no habeis pedido con confianza, la cual es tan necesaria para que la oracion tenga su efecto? Os quejais de que la muerte se ha llevado un enfermo cuya salud habiais pedido; mas ¿quién os ha dicho que no fuese mejor para él morir que vivir? Y si vuestras súplicas presentadas á Dios por Maria le han merecido el cielo, ¿direis que eso es no ser oídos? Añadís, que estais continuamente atormentados de tentaciones vehementes, á pesar de haber pedido ser librados de ellas; mas si esas tentaciones, con los motivos que os dan para confundiros y hu-

millaros, os impiden caer en el vicio de la soberbia que os precipitaria en el infierno ; y por otra parte , suministrándoos un medio para alcanzar grandes victorias , aumentais los méritos para el cielo , ¿no sois asi mejor oidos que si se os concediese lo que deseais? **Y** ¿teneis en nada la gracia de no haber consentido en las tentaciones, ó de no haber consentido tantas veces como lo hubierais hecho sin la proteccion de Maria? ¿No es gran favor , y gracia muy especial ese deseo que teneis de vivir mas santamente ; deseo que os alcanza Maria con sus ruegos, para que os impida dormiros en el sueño de la muerte, y os conduzca al término que deseais , que es de vivir únicamente para Dios? Aun teneis otra queja, y es la de no haber alcanzado la conversion de un pecador, por el cual habeis rogado; y yo os respondo : perseverad rogando por él, y esperad con confianza ; quizá no se

convertirá sino en el artículo de la muerte; y si así sucediese ¿no habreis sido bien oído, con haber arrancado un pecador al infierno, y haberle llevado al cielo? Yo quiero suponer también que no se convierta ese pecador; no por eso serán perdidas las oraciones que hayais hecho; pues de todos modos contribuirán á vuestra santificación, y acaso servirán también para la conversión de otros pecadores, en los que vos no pensábais, y á los cuales habrá querido Maria aplicarlas. Por lo dicho, podeis conocer claramente que nunca os debeis quejar de que Maria no os ha oído, aunque no veais muchas veces el efecto de vuestra oración. Tengamos, pues, por verdad cierta y asentada, que Maria nos oye siempre, cuando acudimos á ella con confianza. Ahora nos resta saber qué cualidades ha de tener esta confianza.

1.º La confianza que hemos de tener

en Maria ha de ser *firme*, es decir, que no ha de haber cosa que nos la haga perder, ni la prosperidad, ni la adversidad, ni los insultos de los hombres, ni las tentaciones de los demonios, ni las penas interiores con que Dios prueba á algunas almas. Prometamos á Maria estar siempre firmes en esta confianza, diciéndole : Nada, Soberana mia, nada será capaz de hacerme perder la confianza que tengo en vos.

2.º Esta confianza ha de ser *universal*, es decir, que debemos acudir á Maria en todas nuestras necesidades, como un hijo acude á su madre en cuanto necesita y le hace falta. De consiguiente debemos recurrir á ella en nuestras enfermedades, para que sea nuestra medicina; en nuestras aflicciones, para que nos consuele; en nuestras dudas para que nos instruya; en nuestras caidas, para que nos levante; en nuestra tibieza, para que nos dé fervor; y

en nuestro fervor, para que nos le conserve y aumente. La misma Iglesia es quien nos enseña á que recurramos de este modo á María; pues nos exhorta á que le pidamos nos libre, no de un solo mal, sino de todos; y que nos alcance, no solo un bien, sino todos juntos: *mala nostra pelle, bona cuncta posce*. Luego en todo tiempo, y en todas las necesidades debemos recurrir á la proteccion de María. Y aunque en todas nuestras necesidades debemos hacerlo así; pero en cuatro casos debemos recurrir á María de un modo mas especial: y sea el 1.º, cuando nos vemos acometidos de alguna grave tentacion, para que nos alcance la gracia de no caer en ella. Este recurso á María en las tentaciones es un medio seguro para vencerlas; porque, como dice San Bernardino de Sena, María es la Señora de los demonios, *Dómina daemonum*. Oh! ¡Cómo se llenan de terror estos enemigos al

solo nombre de María! Dice Santa Brígida en sus relaciones, que cuantas veces un cristiano, que se halla tentado, invoca á María, otras tantas quedan atemorizados los demonios, y que á la menor señal de María huyen temblando; porque los tormentos del infierno les son mil veces menos dolorosos que experimentar el poder de María. Cuando el demonio procura hacernos caer en alguna tentacion, debemos hacer, dice Santo Tomas de Villanueva, como los pollitos que, en viendo el milano, corren á refugiarse bajo las alas de su madre. Asi nosotros debemos entonces refugiarnos bajo el manto de Maria. Y vos, continúa el Santo, dirigiéndose á Maria, jamás dejais de protegernos, porque, despues de Dios, sois nuestra única esperanza. 2.º Debemos recurrir con especialidad á Maria, cuando nos disponemos para recibir el sacramento de la penitencia. En este sagrado Tribunal se trata del gran nego-

cio de nuestra eternidad. El número de los que se salvan es muy corto, porque hay pocos que reciban el sacramento de la penitencia con las debidas disposiciones. ¿Podríamos hacer mejor uso de nuestra confianza en Maria, que suplicándole nos alcance las disposiciones necesarias para que, al recibir la absolucion del sacerdote, queden perdonados todos nuestros pecados? 3.º Debemos recurrir con especialidad á Maria, cuando vamos á comulgar. No nos olvidemos que Jesucristo, en la Santa Eucaristía, es el fruto del casto seno de la Santísima Virgen. El mayor deseo de esta buena Madre es darnos á su Hijo, ¿cómo se podrá negar á ayudarnos para que le preparemos en nuestros corazones una digna habitación? Es admirable y hermosa la reflexion que hace S. Buenaventura á este propósito. «Cualquiera que desee poseer á Jesus, búsquele, dice, por Maria; porque la

planta, que es Maria, le dará el fruto, que es Jesus.» Y añade despues: »Si quereis cojer esta flor, procurad bajar hácia vos la rama.» Si tuviéramos cuidado de encomendarnos bien á Maria, cuantas veces nos disponemos para comulgar, ¡qué abundancia de frutos espirituales sacariamos de este adorable sacramentol «Yo confieso, dice un devoto de Maria, que cuando pienso que en el sagrado Tribunal de la penitencia se juzga y sentencia el gran negocio de mi salud eterna, me lleno de temor por si no le recibo con las debidas disposiciones; pero mi temor se aumenta cuando pienso en la terrible cuenta que tendré que dar por cada comunion que haya hecho. Y ¿quién no temblará oyendo decir á San Pablo, que *el que comulga indignamente se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; pues come su juicio, y bebe su condenacion?* IDios mio, qué será de mí! Sin embargo,

no puedo menos de confesar que no tengo los mismos temores por lo que toca á las absoluciones que he recibido, y comuniones que he hecho, después de haberme encomendado bien a María; porque no puedo creer que, siendo tan benigna y llena de bondades esta tierna Madre, haya permitido que recibiese estos sacramentos con mala disposición, y encontrase la muerte donde, le rogaba, me hiciese hallar la vida.» Desde este momento propongo, oh María, que en lo sucesivo os he de invocar con el mayor fervor, cuantas veces me disponga para recibir estos dos sacramentos, a fin de que, por vuestra santa protección, sean para mí un manantial de toda suerte de bendiciones. 4.º La cuarta circunstancia en que debemos recurrir a María con grande confianza, será cuando nos hallemos en peligro de muerte. Quizá nos veremos asistidos en aquellos últimos

momentos por personas virtuosas que nos exhortarán á que recurramos con frecuencia á María; y esta será una grande dicha. Pero haya ó no haya quien nos exhorte á recurrir con confianza á María, no nos olvidemos de hacerlo, sea cual fuere la violencia de la enfermedad. María no exige largas oraciones de los que se ven agobiados del peso de la enfermedad: el deseo del corazón, una simple invocacion, repetida con frecuencia, si se puede, es todo lo que pide á sus hijos, como se prueba por el caso siguiente, estando peligrosamente enferma Santa Gertrudis, se afligia, porque, á pesar de los esfuerzos que hacia, no podia decir un *Ave Maria* entera. Todo lo que podia hacer era repetir á menudo estas palabras: *Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo.* En esto, se le apareció la Santísima Virgen, cubierta de un magnífico manto sembrado

de muchas flores de oro , y le dijo: que aquellas flores de oro que adornaban su manto , eran las Ave Marias que habia rezado; y que estaba muy contenta y satisfecha de su confianza , y de la fidelidad que habia tenido en invocarla del modo que habia podido. El demonio hará entonces cuanto pueda por perdernos ; pero no tendremos que temer , si Maria nos protege. Pero si no la llamamos en nuestro socorro, es mucho de temer que, vencidos por el poder de Satanás , muramos en pecado! Pero no, no será así, porque nosotros os invocaremos , oh Maria, con entera confianza, y vos sereis fiel en asistirnos y hacernos triunfar de nuestros enemigos. Tal será, ó María, la confianza universal que tendré de aquí en adelante en vos; y con esta confianza pasaré sin temor por todos los peligros de la vida, y llegaré felizmente al puerto de la felicidad eterna.

3.º La confianza que hemos de tener

en María, ha de ser *continua*, es decir, que no basta recurrir a ella, cuando tenemos necesidad de su proteccion, ó en ciertas festividades; sino en todo tiempo, todos los dias, y muchas veces al dia, pronunciando su santo nombre con frecuencia, como hacia un devoto suyo, que habia hecho el proposito no de dejar pasar ninguna hora del dia sin pronunciar el santo nombre de María y encomendarse á su proteccion. San Estanislao de Kostka pedia á María su bendicion al principio de cada accion, pero sobre todo, por la mañana al levantarse, y por la noche al acostarse. Hagamos una promesa como esta á María, y digamosle: Nosotros tambien, ¡oh amorosa Madrel os prometemos invocaros á cada hora del dia, y ofrecer á Dios, por medio de vuestras benditar manos, nuestras acciones, para merecer así vuestra poderosa proteccion. Tal es el segundo caracter constitutivo de la verda-

dera devocion para con María. Pasemos al tercero que es:

III. *Amor que debemos tener á María.* El amor á María, dice un devoto autor, es uno de los mas preciosos dones de la gracia, pues es una de las tan seguras, como mas dulces señales de predestinacion. Siendo María la Madre de los predestinados, los que tienen la dicha de ser de este número, deben sentir necesariamente para con ella un amor de hijos. Queriendo el Señor que María sea amada de los hombres, nos ha manifestado la hermosura de su alma, llamandola: *su querida, su esposa, su paloma, su única, su perfecta.* Si es verdad que los Santos del cielo reciben su belleza del mismo Dios que les comunica su hermosura increada, segun la medida de sus méritos, qué belleza tan encantadora no comunicará a su santa Madre, que, por estar sentada junto á su mismo trono, debe brillar casi con el

mismo resplandor con que brilla él mismo? Parece que David nos quiso dar una idea de esta brillante hermosura, cuando dice en un Salmo: *Astitit Regina á dextris tuis in vestitu deaurato*. La Reina del cielo, cubierta de un vestido dorado, está sentada al lado del Rey, su Hijo. A esta encantadora hermosura de María vienen á unirse sus bellas cualidades personales para movernos mas eficazmente á amarla. Cosa dificultosa seria querer numerar las virtudes que decoran el alma de María. San Ambrosio lo ha comprendido todo en dos palabras, cuando dice, que María es un modelo de toda perfeccion. Hay dos virtudes que entre las demás, cautivan principalmente el amor; estas son la dulzura y la humildad. Pues estas dos han brillado con tanta perfeccion en la augusta Virgen, que la Iglesia hace mencion de ellas en muchas de las oraciones que le dirige. Si la dulzura es la que po-

see el secreto de ganar los corazones ¿con qué amor tan tierno no debemos amar á María que es la misma caridad, dulzura, bondad, misericordia y amor?

Pero lo que mas nos debe inflamar en su amor, es la consideracion de los beneficios que hemos recibido y recibimos todos los dias por su mediacion. En efecto, ¿no es María la que, por su Hijo, reparó todos los males que nos habian causado nuestros primeros padres? ¿No es María quien nos ha dado á el Salvador, y con esto nos ha devuelto el derecho que habiamos perdido, de ir al cielo? «María, dice San Anselmo, ha merecido por la santísima pureza de su corazon, venir á ser la dignísima reparadora del mundo perdido. Por esto, jamás podrá comprender este mundo que ha reparado ella, el honor y alabanzas que debe darle por este inefable beneficio que le ha hecho.» Si recibimos en nuestro corazon á Jesucris-

to, nuestro amado Redentor, que es la mayor consolacion que podemos tener en este destierro, ¿no es á María á quien se lo debemos? Siendo, pues, estos beneficios generales á todos los hombres, ¿no debemos mirar como monstruos de ingratitud á aquellos que viven sin amar á María? ¡Que no tenga yo á mi disposicion, oh Madre mia, los corazones de todos los hombres, para consagraroslos todos, con todos sus afectos!

Además de estos beneficios generales que ha hecho María á todos los hombres ¡cuántos otros alcanza todos los dias á cada uno de nosotros en particular! Como está continuamente ocupada en nuestros intereses, añade beneficios sobre beneficios para probarnos lo mucho que nos ama. ¡Qué celo, qué caridad, qué compasion! ¡Qué atencion y cuidado en prevenir muchas veces nuestras súplicas! ¡Procura perdernos el demonio? Pues Ma-

ría pelea con nosotros, hace que triunfemos, y nos deja el premio de la victoria. Si está Dios irrito contra nosotros, aplaca ella su ira; si tiene levantado su brazo para descargarle sobre nosotros, ella se pone de por medio para detener el golpe; si somos pecadores, escusa nuestras culpas; si somos penitentes, presenta á Dios nuestro arrepentimiento y nuestras lágrimas; si somos justos, exalta nuestras buenas obras. Su solicitud se estienda también á nuestros cuerpos: ¡de cuántos infortunios y desgracias nos preserva! Siendo María la que nos alcanza esa multitud de gracias que nos vienen del cielo, ¿no se puede decir con toda verdad, que si no hemos sido precipitados en los brazos del fuego eterno se lo debemos á María? ¡Oh Señora mial si no hubiera sido por vos, ¡quizá estaríamos á esta hora sumergidos en los fuegos eternos! ¿Qué

tributo de gracias os podremos dar por tantos beneficios?

¡Con qué amor tan encendido amaron los Santos á María, por haber comprendido bien estas verdades! Se pregunta á San Luis Gonzaga, si ama á María, y da esta bella respuesta: «Cuantas veces oigo pronunciar su santo nombre, siento palpar mi corazón con mas fuerza que de ordinario.» Se hace la misma pregunta á San Estanislao de Koska, y responde: «¡Ah! si la amo! Es mi madre, ¿qué mas puedo decir?» ¿Hay ni un solo Santo en el cielo que no haya amado á María? No. Y aun se ha visto que aquellos Santos que han florecido con mayor santidad, han sido los que han dado mayores muestras de amor á María; ordenándolo así Dios, para que, viendo los fieles que el amor de María hace tan grandes Santos, se animen á imitarlos para poder alcanzar la misma recompensa. Confesemos con rubor y

confusion, que no hemos amado á María como debíamos haberlo hecho, apesar de que nos ha colmado de beneficios: prometámosle la enmienda para lo sucesivo, y repararemos nuestra ingratitud pasada con tenerla un amor mas encendido. ¡Oh! ¡cuán grande verdad es que, despues de Dios, vos, ó María, mereceis todo nuestro amor! Mil corazones que tuvieramos, aun serian pocos para amaros como es debido, y mil lenguas no bastarian para daros gracias por todos los beneficios que nos habeis hecho. Querubines y Serafines, Angeles, Santos del cielo y justos de la tierra, ayudadme á amar á María; ayudadme á publicar cuán digna es de ser amada María; ayudadme á darle gracias que sean proporcionadas á los beneficios que de ella he recibido.

Como la mejor prueba que podemos dar á María del amor que le tenemos, es imitar sus virtudes, tengamos continua-

mente fijos nuestros ojos en la vida perfectísima de esta amorosa Madre, y hagamos los esfuerzos posibles por imitarla en todas nuestras acciones, de modo que sea nuestra vida como una copia de las perfecciones de esta Virgen sublime. ¡O Maríal ayudadnos en esta santa empresa, llevadnos en pos de vos al olor de vuestras virtudes, y no nos dejéis hasta introducirnos en el cielo. Reinad como soberana en nuestros corazones: todo cuanto somos y tenemos es vuestro; haced que os obedezcamos en todo, á fin de que, siendo dirigidos por vos, nuestros pensamientos, deseos, palabras y obras sean conformes á los vuestros, y redunden en gloria y alabanza de vuestro divino Hijo.

He ahí las principales señales por donde podemos conocer, si la devocion que tenemos á Maria, es bien sólida. ¿Le tenemos un profundo respeto, una entera confianza, un amor puro y sincero, que

nos mueven é impelen á hacer todos los dias algunos esfuerzos por emitir sus virtudes? ¡Ah! entonces alegrémonos; porque para nosotros están dichas aquellas palabras de los Santos que tanto alientan y consuelan: *Es imposible que un verdadero devoto de María se condene.* Pero si por el contrario, somos de aquellos que hacen consistir la devocion á María solo en algunas practicas exteriores; que se valen de esta devocion para pecar mas libremente, diciendo que no permitirá María se condenen, pues que la rezan un rosario, ú otra oracion, han entrado en alguna de sus cofradias, ó cumplen con fidelidad algunas observancias piadosas que se han impuesto para honrarla: digo que si somos del número de esas almas así obcecadas, no nos hagamos ilusion; las magnificas promesas hechas para los verdaderos devotos de María, no hablarán con nosotros, porque esta devocion á la

Reina del cielo seria vana é ilusoria. Podemos. es verdad, si nos hallamos esclavizados de malos hábitos, por inveterados que sean, suplicar a **María** que nos socorra y ayude á romper nuestras cadenas; no podiamos hacer cosa mejor que esta, y quizá es el unico medio que nos queda para volver á Dios. Pero no procurar hacerse violencia para triunfar de sus malos hábitos; querer contentar sus pasiones, vivir una vida sensual é inmortificada, y despues de esto prometerse que no se morirá en pecado, ó que la misericordiosa **Madre de Dios** nos alcanzará una santa muerte, aunque nuestra vida haya sido poco cristiana, eso es pedir milagros; que, no solo no nos son debidos, sino que es de creer no se nos concederán; porque, de otro modo, si se pudiera contar con esos milagros de conversion, habria que decir, que la devocion á la **Santísima Virgen** favorece la vida criminal. No perdamos

jamás de vista esta reflexion: ¿Se podrá llamar devoto de María, quien viva en enemistad con Jesucristo, renovando los crueles tormentos que padeció él en el calvario, y los inmensos dolores que su compasiva Madre sufrió al pié de la cruz? No nos alucinemos en el modo de practicar la devocion de María. Convenzámonos bien de que, por grandes pecadores que hayamos sido, no por eso estamos excluidos de los grandes premios que están reservados á los verdaderos siervos de esta augusta Reina; pero, para merecerlos, es necesario, que dejemos de pecar; y si, apesar de nuestros propósitos, volvemos á caer de nuevo, no por eso desmayemos, antes bien, levantándonos sin tardanza, formemos nuevo propósito de imitar las virtudes de Maria. Hallándonos animados de semejantes disposiciones, por grande que sea nuestra flaqueza é inclinacion al mal, triunfaremos, con la pode-

rosa proteccion de María, del mundo, del demonio, y de nosotros mismos; y despues de haber alcanzado un sin número de victorias, que María proporciona siempre á sus verdaderos hijos, llegaremos á la patria celestial, donde, por toda la eternidad, gozaremos de la bienaventuranza del mismo Dios, y contemplaremos, con delicias inefables, la hermosura de María, nuestra augusta Reina y amorosa Madre.

EJEMPLO.

En un pueblo, cerca de Florencia, nació de padres pobres una niña á la que pusieron por nombre Domínica. Desde su infancia descubrió una gran devocion á la Madre de Dios; ayünaba con frecuencia en su honor, y los sabados distribuía á los pobres la comida que le daban; cogía en su jardín y en los campos vecinos

las flores que podía, y las ponía delante de una imagen de la Santísima Virgen que tenía al niño Jesús en sus brazos. María correspondía con singulares favores á la piedad de esta niña. Un día que Domínica, á la edad de diez años, estaba á la ventana, vió en la calle á una mujer que llevaba un niño de la mano; y ambos alargaban la mano como pidiéndola limosna. Domínica fué al instante á buscar pan para darles limosna; pero antes de abrir la puerta los vió junto á sí, y advirtió que el niño tenía llagas en las manos, en los pies y en el costado. ¿Quién ha herido á este niño? dijo Domínica. El amor, respondió la madre. Domínica, encantada de la hermosura y modestia de aquel niño le preguntó, ¿si le causaban dolor, las heridas? Pero no le respondió mas que con una sonrisa. Estando junto á las imágenes de Jesús y María, dijo la madre á Domínica: Dime, hija, ¿quién te mueve

¿á coronar de flores estas imágenes? El amor que tengo á Jesus y á María, respondió Dominica. Y ¿los amas mucho? Los amo cuanto puedo. Entonces le dijo la madre, sigue amándolos, que ellos te lo premiarán en el cielo. Dominica, sintiendo un olor celestial que salia de las llagas del niño, preguntó á la madre ¿con qué unguento curaba las llagas del niño, y que si se podria comprar? Este unguento, le respondió, se compra con la fé y buenas obras. Dominica les daba pan; la comida de mi hijo, le respondió la madre, es el amor. Dile que amas á Jesus, y se alegrará. A estas palabras, empezó el niño á saltar de contento, y volviéndose á Dominica, le preguntó cuánto amaba á Jesus.—Le amo tanto, contestó esta, que dia y noche estoy pensando en él; y todo mi deseo es contentarle cuanto puedo. Pues bien, respondió el niño, ámale y el amor te enseñará lo que debes hacer pa-

ra contentarle. Aumentándose el olor que salía de las llagas, exclamó Dominica: ¡Dios mio, este olor me hace morir de amor! Si el olor de un niño es tan agradable ¿qué será el del cielo? Pero, hé aquí que la escena se mudó repentinamente: la madre se dejó ver vestida como una Reina y rodeada de luz; y el niño resplandeciente como un sol. Dominica, que reconoció en aquellas personas al Niño Jesus y á María, su santísima Madre, se postró delante de ellos. Entonces, cogiendo el niño Jesus las flores que estaban delante de la imágen, las esparció sobre la cabeza de Dominica. Así terminó la vision con que Jesus y María quisieron favorecer á aquella santa niña, para recompensarle la devocion que les tenia. Despues de este insigne favor, entró Dominica en la religion de Santo Domingo, donde murió en olor de santidad. (*San Alfonso de Ligorio.*)

ORACION.

Postrado á vuestros pies, ¡Oh María! os pido humildemente perdon por no haberos ofrecido hasta este dia los homenajes que os son debidos. ¡Qué ciego he estado! justo es que confiese para mi confusion, que en el culto que hasta ahora os he dado, mas he atendido á mi interes, que á vuestra gloria. Así es que no he recurrido á vos, sino cuando necesitaba alcanzar alguna gracia por vuestra intercesion. Instruido por las meditaciones y lecturas que he hecho en los dias de esta novena, he comprendido que para cumplir debidamente con las obligaciones que os tengo, debia considerar, 1.º los que Dios ha obrado de grande en vos, para bendecirle por haberos ensalzado á tanta gloria; 2.º lo que vos habeis hecho por Dios, practicando las mas sublimes virtudes, á fin de tomaros

por mi guia y modelo para imitaros; 3.º lo que habeis hecho y haceis por los hombres, á fin de que la consideracion de tantos y tan innumerables beneficios como nos habeis dispensado me mueva á corresponderos agradecido, y á recurrir á vos con confianza en todas mis necesidades; 4.º en fin, lo que los hombres deben hacer por vos, á fin de que honrandoos debidamente, merezca alcanzar los tesoros de gracias que están reservados para vuestros hijos. Ya es tiempo de que practique mi devocion para con vos, oh Soberana mia, con todas las circunstancias y requisitos que debe tener para que os sea agradable. Así propongo hacerlo, y espero que me alcanzareis la gracia de ser fiel á mi promesa. Y á fin de corresponder, al menos en ciertos tiempos del año, á las muchas obligaciones que os debo, renuevo la promesa de hacer los ejercicios de esta novena, tres veces al año, á saber: en las

festividades de vuestra Inmaculada Concepcion, Anunciacion y gloriosa Asuncion.

¡Oh dulcísima y amabilísima Madre mia! no quiero concluir esta novena, sin ponerme en vuestros brazos, y ocupar un lugar en vuestro sagrado corazon. Desde este momento, queda á vuestro cargo el protegerme, y alcanzarme los dones celestiales que me son necesarios para que llegue á ser un Santo; en fin, á vuestro cuidado queda, ¡oh María! hacerme llegar á la mansion de los bienaventurados, donde sereis, con vuestro amado Hijo, el objeto de mi eterna gratitud. Estas mismas gracias os pido ¡oh María! para todos aquellos que han hecho, en union conmigo, los ejercicios de esta novena; dignaos concederselas, para que, por vuestra intercesion, podamos llegar todos á la patria celestial, por la que suspiramos. Amen.



¡Oh Maria, concebida sin mancha de pecado original! alcanzadme la gracia de vivir con tanta pureza de alma y de cuerpo que al salir de este destierro, merezca ser recibido sin obstáculo en el cielo. Amen,

DIVERSAS ORACIONES.

VISITA A LA SANTISIMA VIRGEN.

En esta visita se darán gracias á la adorable Trinidad por todas las gracias concedidas á María, y particularmente por aquella que tiene relacion con la Novena. Tambien se darán gracias á la Santísima Virgen por todos los beneficios que nos ha alcanzado; y se le pedirá nos siga protegiendo todos los dias de nuestra vida, y en especialidad en el artículo de nuestra muerte: y á este fin se podrán decir las oraciones siguientes.

ORACION

de accion de gracias á la Santísima Trinidad, por todos los beneficios concedidos á María Santísima.

Bendita seais eternamente, ó Santísima y adorable Trinidad, por haber da-

do á María la sublime santidad que la ha hecho y la hará la admiracion de todos los siglos. Pero sobre todo, seais bendita por haberla preservado de la mancha original que ha infectado con su veneno mortal á todos los hijos de Adan; por haberla escogido entre todas las mugeres para Madre del Salvador del mundo; por haberla preservado de la corrupcion del sepulcro, llevado en cuerpo y alma al cielo, y coronado por Reina de todo lo criado. Y, pues, nos preciamos de llamarnos hijos de María, ¿no deberemos gozarnos y bendeciros, Dios mio, por los inmensos beneficios con que habeis enriquecido á nuestra santa Madre, que con tanto amor nos comunica las gracias necesarias para nuestra salvacion? Sí, Dios mio; nosotros hemos comprendido este deber de gratitud en que nos hallamos, y nuestros corazones estarian plenamente satisfechos, si pudieramos daros un tri-

buto de gracias que fuese proporcionado á los privilegios, gracias y bendiciones que habeis concedido á María. Pero por cuanto no somos mas que miserables pecadores, incapaces de bendeciros dignamente, os ofrecemos todas las alabanzas, bendiciones y acciones de gracias que os dan todos los Angeles, Santos del cielo, y justos de la tierra. Amen.



ORACIONES A LA SANTISIMA VIRGEN.

¡Oh María, Reina y Señora nuestra! Son tantas las gracias que recibimos del cielo por vuestra mediacion, que no sabemos cómo manifestaros nuestro agradecimiento. Vos, ó caritativa bienhechora, nos habeis devuelto, por vuestro divino Hijo, el derecho que nuestros primeros padres nos habian hecho perder á la

celestial herencia. Vos, ó Arbol de la verdadera vida, nos habeis dado para alimento de nuestras almas el fruto de vuestro casto seno, Jesucristo, que en la sagrada Eucaristia nos es una prenda de la gloria eterna. Y ¡qué no haceis todos los dias por nosotros, ó Madre compasiva! ¡Con qué solicitud y desvelo cuidais de vuestros hijos! Si somos pecadores, nos alcanzais el perdón; si justos, nos alcanzais la perseverancia; si somos tentados, nos haceis vencer; si estamos afligidos, nos consolais; si en peligro, nos socorreis y ayudais. ¿Qué madre hubo jamás que cuidase tanto de sus hijos? ¡Oh! ¡justo es, ó María, que os bendigamos! Así que, postrados humildemente á vuestros pies, os suplicamos os digneis recibir este tributo de gracias que os ofrecemos, aunque imperfecto y muy inferior á los beneficios que de vos hemos recibido.

Animados por lo que publican los San-

tos acerca de vuestra inmensa misericordia, nos atrevemos á pedirnos tambien, ó gran Reina, que sigais protegiéndonos todos los dias de nuestra vida y en especialidad en la hora de nuestra muerte. ¿Qué seria de nosotros en medio de los escándalos de que está lleno el mundo; de las tentaciones con que nos atormentan vivamente los enemigos que llevamos dia y noche dentro de nosotros; de la rabia y furor con que nos persigue el demonio, que ha jurado un odio implacable á todos los que os honran, si vos, ó María, dejárais de protegernos por un solo instante? En todas nuestras necesidades, os llamaremos para que vengais en nuestra ayuda; pero si alguna vez por olvido, ó negligencia, dejamos de hacerlo, os pedimos que nos lo perdoneis, y que en atencion á la oracion que os dirigimos en este instante, no dejeis jamás de cuidar de nosotros: y es tanta la confianza que te-

nemos en vos, que nos atrevemos á pedir el mas precioso favor que se puede desear, y es, que nos asistais de un modo tan particular en nuestra última hora, y nos alcanceis tan santa muerte, que al salir de esta vida, seamos admitidos sin tardanza en el cielo. Esperamos que nos concedereis estas gracias por vuestra misericordia y amor, y para merecer que nos sean concedidas plenamente, os saludamos tres veces con el Angel, diciendo. (*Tres Ave Marias.*)

ORACION DE SAN BERNARDO.

Acordaos, ó piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido á vos, que han implorado vuestro auxilio, pedido vuestros sufragios, haya sido desamparado. Yo, animado con esta confianza, recurro á vos, ó Virgen Madre de las vírgenes, an-

te vos me postro , gimiendo bajo el peso de mis pecados , no desprecieis , ó Madre del Verbo, mis súplicas ; antes bien oidlas y escuchadlas benignamente. Amen.

Esta oracion se debe rezar para alcanzar la conversion de los pecadores , y la perseverancia de los justos.

Pio IX concedió el 11 de diciembre de 1847, 300 dias de indulgencia por cada vez que se rece dicha oracion; y á los que por un mes la hayan rezado todos los dias , indulgencia plenaria una vez en el mes, pidiéndo á Dios por las necesidades de la Iglesia.



El sub tuum præsidium.

Bajo vuestro amparo nos acogemos, santa Madre de Dios, no despreciéis las súplicas que os dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, libradnos de todos los peligros á que estamos espuestos, ó Virgen gloriosa y bendita.

Antes de retirarse, se pedirá la bendición á María diciendole:

Benedicid, ó amantísima Madre, bendecid á vuestro hijo.



EJERCICIO

POR EL CUAL SE ELIGE A MARIA POR MADRE.

El ejercicio por el cual se elige á Maria por Madre se ha de mirar como el mas importante, y quizá como el mas útil de la novena.

Asi es que, para hacerlo, se debe elegir el tiempo mas precioso, esto es: concluido que sea el hacimiento de gracias despues de la comunión que se haya hecho segun la intención que se haya tenido haciendo la novena. Como entonces tenemos á Jesucristo dentro de nosotros mismos, debemos suplicarle nos presente él mismo á su santa Madre en cualidad de hijos predilectos, como la presentó á San Juan en el calvario, diciendole: Mujer, ves ahí á tu hijo: Mulier, ecce filius tuus.

Antes de dirigir á Maria la súplica por la que la rogaremos nos reciba en el número de sus hijos predilectos, nos será muy útil hacer



las tres reflexiones siguientes: 1.^a que aunque Maria sea Madre de todos los hombres, lo es mas particularmente de aquellos que la eligen de un modo especial por su Madre, y la honran y respetan como á tal. 2.^a Que el titulo de hijo predilecto de Maria encierra tanta dignidad, que no hay titulo alguno en la tierra, por honorifico que sea, que se le pueda comparar. Ser hijo predilecto de la Reina del mundo, ¡qué elevacion! Poder decir con verdad á la Madre de Dios: Vos sois mi Madre, ¡qué gloria! ¿Quién podrá comprenderla? No nos admiremos si San Luis, Rey de Francia, y San Esteban, Rey de Hungria, preferian el titulo de hijos de Maria á su dignidad real. 3.^a Que esta Madre compasiva vela dia y noche sobre sus hijos predilectos, los trae dentro de su corazon, los defiende de todo peligro, y derrama sobre ellos con santa profusion las bendiciones celestiales de que ella es la dispensadora, y por último, al salir de este valle de lágrimas, los introduce en la patria celestial.

Yo no creo que despues de esto, haya cristiano que deje de desear con ánsia tomar á Ma-

ria por Madre: y á fin de que ella nos conceda esta gracia insigne, le debemos hacer la promesa de cumplir fielmente con las obligaciones que nos impone el glorioso titulo de hijos predilectos de Maria; y una vez hecha esta eleccion, hagamos ver con nuestra santa vida, que somos hijos de tal Madre.



SÚPLICA A MARÍA

PARA ROGARLA SE DIGNE SER NUESTRA AMOROSA
MADRE.

Oh María, augusta soberana del mundo, aunque haya una distancia infinita entre vuestra elevacion y mi bajeza, me atrevo, sin embargo, á elegiros de un modo especial por mi amada Madre. No desprecies, oh María, mis deseos; antes bien miradme desde este momento como un hijo de predileccion; esta gracia os la pido en nombre de Jesucristo, vuestro querido

Hijo. Si para aceptar mi súplica, es necesario que os haga algunas promesas, oid benignamente las que, postrado á vuestros pies, voy á hacerlos. Dignaos ser, OH MARÍA, MI AMADA MADRE, y yo evitaré cuidadosamente todo lo que pueda desagradaros; y como el pecado es lo que mas os contrista, procuraré huir hasta la sombra, no solamente de los pecados mortales, sino tambien de los veniales. Dignaos ser, OH MARÍA, MI AMADA MADRE, y yo haré todo aquello que os pueda contentar. Bendiciré á la Santísima Trinidad por haberos ensalzado tanto, enriquecido con tantas gracias, y llenado de tanta gloria. Dignaos ser, OH MARÍA, MI AMADA MADRE, y yo meditaré vuestras grandezas, os ofreceré mis obsequios, y contribuiré, segun mi posibilidad, á la propagacion de vuestro culto. Dignaos ser, OH MARÍA, MI AMADA MADRE, y yo procuraré vivir en union con vos, para animarme de vuestro espíritu, y hacer que mi vida sea una copia de la vuestra. Dignaos ser, OH MARÍA, MI AMADA MADRE, y yo procuraré imitar vuestras virtudes, sobre todo vuestra pro-

fundísima humildad, vuestra pureza mas que angélica, y vuestro ardentísimo amor de Dios. Dignaos ser, OH MARIA, MI AMADA MADRE, y yo os haré una entera donacion de todo mi ser, en cuanto me sea posible; pondré en vos, despues de Dios, mi esperanza; trataré con vos todos mis asuntos espirituales y corporales, mis aflicciones y consuelos, mis alegrías y tribulaciones, y me conformaré en todo con vuestra santa voluntad. Dignaos ser, OH MARIA, MI AMADA MADRE, y yo amaré á Jesucristo, vuestro divino Hijo, con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Dignaos ser, OH MARIA, MI AMADA MADRE, y yo os amaré con un amor tan fuerte y generoso, que no habrá poder alguno que me haga perderle. En fin, dignaos ser, OH MARIA, MI AMADA MADRE, y viviré en una paz que nada podrá turbar. Tales son, oh Maria, las promesas que os hago; dignaos aceptarlas, para que yo pueda tener el consuelo de poderos llamar mi AMADA MADRE.

REPARACION AL SAGRADO CORAZON DE MARIA.

Por las injurias que esta amable Virgen ha recibido y recibe de los hereges y malos católicos.

O María, dignísima Madre de mi Criador y Redentor, desde el momento en que quebrantásteis bajo vuestros pies la cabeza de la serpiente infernal, habeis venido á ser un objeto de odio y furor por parte del demonio, y de los hereges sus hijos, los cuales, poseidos del espíritu de su padre, no han cesado de combatir vuestro culto desde el principio del cristianismo. ¿Qué no han hecho para oscurecer y destruir vuestra gloria? ¡Con qué malignidad no han negado vuestros privilegios, vuestra santidad inmaculada, vuestra divina maternidad, y perpétua virginidad! Han osado disputaros vuestro poder y valimiento para con Dios; recusaros los títulos gloriosos que os dá la Iglesia, y lo que no se puede decir sin

horror, han hecho mil ultrages á vuestras imágenes y á vuestro sagrado nombre. ¿Cómo se han podido encontrar corazones tan desnaturalizados, que hayan osado despreciaros á vos, ó María, que sois tan digna de ser venerada y amada de los Angeles y de los hombres? ¡Oh Soberana mial yo siento el mas vivo dolor por los ultrages que habeis recibido hasta aquí: y á fin de hacer á vuestro amoroso corazon la mas justa reparacion posible á mi flaqueza, os propongo, prostrado á vuestros sagrados pies, teneros el respeto, amor y agradecimiento que os son debidos. Digoos aceptar, con mis flacos servicios, los homenajes y alabanzas que os ofrezco. Yo hago profesion de creer, ó Madre de Dios, todo lo que los hereges é impios os han querido negar, y así, creo vuestra divina maternidad, perpétua virginidad, immaculada concepcion, y que vuestra gloria es superior á la de todas las criaturas. Creo, que vuestro poder, bondad, misericordia, y todas vuestras perfecciones son proporcionadas á vuestra incomprendible dignidad de Ma-

dre de Dios, y Reina de todo lo criado. Yo miro vuestra proteccion como un medio infalible para alcanzar de la misericordia de vuestro Hijo todos los bienes que espero para esta vida y para la otra. ¡O amada Madre mial mi corazon me reprende de haber sido tambien yo culpable para con vos, por el poco celo que he tenido en honraros, y por la tibieza y negligencia con que os he servido. En reparacion de mis culpas os ofrezco todas las alabanzas que os dan los Santos del cielo y justos de la tierra. Recibid benignamente, ó María, estos diversos afectos que os ofrezco, pastrado a vuestros pies. Abridme vuestro santísimo corazon, dadme en él un lugar, en union de vuestros verdaderos siervos, y guardadme en él hasta el momento en que, dejando este destierro, vaya al cielo á bendecir el infinito poder de Dios que os ha hecho tan grande, tan santa, tan amable, tan admirable y tan misericordiosa. Amen.



**ORACION AL SANTISIMO CORAZON
DE MARIA.****PARA ALCANZAR UNA GRACIA PARTICULAR.**

¡Oh corazon de María, Virgen immaculada! Corazon el mas noble y grande que la mano omnipotente del Criador ha formado despues del de Jesucristo; fuente inagotable de bondad, de dulzura, de misericordia y de amor, imágen perfecta del corazon adorable de Jesucristo; Corazon sagrado, que ardísteis en la mas encendida caridad para con Dios y para con los hombres; Corazon de Madre, que nos amásteis con el amor mas tierno y generoso, que sentísteis con el mas vivo dolor nuestras miserias, y padecísteis tanto por nuestra salud; Corazon sagrado, que aun estais ahora poseido de estas mismas disposiciones, en cuanto vuestro estado glorioso lo permite, y que por lo tanto sois digno y merecedor de las alabanzas, respeto, honor, confianza y agradecimiento de todos los hombres, dignaos mirar con compasion á este vuestro hijo que veis humildemente postrado á vuestros pies, para

suplicaros le alcanceis de vuestro divino Hijo la gracia de N. (*aquí se expresará la gracia que se pida.*) Acordaos, ó amabilísima Virgen, que cuando Jesucristo os constituyó por Madre nuestra, nos adoptásteis por hijos, y quisisteis ser nuestro refugio en nuestros peligros, consuelo en nuestras penas, y remedio en nuestras necesidades. Los Santos, vuestros siervos, nos han enseñado que jamás dejais de oír las súplicas de los que os invocan con confianza; ¿seria yo el único de quien no querriais compadeceros? Si alegais contra mí mis pecados, permitid que yo alegue contra ellos vuestra misericordia, mucho mas poderosa para protegerme que mis pecados para perderme. Considerad por una parte, ó dulcísima Madre mia, los inmensos tesoros de gracias con que podeis enriquecer á los hombres, segun vuestro beneplácito, y por otra, mi estrema necesidad, y despucs dejad obrar vuestro corazon de Madre. ¡Oh! estoy seguro que entonces oireis mi súplica, y me alcanzareis la gracia que con la mayor confianza, pido por vuestra intercesion. Amen.

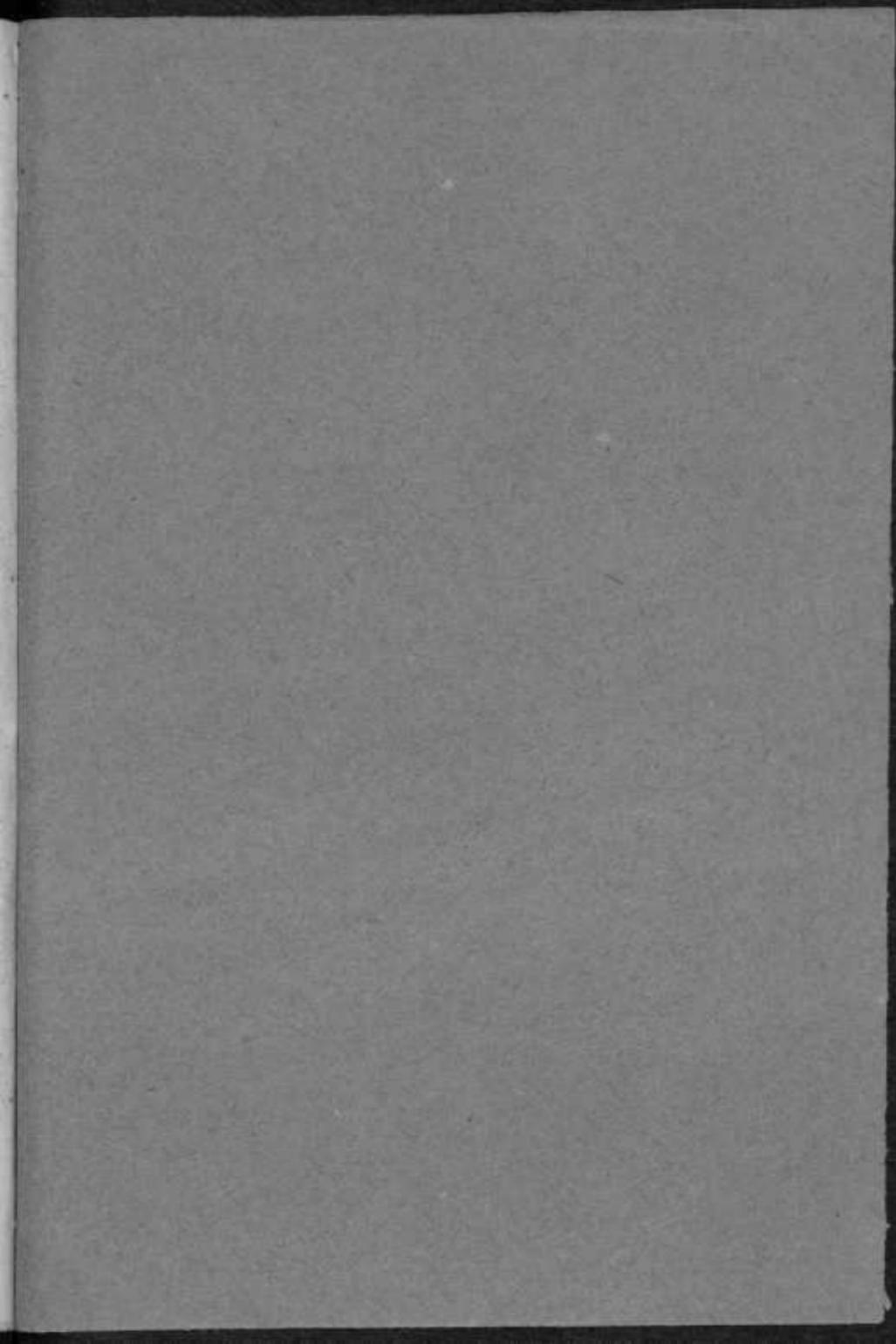
TABLA.

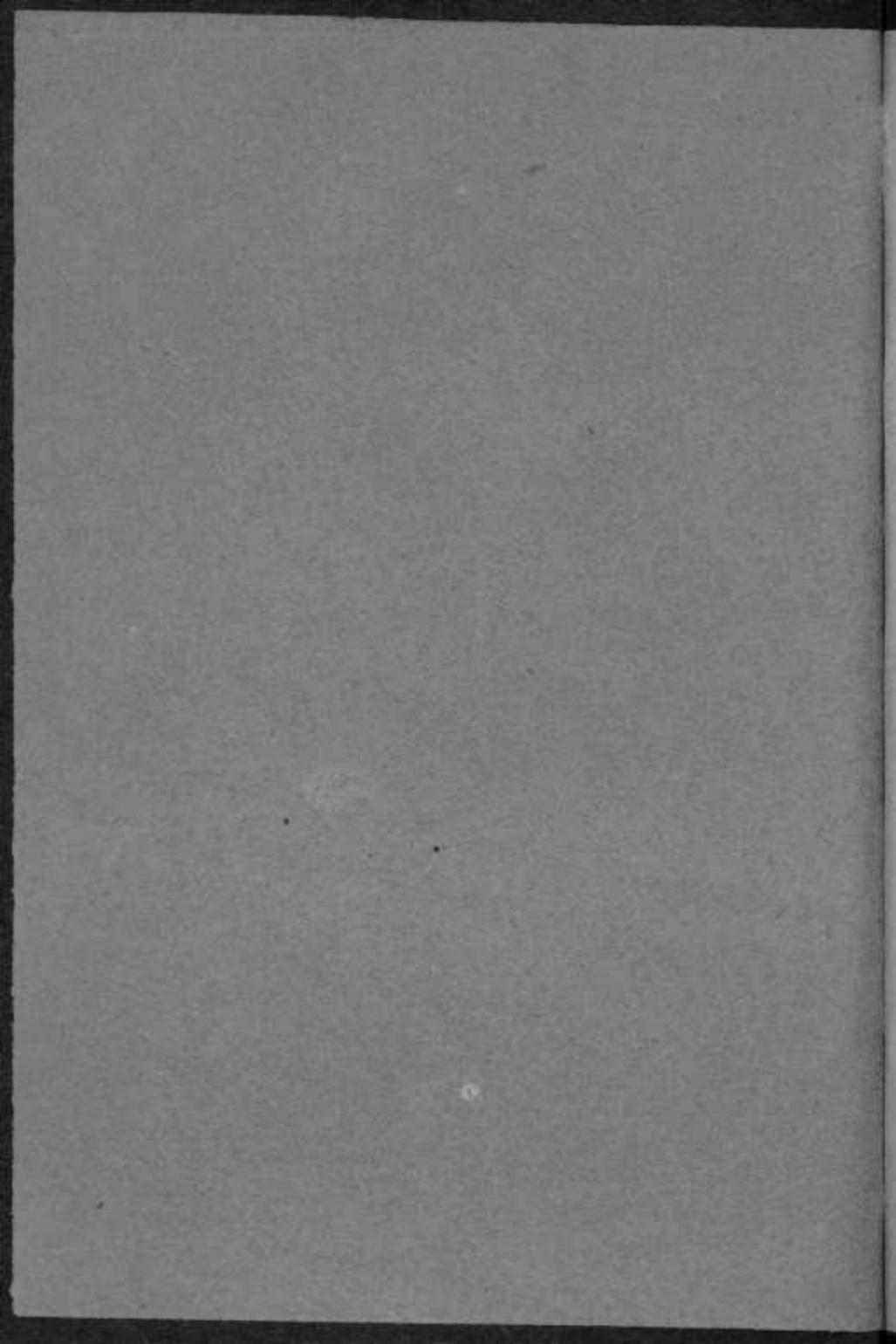
	<i>Págs.</i>
Ofrenda á la Santísima Virgen.	VII
Prefacio.	XI
Advertencias sobre el modo de hacer la Novena.	XVI
Meditaciones para cada dia de la Novena.	
<i>Meditacion para el primer dia.</i> Virtudes de María.	3
Primer punto.—Su número.	3
Segundo punto.—Su perfeccion.	5
Tercer punto.—Su fruto.	8
Invocacion al Santísimo corazon de María.	13
Consagracion de sí mismo á María.	13
<i>Meditacion para el dia segundo.</i> Humildad de María.	14
Primer punto.—María comprendió la necesidad de la humildad.	14
Segundo punto.—La humildad de María le hacia sentir bajamente de sí misma.	17
Tercer punto.—María fue perfecta-	

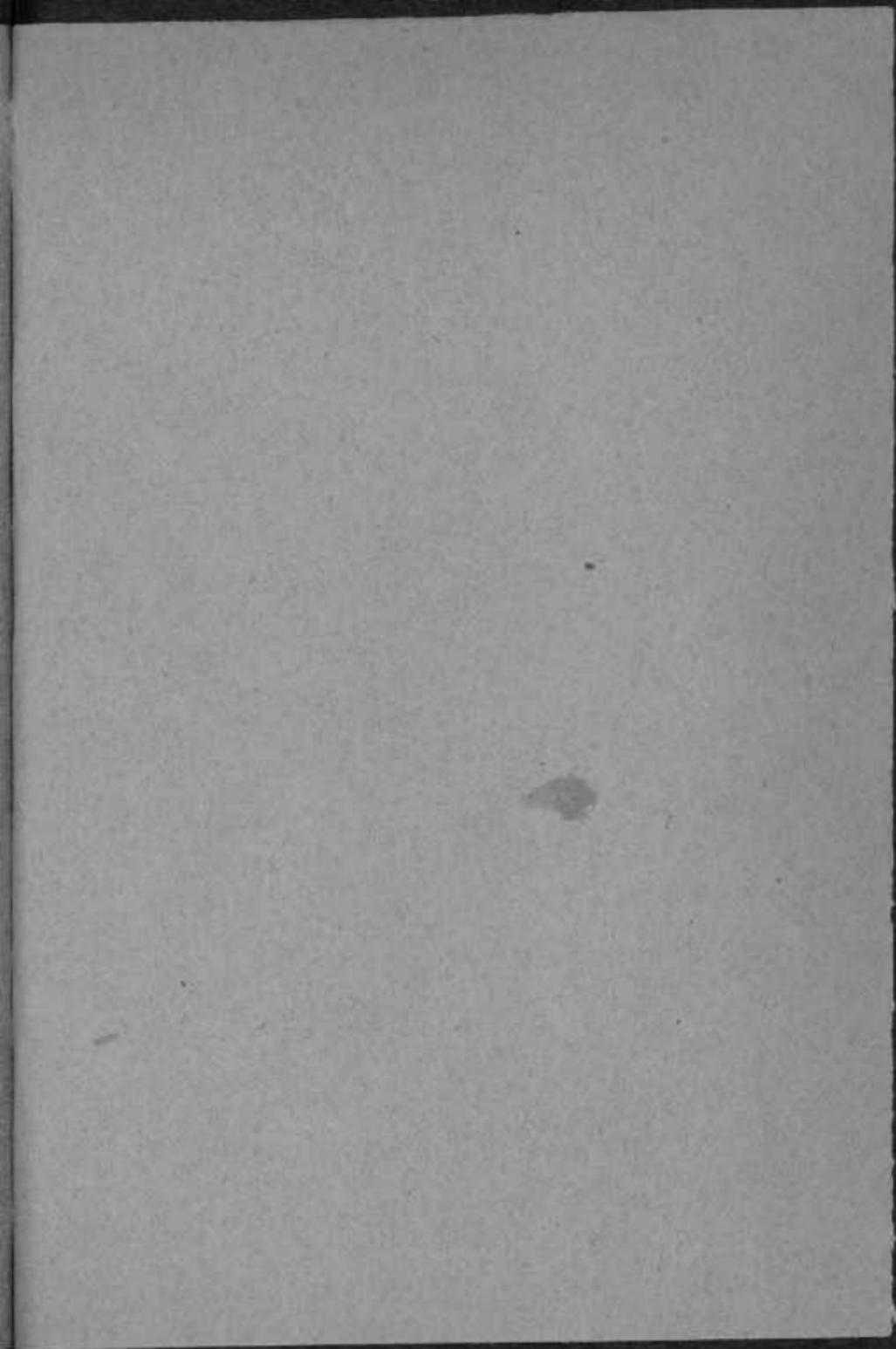
mente humilde en sus acciones.	20
<i>Meditacion para el tercer dia.</i> Amor de María para con Dios.	25
Primer punto.—El amor de María para con Dios fué puro y desinteresado.	25
Segundo punto.—El amor que María tuvo á Dios fué ardiente y generoso.	28
Tercer punto.—María amó á Dios con un amor continuo y perseverante.	31
<i>Meditacion para el dia cuarto.</i> Caridad de María para los hombres.	35
Primer punto.—La caridad de María para los hombres fué sobrenatural.	35
Segundo punto.—Fué tierna y compasiva.	38
Tercer punto.—Fué fuerte y generosa.	40
<i>Meditacion para el dia quinto.</i> Admirable pureza de María.	45
Primer punto.—Estima en que tenia María la hermosa virtud de la pureza.	45
Segundo punto.—Precauciones que tomó María para conservar la virtud de la pureza.	48
Tercer punto.—Las grandes recompensas que mereció á María la virtud de la pureza.	52
<i>Meditacion para el dia sexto.</i> Modestia de María.	55
Primer punto.—Principio de la modestia de María.	55
Segundo punto.—Cómo se deja ver la modestia de María.	58
Tercer punto.—Frutos de la modestia de María.	62

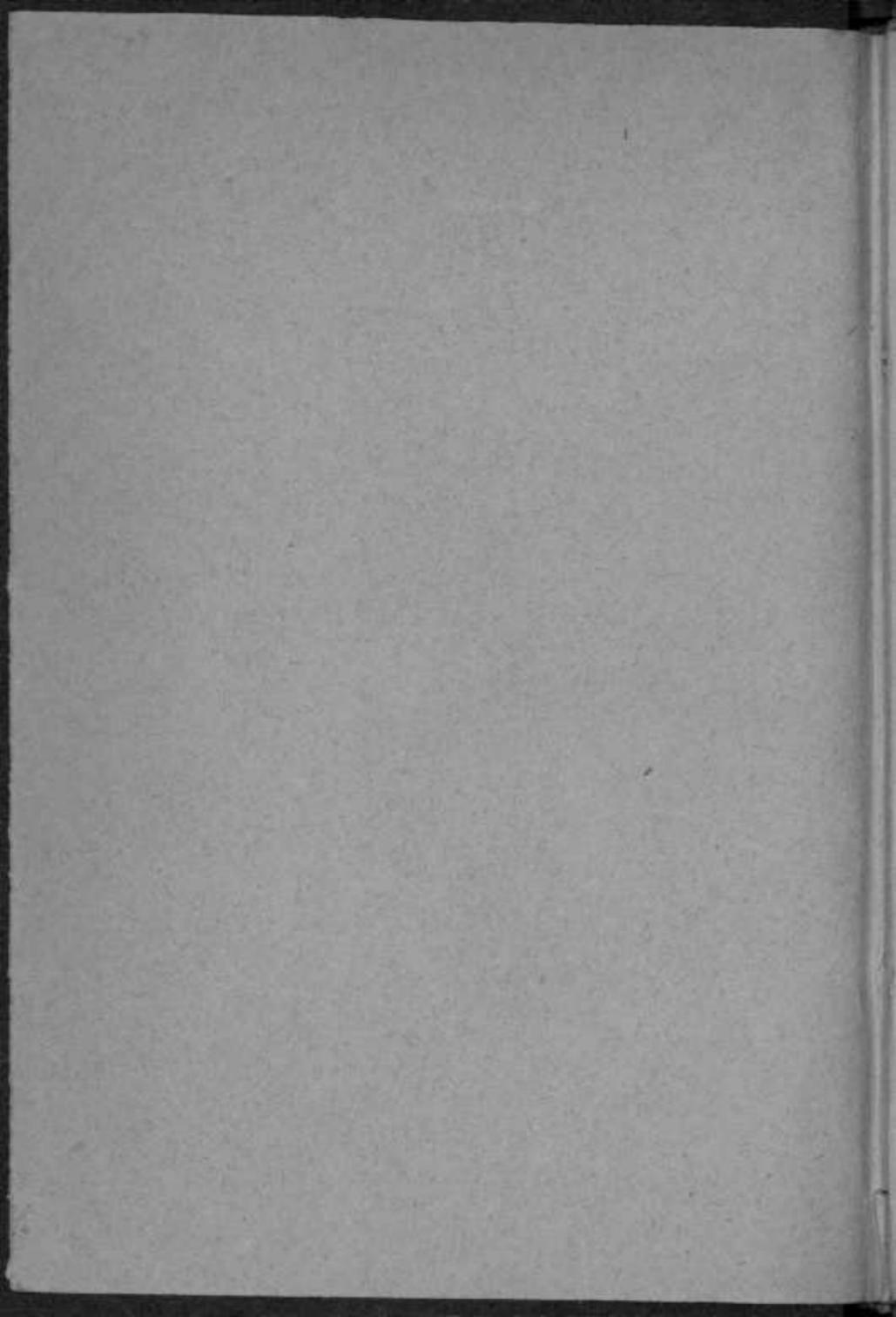
<i>Meditacion para el dia sétimo. Penas y trabajos de María.</i>	66
Primer punto.—Por qué María fué probada con trabajos.	66
Segundo punto.—Cuáles fueron los trabajos y aflicciones de María en su vida mortal.	69
Tercer punto.—Cómo sufrió María.	72
<i>Meditacion para el dia octavo. Piedad de María.</i>	76
Primer punto.—Piedad ilustrada.	76
Segundo punto.—Piedad fructuosa.	79
Tercer punto.—Piedad recompensada.	83
<i>Meditacion para el dia noveno. Medios que tomó María para alcanzar la sublime perfeccion á que llegó</i>	87
Primer punto.—Espíritu de oracion.	87
Segundo punto.—Esencion de todo pecado.	91
Tercer punto.—Su fervor siempre en aumento.	94
Lecturas para cada dia de la novena.	
<i>Lectura para el dia primero. Grandezas de María.</i>	101
<i>Lectura para el dia segundo. Dios se ha complacido en glorificar y hacer glorificar á María.</i>	128
<i>Lectura para el dia tercero. Poder de María.</i>	157
<i>Lectura para el dia cuarto. Bondad de María para los hombres.</i>	148
<i>Lectura para el dia quinto. Misericordia de María para con los pecadores</i>	

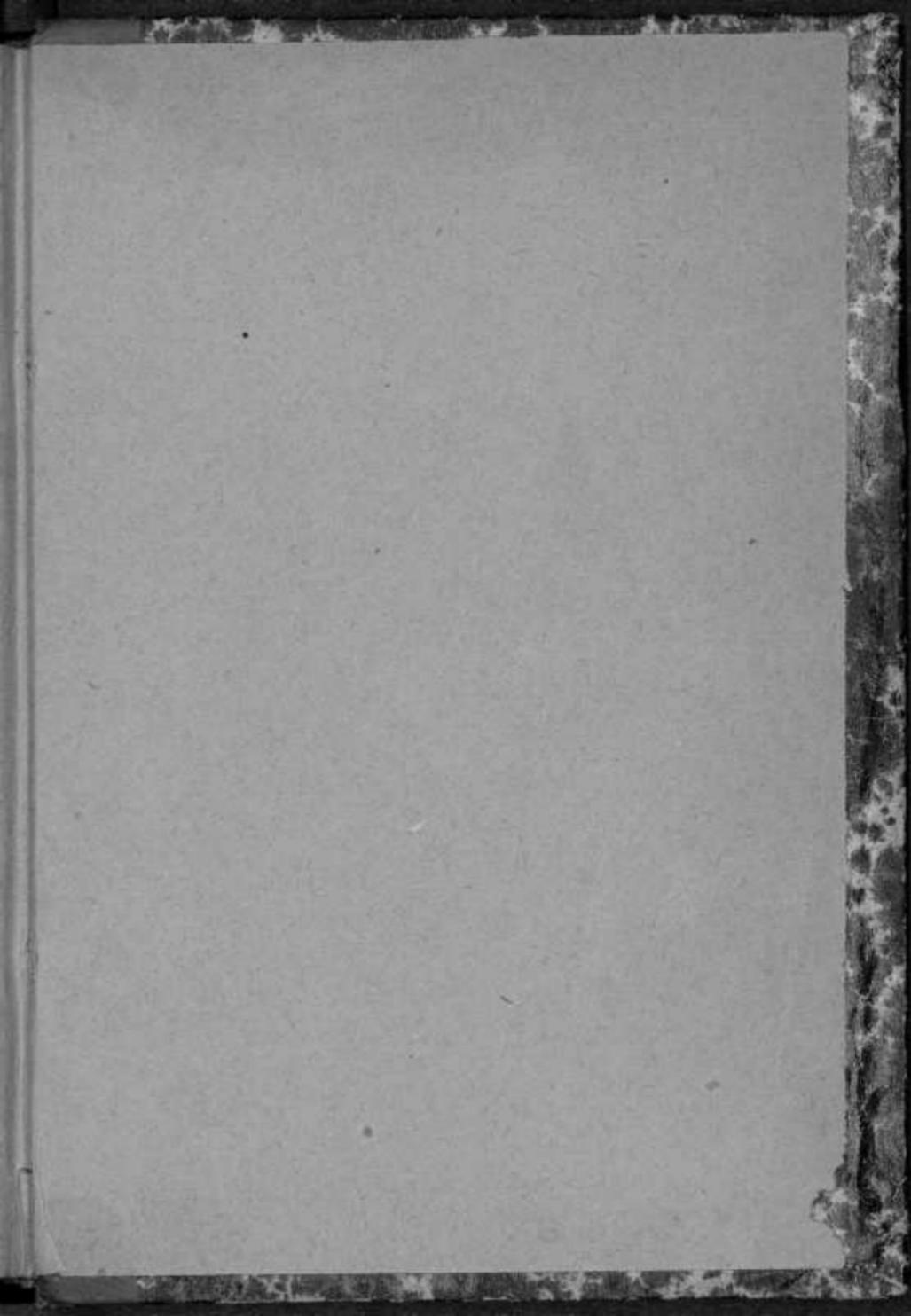
arrepentidos.	214
<i>Lectura para el dia sexto.</i> Maria lleva al cielo á sus verdaderos devotos.	245
<i>Lectura para el dia sétimo</i> Devocion á Maria.	277
<i>Lectura para el dia octavo.</i> De las grandes ventajas que nos trae la devocion á Maria.	310
<i>Lectura para el dia noveno.</i> En que consiste la verdadera devocion á Maria.	340
Diversas oraciones.	
Visita á la Santísima Virgen.	379
Oracion de accion de gracias á la Santísima Trinidad.	379
Oracion á la Santísima Virgen.	381
Oracion de San Bernardo.	384
<i>El sub tuum.</i>	386
Ejercicio para el que se elije á Maria por Madre.	387
Súplica á Maria.	389
Reparacion al sagrado corazon de Maria, por las injurias que esta amable Virgen ha recibido de los herejes y malos cristianos.	392
Oracion al Santísimo corazon de Maria para alcanzar una gracia particular.	396

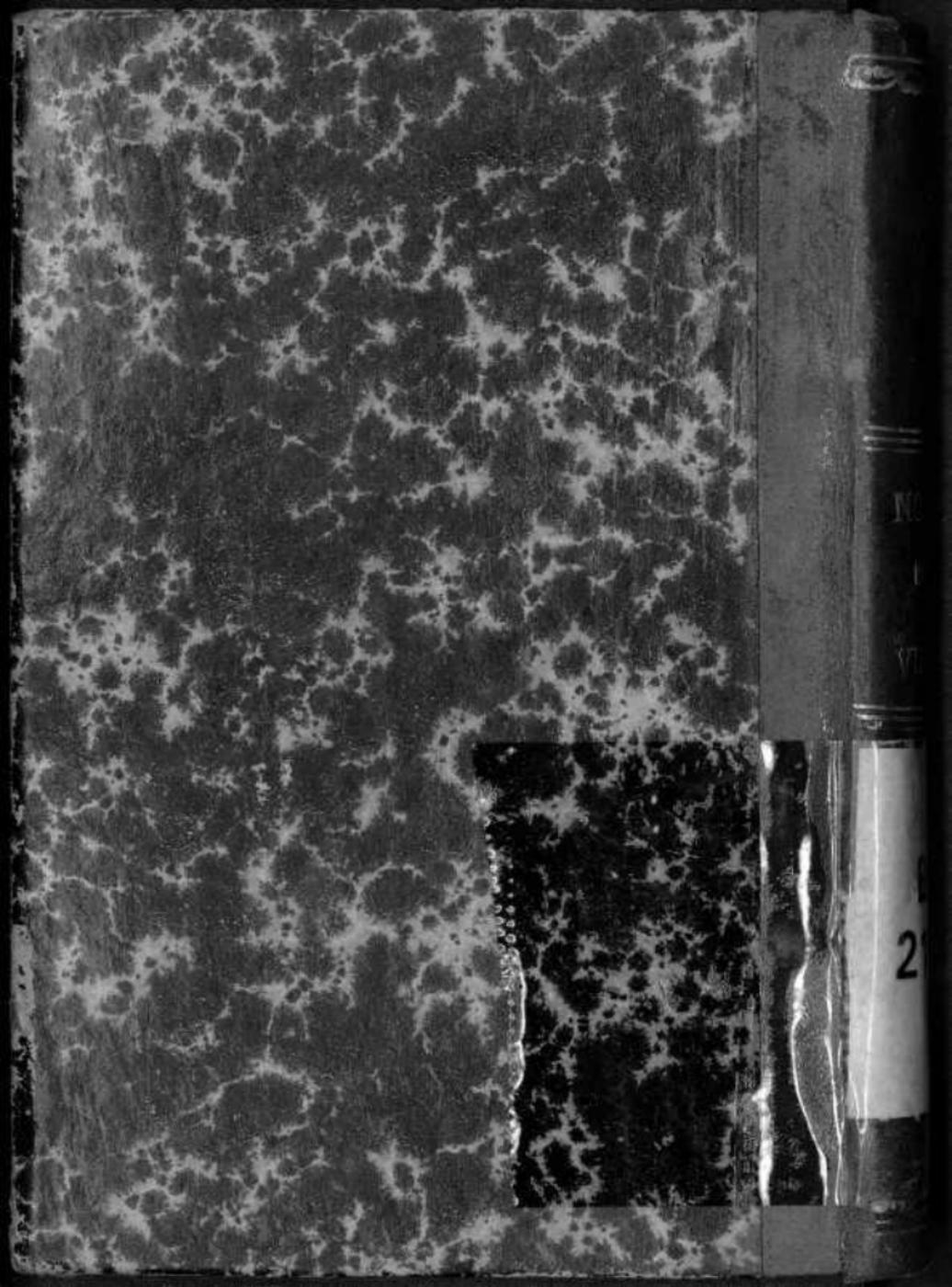














NOVENA
DE LA
VIRGEN

BU
2122



prueba incontestable de esto. Como la piedad hace que correspondamos con fidelidad á la gracia, y siendo la fidelidad á la gracia una disposicion para nuevas gracias, de aquí se infiere que Dios se comunica sin cesar á las almas, mientras ellas perseveran en la verdadera piedad. Luego, podemos decir, Dios mio, que á medida que os dan, vos dais con usura; y hé aquí lo que sostiene las almas fervorosas, lo que las hace alcanzar victoria de todos sus enemigos, y las enriquece de dia en dia para la eternidad, donde encontrarán abundantes recompensas que las indemnizarán ámpliamente de todos los sacrificios que hayan hecho. Ver á Dios en el cielo; gozar de él sin temor de perderle; participar de la felicidad de los Angeles y de los Santos; ser como ellos coronado de gloria y de honor: tales son las ricas recompensas que Dios me destina. ¡Oh qué noble generosidad me debe inspirar la

esperanza de alcanzar tanto bien! Oh Jesus! ayudad mis esfuerzos, y dadme gracia para que supere todos los obstáculos á fin de que sea fiel á la resolucion que tomo en este momento de hacer que mi piedad sea en todo semejante á la de María. Y vos, dulce Madre mia, alcanzadme con vuestras oraciones una piedad que eleve mi corazon hácia el cielo, y me haga crecer continuamente en el amor de Jesus, en aquel amor puro y fiel que lleva el alma á unirse á Dios con todas sus fuerzas y afectos. Entonces será, Madre mia, cuando mi piedad, semejante á la vuestra, hará bajar sobre mí las bendiciones del cielo, y me dará la dulce esperanza de verla un dia coronada de gloria en la patria celestial.

Invocacion al santisimo corazon de Maria,
pág. 13.

Consignacion de sí mismo á Maria, pág. 13.

les amenazan, y librarlos de los que les afligen. María es la Reina del mundo, pero una Reina que no usa de su poder mas que para proteger á su reino y á los que le habitan. ¡Oh amable Soberana, qué dichosos somos bajo vuestro reinado! No me admiro que hayan declarado los Santos, que despues de Dios, os eran deudores de todo su bien, pues que, segun San Fulgencio, ya hace mucho tiempo que estaria sepultada la tierra bajo el peso de sus crímenes, si vuestros ruegos, ó María, no la hubiesen conservado.

Si lo que se ha dicho hasta aqui acerca del poder de la Santísima Virgen, no satisface bastante á ciertas personas, que escuchen á los santos, á esos maestros nada sospechosos, que van á instruirlos sobre lo que deben pensar acerca del particular, sin temor de caer en ilusiones, San German, Patriarca de Constantinopla, dirigiéndose á María, le dice: «Yea

sois Todopoderosa , oh madre de Dios, para salvar á los pecadores, y vos no necesitais otra recomendacion para con Dios, porque vos sois la Madre de la verdadera vida. Teniendo para con Dios el poder de Madre , no podeis dejar de ser oida, porque Jesucristo, vuestro Hijo, os obedece como á la mas amorosa madre.»

San Pedro Damiano habla á Maria en estos términos: «Todo poder , oh gran Reina, os ha sido dado en el cielo y en la tierra , para que podais conceder todo cuanto querais. Vuestro poder es tan grande , que podeis salvar los pecadores, aun los mas desesperados.» Refiriendo el Padre Crasset estas palabras del santo, que prueban tan perfectamente cuán grande es el poder de la Santísima Virgen, añade: «No se puede dar mas fuerza y estension al poder de la augusta Maria, que decir que lo puede todo, en el cielo y en la tierra, para los justos y para los peccade-